

Andrés Carranque

**LA VIDA DIFÍCIL**



Tipos vulgares, mujeres de burdel, obreros que luchan, idealistas desenfocados y niños con hambre son los personajes que caracterizan la narrativa de Carranque.

La ideología anarquista tiñe «La vida difícil» para darle un sentido buscado desde el punto de vista ideológico.

El autor hace una lectura derrotista de sus contemporáneos. El gran idealista que protagoniza la novela es una víctima más de una sociedad que avanza con pasos agigantados hacia el capitalismo y el egoísmo. No hay opción: miseria o muerte. Esa es la dura elección que late en las páginas de la novela.

Novelista hoy olvidado, presentado literariamente por Baroja, su obra constituye una interesante aportación del realismo en la narrativa española de antes de la guerra civil.

Andrés Carranque

## **LA VIDA DIFÍCIL**

Edición digital: Carretero

# LA VIDA DIFÍCIL

## A.Carranque de Ríos



## NOTAS ADICIONALES

- 1 Orlando y Julio son jóvenes, son altos. A Julio le agrada mojarse bajo la lluvia. Orlando no comprende este placer y prefiere jugar a las cartas.
- 2 Tres noches hace que han llegado de París. Ahora se hallan en Saint-Nazaire. Orlando, perfectamente tranquilo. No así Julio, que piensa demasiado en el robo que han realizado juntos en la capital de Francia.
- 3 Un detalle importante: en la habitación sólo encontraron ropa de caballero. Nada que se relacionase con dinero o alhajas.
- 4 Georgette: te mueres de tristeza mientras el mundo continúa redondo, dando vueltas.
- 5 Al segundo día de estar en Saint-Nazaire son admirados por la mujer de un relojero, por la dueña de una casa de modas y por una señora que tiene un restaurante. Pero ellos no reparan en estas admiraciones, y deciden entrar en un café. Orlando coge un periódico publicado en Nantes. Se trata de un semanario, y Orlando indica a su camarada: «En este periódico escriben que en Saint-Nazaire hay ya sesenta y cuatro *cocus*.»
- 6 Nosotros vamos a cambiarlo todo. Todo.
- 7 —¿Quiere usted explicarme qué es lo que desea la juventud? Porque yo me pregunto: ¿qué es la juventud? La juventud..., ¡eso es!..., ¡caramba, es necesario poner las cosas en claro! ¡Vamos, Martín, déme el sombrero! Si preguntan por mí, diga que estoy en el Círculo Patronal.
- 8 —¿Qué juventud es esta juventud que dice que Lenin es superior a Napoleón?
- 9 Etcétera. Etcétera.

## PRIMERAS ESCENAS

## LA CONTINUACIÓN DE «RENATO EN EL ÁFRICA CENTRAL»

A las cinco de aquel anochecer ocupaban las mesas del «Café des Colonies» algunos clientes que habían de embarcar al día siguiente con rumbo a América.

Los había que tomaban sus licores con cierta indiferencia. En aquellas copas, en las que el camarero vertía licores dorados o de color guinda, naufragaban multitud de recuerdos. Cuando un bebedor apuraba su copa caía todo garganta abajo en un deseo que consumía evocaciones, alguna canción que se pegaba a la memoria, y, a veces, el anhelo insistente de volverse atrás.

En una de aquellas mesas... Una mesa que hacía rincón en un extremo del café, y que por estar alejada de los otros clientes invitaba a gritar y hasta descargar los puños sobre el tablero de roble. En realidad, lo que hacía ser benévolo al dueño del «Café des Colonies» era la torre de platos que había en la mesa, y en los cuales estaban marcados los precios de los licores pedidos por el contramaestre de un barco francés, tres españoles y dos francesas. Dos de aquellos españoles eran Julio Montana y su amigo Orlando. Habían sido invitados a agregarse a la mesa, y ahora los dos amigos trataban de sacar algunos francos para poder entrar en un restaurante.

El dueño del café se acercó, saludando con una amabilidad pegajosa. Todavía ronroneó un instante alrededor del grupo, y después se fue al mostrador. Desde allí gozó el espectáculo de los montoncitos de platos y esperó el final.

Antes de salir, Orlando hizo una petición de dinero. Su compatriota le entregó cincuenta francos, diciéndole discretamente:

—Estas chicas —se refería a las dos francesas— quieren que ustedes vayan mañana a su casa. —Y agregó por su cuenta—: A estas señoras les gusta la gente de España.

En otro extremo de la mesa, el contramaestre miraba a las mujeres con los ojos cargados. Golpeó la mesa y exclamó:

—¡Vamos! Ya va siendo tarde para... —y el hombre no quiso completar la frase.

Después de abonar más de doscientos francos salieron del «Café des Colonies». El grupo se dirigió al domicilio de las francesas. Primero entraron ellas, después el contramaestre, y cuando lo iba a hacer el español que había regalado los cincuenta francos se volvió a sus compatriotas y creyó oportuno recordar:

—Vengan mañana a esta casa. Ellas han de tratarlos muy bien.

Los dos amigos observaron cómo cerraban la puerta, y entonces empezaron el regreso. Ya habían encendido el alumbrado, y Julio miró las calles solitarias.

—Si encontramos dinero —dijo muy preocupado— nos vamos a América. Temo que nos cojan por lo de París.

Orlando era un escéptico. Miró a su amigo y comentó:

—Bien. Vamos al restaurante. Ya veremos qué se hace después.

Orlando no comprendía el miedo de Julio. Hacer un robo no significaba construir una catedral. Todo era cuestión de realizarlo con viveza. El hombre

tiene un instante en que se halla perfectamente distraído. Lo importante es adivinar ese instante. Maniobrar con unos segundos de retraso, y ese caballero gritará, llamará a la policía y os llevarán a la cárcel.

Estaban llegando al restaurante.

Después de cenar marcharon hacia la playa. Orlando se acordó de la dueña del restaurante, y comentó:

—A pesar de las miradas que nos enviaba a la mesa, la dueña ha cobrado exactamente lo indicado por el menú. Poco después, Orlando empezó este relato:

—En París frecuentaba un baile del barrio de la Bastilla. Una noche observé que una de las muchachas que allí acudían no me quitaba los ojos. Era muy hermosa, y a mí me habían dicho que nosotros causábamos admiración en las extranjeras. No dudé que aquella joven era mi primera víctima, y dos noches después la invitó a cenar en mi compañía. Más tarde, ella misma me dio las señas de una casa. Le entregué doscientos francos y nos acostamos. En la cama le hablé de España; ella me escuchaba encantada; pero de pronto saltó del lecho y me dijo: «Espérame unos minutos. Mi niño duerme en el piso de arriba, y es la hora que acostumbra a mamar...» Todavía la estoy esperando.

Julio prefirió no hablar, y Orlando continuó:

—Cuando fui despedido de la Embajada busqué una habitación barata para alargar mi poco dinero. Días antes me habían escrito de casa comunicándome que se avergonzaban de tener en la familia un estafador. Añadían que no volviera a acordarme de ellos, etc. Llegué a no poder pagar el hotel; pero el dueño no me arrojó a la calle, sino que me trasladó a otro piso menos confortable.

—¿A qué viene todo esto? —se quejó Julio.

Orlando no recogió esta protesta, y siguió el hilo de su relato.

—Ahora conocerás a otra mujer. Pero antes he de continuar con lo del hotel. El dueño seguía sin recibir lo que le adeudaba, por lo que ordenó que fueran cambiándome de piso. Al final me encontré en una habitación que daba al tejado. Mi nuevo alojamiento parecía una celda. Por la parte de la puerta podía andar de pie; pero en cuanto me acercaba a la ventana me veía obligado a doblarme si no quería tropezar con la cabeza en el techo inclinado. En aquella caja de muerto continué sin que me ocurriera nada extraordinario, hasta que una noche que estaba abriendo la puerta de mi cuarto noté que alguien salía de su habitación. Me volví, y una mujer me dio las buenas noches. Contesté y entré en mi guarida. Me produjo irritación el que una mujer tuviera conocimiento de mi manera de vivir. Además conocía perfectamente quién era la dama, por haberla visto trabajar en las aceras de la calle Pigalle. Aquella noche yo tenía que lavarme los calzoncillos. Tú sabes que estos lavabos meten algún ruido, por lo que tuve que esperar cerca de una hora hasta tener la seguridad de que la mujer se hallaba dormida. Empecé el lavado cerca del amanecer, y olvidé el pequeño incidente. Pero una madrugada, al abrir yo la puerta de mi habitación, ella quiso sorprenderme. Se acercó sonriente y me pidió unas cerillas. Luego me invitó a beber en su cuarto, y, por último, me acosté en su cama. Me contó lo que hacía hasta las cuatro de la mañana. Aquello me producía asco, pero acabé aceptándolo como algo natural. Ella, en cuanto había saciado su capricho, me echaba de la habitación, casi arrepentida. Esto se repitió algunas madrugadas. Sabía que yo me lavaba mi ropa interior, pero no se le ocurrió nunca hacer ese trabajo. —Orlando hizo un descanso, y terminó su recuerdo—: Tú crees en las mujeres. Pronto te has de convencer de que con ellas es preciso ir al negocio. Todo lo demás es perder el tiempo.

Orlando se despertó primero. Llamó a Julio, y cuando éste hacía uso del lavabo, empezó por decirle:

—Nos quedan ocho francos —y variando de ideas, preguntó—: ¿Cómo acabará nuestra visita a las francesas?

—Me estoy acordando de lo de París —dijo Julio, como si lo del robo le obsesionara continuamente—. Sin embargo, no había otra solución.

Orlando miraba a través de la vidriera los muros grises del patio; después comentó, como si fuera escuchado por más gente:

—Prefiero lo del robo a estar diez horas encerrado en una oficina. Hasta en la Embajada me moría de aburrimiento. ¿A ti no te ha ocurrido lo mismo?

—No; todavía no he estado colocado. Sin embargo, mi familia es como una oficina. Mi hermano ha ingresado en la política. Ya sabe decir: «Los hombres son responsables de sus actos ante la Historia.» En mi casa creen que tiene talento, porque a veces habla con algún misterio. Nunca acaba de completar una frase. Siempre dice: «Sí; esto es una cosa muy turbia.» Y nadie sabe por qué esa cosa es turbia ni a qué cosa se refiere. En cuanto a mi hermana, es de esas mujeres que opinan de todo. Ella se cree un ser superior; hasta piensa escribir un libro sobre «El hombre y la mujer».

—Entonces tu hermana es algo genial.

—Yo no creo en las mujeres geniales —afirmó Julio vivamente—. El genio pertenece al hombre. Si hay mujeres que hacen estatuas o escriben libros, es debido a algunos elementos viriloides que esas mujeres tienen en el cuerpo. ¿Tú concibes un Balzac mujer o un Cervantes mujer?

—¿Y tus padres? —preguntó Orlando, creyendo que Julio se remontaba demasiado.

—¿Mis padres? Mi padre y mi madre se pasan la vida esperando que se estrene una obra de risa.

—Sin embargo —argumentó Orlando—, resulta que para alguna gente nosotros somos los inútiles y los faltos de inteligencia. ¿Qué culpa tengo yo de que me aburra en una Embajada? Me doy cuenta que mi trabajo es un puro camelo. Sé que el embajador de España en Francia solamente está en París para comprarle corbatas a Alfonso XIII.

Julio festejó estas últimas palabras, y Orlando añadió:

—No creas que esto de las corbatas es una broma mía. De vez en cuando, el señor embajador hace un viaje a Madrid para llevar a su majestad las últimas novedades en corbatas. Esto significa que cada corbata que luce el rey cuesta a los españoles unos miles de duros.

Estaban con los gabanes puestos, y salieron de la habitación. Abajo encontraron al dueño del hotel acariciándose el bigote. Los dos amigos fueron saludados ceremoniosamente:

—¡Buenos días, señores!

Los dos contestaron al saludo, y entonces el dueño soltó de carretilla:

—¿Han dormido bien esta noche? ¿Cómo han encontrado la calefacción? Tengan cuidado, Saint-Nazaire es un poco húmedo, no mucho, pero lo suficiente para que se abriguen como es debido. ¿Van a dar un paseo? Ah, se trata del aperitivo. Muy bien, señores. Hasta luego, entonces. Buenos días, señores.

Estas últimas palabras sonaron en la portería cuando los dos amigos ya habían abandonado el portal.

En un estanco Orlando compró tabaco. Julio quedó en la acera y no percibió que en la puerta de una relojería estaba contemplándole una mujer. Ninguno de los dos amigos descubrieron estas miradas. Encendieron los cigarrillos y marcharon a casa de las francesas. A sus espaldas se esfumaban unas nubecillas de humo azul, y la mujer del relojero se volvía al interior de su establecimiento.

El sol quiere salir entre la bruma de un cielo mate; pero apenas su marcha es delatada por una débil claridad que surge entre el algodón turbio de las nubes. Una mujer calzada con zuecos vocea los periódicos de París y de Nantes. Tiene

un vientre abultado y se lo cubre con un hule de charol negro. La vendedora entra en la relojería para dejar *París Soir* encima del mostrador. El relojero coge el periódico; luego llama a su mujer:

—¡Georgette, aquí tienes el diario!

Georgette sale del interior y se hace con el periódico. En vez de leer se acerca al escaparate y observa el débil movimiento de la calle. Hace escasamente unos minutos ha contemplado la figura de un joven español. Este simple acontecimiento la ha llenado de felicidad.

La mujer de vientre charolado entra otra vez en la relojería. Va directamente al relojero.

—Perdone, señor; me olvidé dejarle *Lecturas para Todos*. —La vendedora deja la revista y sale.

—¡Georgette —clama con alegría el relojero—, aquí tienes *Lecturas para Todos*!

Georgette observa a su marido cuando éste humilla la cabeza para trabajar en unas piezas diminutas. En la pareja se crea un silencio insopportable. Georgette desaparece con *Lecturas para Todos*.

## DOS MUJERES SENSATAS

Germaine y Louise tienen su domicilio en las afueras de Saint-Nazaire. Es una casa de un solo piso. Los comerciantes y altos empleados del puerto visitan esta casa con una apreciable frecuencia.

Germaine y Louise se levantan a las nueve de la mañana. Ordenan sus alcobas y después se componen por si alguien acude a este nido de amor. Ellas son muy juiciosas. Saben que levantándose unos años a las nueve de la mañana pueden reunir el dinero necesario para instalar un comercio o comprar unas vacas.

Sobre las diez, la casa adquiere un aire de consulta. Suele entrar un caballero para atender el ruego de la criada que le suplica tome asiento. Si el caballero busca a Louise y ésta se halla ocupada, no por esto va a desilusionarse el visitante. ¡No ocurre nada de esto! El caballero aguarda en un saloncito hasta que oye cómo Louise dice a otro caballero:

—Hasta la semana que viene, querido. Estoy muy contenta de ti.

Entonces al caballero que espera le llega su turno, y los brazos opulentos de Louise le rodean jubilosos.

Este caballero no es muy dado a la filosofía; pero imagina que aquella casa es la casa de la felicidad.

El negocio de Germaine y Louise es una cosa segura. Solamente el prefecto de policía no paga en aquellas alcobas. Pero esta quiebra es insignificante, y además las dos compañeras creen de buena fe que la justicia no paga nunca.

Germaine es más bien alta y delgada. Por el contrario, Louise es gruesa, y tiene unas caderas que perturban el sueño de algunos hombres respetables de Saint-Nazaire. Su pelo abundante recuerda el trigo en flor, y sus ojos pardos atraen como los de un perro fiel. Esta desigualdad las favorece enormemente. Ocurre que un caballero se cansa de una alcoba, y entonces cambia de mujer. De esta forma todo se queda en casa.

Otra cosa que hace que los caballeros de Saint-Nazaire acudan a esta casa es que saben que Germaine y Louise son mujeres excesivamente limpias. Allí se hace un gran uso de la higiene. El fantasma de una cojera es casi imposible, y esto da mucha confianza.

Imaginaos un honrado comerciante —tal vez un caballero de la Legión de Honor— andando lamentablemente, obligado por una de esas porquerías que ha vulgarizado la civilización. Convenid conmigo que eso sería demasiado fuerte para un caballero de la Legión de Honor. Sería una vergüenza para todos los que se pasan la vida esperando exhibir en la solapa esa cintita roja con que han sido premiados tantos vendedores de tocino e innumerables violinistas.

Sobre las once llegaron Julio y Orlando. La criada los dejó en el vestíbulo, y en seguida aparecieron las francesas. Germaine se aproximó a Orlando,

quedando Louise junto a Julio. Los cuatro pasaron al comedor. Desde ese instante todo sucedió fácilmente, aunque en el rostro de Julio había una ligera sorpresa.

## DURANTE LA NOCHE

Mientras Germaine descansaba del esfuerzo voluptuoso, Orlando hacía algunas reflexiones acerca de cómo se había resuelto lo referente a aquel día. Escuchó una voz débil que pronunciaba su nombre, y no hizo ningún caso. Tenía que sujetar sus pensamientos para que sus ideas circularan ordenadamente. Pero oyó otra vez su nombre.

—¿Qué quieres? —preguntó Orlando.

Germaine simuló un gran mimo, y se quejó:

—Tengo frío; abrázame.

Orlando la rodeó con un brazo. Se fijó en una camisa que había sobre una silla.

—¿Qué te pasa? —inquirió Germaine.

—Nada...

—Dime algo. ¿Estás triste?

Como Orlando hiciera un gesto lleno de vaguedad, Germaine indicó:

—¿Ya te has cansado?

Orlando apagó la luz y preguntó en la oscuridad:

—¿Por qué no dormimos? Son las cuatro de la mañana.

A ella le fue agradable obedecer. Solamente se atrevió a solicitar:

—Abrázame para que me duerma.

Orlando accedió a la petición, y escuchó como un susurro:

—¡Gracias, querido!

Se consumió una media hora, y Germaine entró en un sueño normal. «En la Embajada de M... se podía fácilmente hacer un robo. En las habitaciones particulares del embajador había cuadros de gran valor. En el dormitorio, y junto a la cama, estaba empotrada en la pared la caja fuerte...»

El ruido de una respiración que trabajaba con dificultad cortó a Orlando el hilo de sus maquinaciones. Germaine emitía unos ronquidos alarmantes y fastidiosos. Orlando recordó que un amigo le había enseñado una forma de impedir estos ronquidos, e inmediatamente la puso en práctica. Fingió que llamaba a una cabra, y a la cuarta vez que retorcía la lengua para producir aquel «chas», «chas», Germaine cesó de roncar. Naturalmente, Orlando pensó que un nuevo descubrimiento reforzaba su capacidad para desenvolverse en la vida.

En la alcoba de Louise las cosas habían sucedido de muy distinto modo. Julio fue el primero en meterse en la cama. Louise hizo todo muy despacio. Cuando se desnudó, su hermoso cuerpo se bañó en la luz rosada de la lámpara. Julio miraba complacido, y conforme se acercaba el momento en que Louise entrara en la cama, un dulce desasosiego le hacía mirar los muebles, las fotografías y hasta los utensilios higiénicos. Louise se acostó, dejando sin cubrir sus brazos redondos. Julio contempló su espléndida cabeza, la miró largo rato; pero no llegó a decir nada. Se presentía el silencio que flotaba en la calle.

—Louise.

—¿Qué quieres? —contestó ella, con una voz que entorpeció el cerebro de Julio.

—No quiero nada...

De repente se apoderó del rostro de Louise. Ella se quejó, presa del asombro.

—¿Qué haces, mi pequeño? ¿Te has vuelto loco? —y luchó hasta rechazar los abrazos de Julio. Este pareció tranquilizarse, pero otra vez volvió a acariciarla.

—No, no. Quiero que duermas —pidió fríamente Louise.

Julio pensó si aquello no sería una broma, por lo que renovó el intento.

—Oh, debemos dormir. Tengo que levantarme temprano. Mañana vendrán a verme unos amigos.

Julio forzó una sonrisa. Deseó decir algo; pero se hallaba tan sorprendido que prefirió escuchar.

—Debes ser juicioso. Si yo no duermo, soy una mujer perdida. Me levantaré con los ojos hinchados... Comprende que los hombres quieren encontrarme agradable.

Trató Louise de jugar con los cabellos de Julio, y fue rechazada. El saltó de la cama, para quedar en medio de la alcoba. Entonces alguien que venía en busca de Louise golpeó en la ventana hasta tres veces.

Julio gritó unas palabras, y el que había llamado se alejó apresuradamente. Con el rostro lleno de fastidio, Louise preguntó:

—¿Por qué has gritado? ¿Acaso me vas a dar tú de comer?

Julio no respondió. Dio unos pasos por el embaldosado y dejó que sus pies recogieran el frío del suelo. Miró el sitio que le correspondía en la cama y se acostó.

—Tú no puedes entenderme —expuso Louise—. ¿Para qué quieres hacer nada? Dentro de unos días no estarás aquí. Despues quedará sola...

Julio se volvió a la pared. En su garganta tenía un poco de angustia, que ponía dificultades a su respiración. Además, el sueño aún estaba lejos. Sintió deseos de llorar, de hacer daño en el cuello de Louise. Y cuando quiso explicarse lo ocurrido, sacó de aquello una conclusión muy vaga, que le tuvo atormentado toda la noche.

3

«... Se engañaba Renato al creer que el recuerdo de su amada Rose ya no existía en su corazón. Dos días antes le había llegado de París una carta cuyo contenido tenía para él demasiada importancia. He aquí que su gran amigo Hebert le enviaba hasta el África Central estas interesantes noticias: «Rose te espera llena de impaciencia. Estos últimos días la he encontrado muy triste, tanto que si no regresas inmediatamente temo un fatal desenlace. Rose, la Rose de otros tiempos, está desconocida. Apenas asiste a los teatros. La otra mañana me la encontré en el “Bosque”. Me invitó a pasear en su Citroën, y recuerdo que no cesó de hablarme de “su Renato”.

»Querido Renato: ¿Para qué quieres tantas pieles de tigre? ¿Eres capaz de dejar que Rose muera de melancolía, como si fuera una flor abandonada? ¿Acaso crees que existe algo comparable al amor? A veces pienso que la mujer es un regalo que Dios pone en nuestro camino. Un regalo que tú has recibido y que, sin embargo, no has sabido estimar. Por lo tanto, mi deber es insistir en que regreses inmediatamente. En cuanto al anónimo que recibiste, reflexiona que todo lo que en ese papelucito hay escrito es una estúpida mentira. A tu regreso te revelaré el nombre del canalla que ha sido capaz de urdir esa infame historia.

»En fin, espero que tu espada de caballero se encargue de responder a ese malvado en el campo del honor.»

«Renato estaba contemplando una hermosa piel de leona, cuando escuchó la voz de su criado Albert:

»—Señor, ya están hechas las maletas. El barco parte a las cuatro en punto. Permítame indicarle que son las tres y cuarenta.

»Renato irguió su apuesta figura, cogió de manos de Albert su gorra de viaje, y profirió en tono decidido:

»—¡En marcha!

Georgette pasó la hoja del folletín, y cuando comenzó a leer unas indicaciones para hacer compota de manzanas a la italiana notó que una mano fría le tocaba el muslo.

El relojero tanteó el cuerpo de su mujer y preguntó:

—¿Has leído *Renato en el África Central*?

—Sí.

—Debe de ser muy interesante, ¿verdad? —subió la mano a los pechos, y añadió—: No pierdas la colección. Quisiera leer esa historia de *Renato en el África Central*. Es un fastidio no tener nunca un rato libre. Veremos si este domingo me da poco que hacer.

Georgette estaba leyendo: «Se cuidará que las manzanas sean de las más grandes...»

—Georgette.

—¿Quéquieres?

—No dices nada a lo que te he preguntado.

—¿Qué me has preguntado?

—¿Qué te voy a preguntar? ¡Lo del folletín!

Georgette dejó las instrucciones para hacer compota de manzanas y lanzó un suspiro.

A pesar de los manoteos del relojero, los puntos rosados de los pechos de Georgette persistían decaídos. Este detalle no lo descorazonó, y decidió continuar su trabajo. Se armaba un lío, porque al mismo tiempo que palpaba quería hablar de cualquier cosa. Buscó una postura para que la mano libre pudiera acariciar, y entonces empezó a charlar sin ton ni son.

—¿Sabes que este año hemos ahorrado más que el año pasado?

—Me lo has dicho el otro día —dijo Georgette sin entusiasmo.

—Pues no me acordaba. ¡Qué cabeza la mía!

En este momento sufrió el relojero un silencio mortal. Ya sólo se ocupó del trabajo de sus manos.

Georgette leía ahora: «Las manchas producidas por los rayos solares se quitan frotándose la epidermis con medio limón.»

Después venía un anuncio de perfumería; pero Georgette tiró la revista, con ánimo de que cayese encima de una silla.

—¿Por qué no me dejas? —y apartó las manos frías del relojero—. Estoy indispuesta.

Esta mentira aflojó las manos del relojero. Las dejó extenuadas bajo la ropa.

—Perdóname, Georgette. Pensé que ya estarías bien. Sin duda, soy un loco. —Oprimió la llave de la luz, y llenó la habitación de tinieblas. Se acercó a su mujer, y depositó un beso sin personalidad. Después musitó:

—Hasta mañana.

—Es que me duele la cabeza —agregó todavía Georgette—. ¡Oh, esta jaqueca de siempre!

—¿Quieres aspirina?

—No; ya se me irá.

—Sí, sí... Bien... Que descanses.

El tiempo fue pasando muy despacio. Los dos seguían despiertos; pero no se dijeron nada. Hubo un instante en que el relojero estuvo a punto de romper aquel silencio. Quería explicar a Georgette lo que debía hacerse en la excursión del próximo domingo. Ya por la mañana le había hecho algunas preguntas sobre esto.

Y, sin embargo, no llegó a abrir la boca. Con una paciencia admirable esperó que Georgette se volviera cara a la pared. Esta era la señal de que se disponía a dormir. El relojero escuchó una respiración regular, y en cuanto lo creyó oportuno acarició un flanco de Georgette. Con la otra mano se hizo un trabajo lamentable, y en seguida acabó. Después tuvo necesidad de levantarse para buscar en la oscuridad una toalla. Se limpió a tientas y regresó a la cama. Fue cuando murmuró: «¿Para qué tendrá uno a su mujer?»

A media mañana, Orlando entró en la habitación de Louise. Despertó a Julio, y éste preguntó:

—¿Y Louise?

Orlando explicó que la compañera de Germaine estaba ocupada con un caballero. Observó la cara de cansancio que tenía Julio y se interesó si había desayunado. Como Julio respondiera negativamente, dijo Orlando:

—A las nueve ya estaba yo despierto. Germaine me ha llevado el desayuno a la cama.

Julio se incorporó perezosamente. Tenía el aliento amargo y le pesaba la cabeza. La ventana enseñaba una claridad borrosa.

—¿A ti no te parece esto un poco repugnante? —interrogó de pronto—. Creo que lo mejor es irnos del hotel.

—¿Es que no te das cuenta de nuestra situación? —respondió Orlando algo desconcertado.

Orlando se acercó a la ventana. Por los cristales resbalaban gotas de agua. Cuando se dirigió a Julio demostraba mal humor.

—Esta mañana se ha despertado Germaine con la cara inflamada. Debe de ser un flemón. He tenido que calentarla unos paños y ponérselos en la parte hinchada.

Julio escuchaba fregoteando en el lavabo. Ahora sentía placer en echarse agua por el cuello, enjabonado.

—A cada instante —reanudó Orlando— te dice «amor mío». Yo la observo la cara, y tengo que hacer fuerza para no reírme. ¿Y Luisa? —preguntó de repente.

—Bah; es como todas —y Julio no quiso añadir más.

Si hubiera confesado la verdad, su amigo se habría muerto de risa. Era preferible callar hasta que llegase la noche. Tal vez Louise cambiara de opinión.

Después de la comida Orlando fue llevado por Germaine a la alcoba. Orlando no puso resistencia, y se despidió de la otra pareja. Estuvieron ausentes cerca de una hora. Este tiempo lo pasó Julio fumando en la habitación de Louise. Ella lo miraba desde la cama. Cuando apareció Orlando, Louise ayudó a Julio a enfundarse el abrigo. Antes le había metido en un bolsillo un billete de diez francos. Julio aparentó que no veía esta maniobra.

Cerca del «Café des Colonies» Orlando mostró a Julio un billete de cien francos.

—¿Y tú? —preguntó, después de enseñarle el billete.

Julio sacó el suyo de diez francos.

—Me ha entregado esto.

—Me parece que tendré yo que administrarte —expuso Orlando—. El primer día es cuando hay que fijar la cantidad.

A Julio le sentaba aquella explicación malamente. Aligeró el paso y entró primero en el café. Orlando quedó detrás, encendiendo un cigarrillo. Julio tomó asiento; pidió café y un periódico. Le agradó que Orlando tomara parte en un juego de naipes con el dueño y dos parroquianos.

Alguna vez Orlando volvía la cabeza, y miraba a Julio con una mueca cómica. «Probablemente —pensaba Julio—, en Orlando ya todo está turbio y maleado.»

Tuvieron que cenar sin la compañía de Julio. Orlando había dado esta explicación: «Me dejó con unos amigos, diciéndome que regresaría en seguida.»

Terminada la cena, Louise marchó a su alcoba. Germaine se aproximó a Orlando. Notó que él hacía resistencia, y preguntó, irritada:

—¿Ya te has cansado?

—No, mujer; se trata de mi camarada. Le puede haber ocurrido algo.

Entraron en la alcoba, y Orlando se dirigió al lavabo.

—¿Ya te vas, querido?

Orlando comenzó a secarse las manos.

—Debieras hacerme compañía. Me tienes que poner más paños calientes —y Germaine le suplicaba con su rostro hinchado. Le obligó a recostarse en la cama, y exclamó:

—¡Te aguarda una sorpresa!

Germaine sacó del armario un envoltorio. Primeramente le mostró dos pares de calcetines. Después fue una corbata, en la que había colores muy vivos.

—¡Todo veinte francos! —descubrió con un gran gozo Germaine—. ¡Siempre pensando en ti!

Desde el «Café des Colonies» Julio marchó al azar. Una neblina pegadiza cubría las calles, los faroles, que habían sido encendidos poco antes, y lloviznaba débilmente sobre los transeúntes.

Julio entró en un bar: bebió deprisa, y repitió la cosa en otros establecimientos. Ya conseguida la embriaguez, deambuló con la cabeza llena de alcohol. Descubrió un comercio de relojes, y se paró en el escaparate. Solamente encontró un reloj que fuera de su agrado. Se trataba de un despertador que tenía dos enanos en actitud de golpear sobre una campana con dos martillos diminutos. Uno de los pigmeos parecía sonreír. Julio aproximó la cara a la luna del escaparate, procurando observar al enano detenidamente. Entonces descubrió que el enano era un vivo retrato de su amigo Orlando. Esto le produjo una gran risa, una risa que le hacía pegar la nariz al vidrio del escaparate. Cuando levantó la cabeza vio que le miraba la mujer del relojero. Estaba detrás de un mostrador, y a su lado trabajaba un hombre calvo.

Julio descubrió algo extraño en aquella mirada, pero creyó que era debido a su borrachera. Le intimidó su estado inseguro, y marchó calle adelante. Ahora se preguntaba por qué había bebido de aquel modo; pero prefirió no contestar a su pregunta.

Su camino terminó en la playa. Aspiró el viento impregnado de mar, mientras el ruido del oleaje le sonaba a frotamientos de papel de lija. Se desabrochó el abrigo, debido al calor, que le sofocaba la cara y el pecho. Se encaró con el mar y avanzó unos metros, hasta mojarse los zapatos y parte de las piernas. La lluvia le penetraba dulcemente, le humedecía la ropa, y en la sequedad que le producía la borrachera le encantaba el frescor salobre que se renovaba en sus labios. Ahora las olas gemían con él. Se hacían mansas, y cantaban en sus oídos misteriosamente.

Hasta el cielo parecía que se aclaraba, y Julio se irguió, creyendo que en aquella oscuridad iba a surgir la luna de España.

Tambaleándose retrocedió en busca de la muralla del paseo. Allí quedó aislado y débil. La mojadura se le corrió por todo el cuerpo, y, completamente vencido, decidió marchar a casa de Louise.

## IV

### LA COMEDIA DE LA VIDA

#### 1

Se le acostó en la habitación de reserva. Louise le preparó un tazón lleno de leche muy caliente. Se lo dio a beber, y después le colocó más ropa, para provocar la exudación.

Cuando Louise se dirigía a la llave de la luz eléctrica Julio se incorporó trabajosamente, y llamó.

—¿Qué quieres? —dijo Louise.

Desde los tobillos le montaba la flojedad hasta los hombros. Una fatiga agobiante le entorpecía los movimientos, hasta hacerle penoso el hablar.

Louise estaba allí mismo, con su hermosa figura y con los ojos interrogantes. Julio temió que fuera a marcharse.

—Louise —se quejó con una voz velada—, tengo demasiada ropa. Me ahogo.

—¿Qué quieres que yo le haga? Tú tienes la culpa, por haberte expuesto a la lluvia.

Julio observó que Louise iba a salir de la habitación, y pidió, acodado en la almohada:

—Podrías quitarme una manta. Te prometo que sudaré... —y como si le fuera necesario confesarse, agregó—: Quiero decirte que ya no te molestaré más. Anoche no debí gritar al que llamó a la ventana...; tienes razón; yo no puedo darte de comer.

Louise le escuchó sorprendida. Se acercó a acostarlo y lo besó dos veces.

—¿Es que no quieres dormir? Mañana estarás mejor, y podrás hablarme lo que gustes.

Louise apagó la luz, y Julio habló en la oscuridad:

—Debo confesarte que yo no soy...

—¿Pero vas a callar? —interrumpió Louise.

—Bien. Voy a dormir. No te molestaré más; pero escúchame: yo no soy como otros. No está bien que haya bebido esta noche...; estaba muy triste; me acordaba de muchas cosas.

Sintió que alguien se aproximaba. Las manos de Louise le acariciaban la frente. Julio se apoyó en la cabecera; parecía que la fiebre no iba a dejarlo hablar; pero dio esta explicación:

—Nosotros no tenemos la culpa de todo esto. Escucha: quiero obedecerte; voy a dormir.

Louise lo dejó sudoroso, completamente cubierto de ropa, y salió de la habitación. En la otra alcoba hacía un rato que aguardaba un comerciante. Este caballero no parecía estar molesto por la tardanza de Louise. Muy al contrario, radiaba de felicidad.

—¡Aquí estoy desde hace un rato! —empezó con un tono escandaloso—. En mi casa la vida es imposible. Todos hablan de actores de cine y de guisos. ¡Qué hijas me ha dado Dios! Además, mi mujer acostumbra a darles la razón.

Louise dejó los utensilios higiénicos preparados; después le hizo una carantoña a la perilla del comerciante.

—¡Eres admirable, Louise! Sin ti no sabría tirar de esta vida.

Se quitó la americana, y continuó:

—Hoy he tenido una grave discusión con mi contable. Creo que ya te he hablado de este tipo.

El comerciante trató de quitarse las botas, y, a pesar de sus esfuerzos, sucedió lo de siempre.

—¿Quieres hacerme el favor? —pidió a Louise, con la cara congestionada—. Cada vez me encuentro más pesado. Debo hacer gimnasia; pero es el caso que apenas tengo tiempo sobrante. Dicen que tomando baños turcos adelgaza uno bastante. En ese caso tendré que ir a Nantes. A ti, ¿qué te parece?

Louise tiró de los pantalones del comerciante, y se solucionó el conflicto.

—No necesitas adelgazar. A mí me gustas grueso. Te veo más guapo.

—Estaba seguro que me contestarías así. ¡Qué diferencia con mi mujer! Verdaderamente, debiera haberme casado contigo. Pero las cosas...

Louise lo remolcó a la cama, y a los diez minutos quedó resoplando como un caballo viejo. Por la cara del comerciante resbalaban gotas de sudor.

—Louise, no quiero negar que soy feliz a tu lado. Es lo que yo me digo: uno encuentra su medida, y tú eres mi medida exacta.

El agua corrió por el lavabo, y fue utilizada durante unos minutos. No sucedía nada distinto a la última noche que el comerciante estuvo en la casa. Era todo tan igual que daba gusto vivir aquellos momentos.

—Óyeme, Louise: ¿te parece que despida al contable?

—¿Por qué eso? Tendrá mujer y, tal vez, muchos hijos.

—Sí; tiene mujer. Hasta dos hijos. Pero si le vieras con qué orgullo me suele mirar. Siempre quiere tener razón en las discusiones. Claro que yo no entiendo mucho de política; pero, al fin y al cabo, soy su patrón... ¿Qué te pasa, Louise? Parece que tienes la cabeza en otra parte.

—¡Qué tonto eres! Estoy pensando en el contable... No lo despidas. Sus hijos se morirían de hambre.

—Bien —empezó, como si le hubieran quitado un peso de encima—; si tú loquieres, haré un esfuerzo. No creo que se lo merezca ese soberbio. ¿Qué tengo aquí detrás? —y puso un dedo redondo en una parte de su cuello—. ¿Es un granito?

Louise buscó en el cuello del comerciante, y apretó hasta sacarle una espinilla. Se limpió luego en una toalla, con un asco que el comerciante no llegó a ver, y escuchó estos elogios:

—Contigo da gusto. ¡Qué lástima que tenga que irme! Acércame las botas, Louise. Es preferible no tener discusiones en casa.

### 3

La última visita la hizo el marido de Georgette. El relojero entró algo encogido, a pesar de llegar con una recomendación. Desde luego, no estaba habituado a esta clase de escapadas. Louise y Germaine notaron esta falta de valor, y procuraron animarlo. La tertulia se hizo en el comedor. Germaine se ocultó de la luz para cubrir su rostro inflamado. El relojero no apartaba los ojos de los hombros maravillosos de Louise. Hasta le temblaban las manos ante la proximidad de lo inminente.

—Sin duda, ustedes estarán muy contentas —soltó, por fin, el relojero.

—¿Y por qué ese tratamiento? —habló Louise—. Prométeme que vendrás por aquí a menudo, por lo menos una vez a la semana. ¿Me lo prometes?

—Sí —respondió blandamente el relojero.

—Entonces, dame un beso.

El relojero acercó su rostro nublado y profirió muy en voz baja:

—¡Vamos dentro! ¡No puedo más!

Cuando Louise descubrió parte de su cuerpo, en la cabeza del relojero sonaba algo parecido al tan, tan, tan, tan de los relojes que tenía en su tienda. Louise explicó con todo detalle:

—¿Cómo te gusta que sea la luz? ¿Quieres que encienda la roja, la verde o la azul? ¿Prefieres la azul?

—Sí, me gusta la azul; así veo tu cuerpo mejor. Tienes mucha inteligencia, más que...

El relojero calló el nombre de su mujer y empezó a sobar el cuerpo de Louise.

Liquidó su entusiasmo en muy poco tiempo, y cuando la luz azul fue suplantada por la blanca preguntó, debilitado:

—¿Te he molestado mucho?

—¿Qué dices, mi amor? ¿Quieres que me enfade?

—Es que me gustaría serte agradable. Aunque debe de ser difícil que te enamores de los que te visitan en esta alcoba —terminó, con un dejo de renunciamiento.

—Todo puede ocurrir, mi amor. Por lo menos te confesaré que tú eres...; pero no quiero descubrirme, no vayas a presumir.

—¡Habla, habla! —demandó, interesado.

—Pues mira: tú eres mi tipo. A mí me gustan delgados.

El relojero brincó de la cama y se vistió con una alegría de estudiante. Hasta aumentó la cantidad a pagar. Ya vestido, observó que encima de un mueble había un reloj. Reparó que estaba parado, y dijo:

—Cuando venga otra vez lo desarmaré y te diré por qué no anda. Ya verás qué sencillo. Unos minutos y arreglado. ¡Lástima que no sea suizo!

Como Louise mirara embobada de la explicación, el relojero afirmó con gran aplomo:

—Los relojes suizos resisten todas las temperaturas.

—¡Cuánto sabes! —dijo Louise.

—Tonta, no tiene importancia. Lo difícil es arreglar un reloj de torre; ¡eso ya es otra cosa!

Orlando fue al hotel en busca de una muda limpia para que Julio pudiera cambiarse de ropa interior. Por el camino trató de explicarse el origen de la enfermedad de su amigo. Ciertas cosas, como emborracharse ocultamente, o el quejarse de Louise, cuando ella no hacía otra cosa que cuidarle.

Regresó con la ropa y con la máquina de afeitar. Julio se quejó de todo: de la hoja que no cortaba bien la barba, de su debilidad y de la lluvia que goteaba en el patio.

—He conocido a un ruso que debe de tener dinero —empezó a explicar Orlando—. Incluso me ha llevado al hotel donde se hospeda.

Julio continuó pasándose la maquinilla, aunque no parecía prestar mucha atención; Orlando continuó:

—Embarca dentro de unos días. Yo he pensado lo siguiente: tú lo llevas a dar un paseo, mientras yo registro su habitación. Seguramente el dinero lo tiene guardado en las maletas. Desde luego, no lo lleva encima, porque le he visto pagar en un café, y en la cartera sólo tenía billetes pequeños.

Orlando sintió la molestia de que Julio le hiciera el desaire de no darle su parecer. Como estaba decidido a que su amigo atendiese su exposición, no tuvo inconveniente en agregar:

—Esta mañana he conocido una señora de unos cincuenta años. La encontré paseando por la parte de los chalets. Noté que me miraba de una manera singular, y la sonreí, dispuesto a todo. La vieja respondió con otra sonrisa, y ya me fue fácil tratar conversación. Nos conoce a ti y a mí. Quedamos de acuerdo en que tomaremos el té en su casa esta misma tarde.

—¿Quieres que la degollemos? —preguntó Julio, como si no fuera capaz de ver claro en aquellos proyectos.

—¿Degollarla? ¡Qué tontería! La cuestión estriba en que se enamore de uno de nosotros. En este caso será fácil sacarla unos miles de francos. Estas viejas de provincias tienen mucho dinero.

Orlando vio en los ojos de Julio algún interés, y continuó con facilidad:

—¿Quieres que te diga que esto ha sido una coronada? Me miraba la vieja tan descaradamente que en seguida pensé que ella sería la que sufragara los pasajes para América. La vieja no llevaba ninguna sortija, es natural: el dinero no lo gastan en joyas como las señoritas de París. Estas prefieren tener muchos francos en el banco.

Julio llegó a sonreír, y después de cambiar de sitio, obligado por una gran nerviosidad, respondió a Orlando:

—Esto ya es otra cosa. Lo del ruso es peligroso. Hay que entrar en su habitación... Pero lo de la vieja es algo tan claro que estoy deseando acompañarte.

Como preguntara por el domicilio de la vieja adinerada, descubrió Orlando:

—Cerca de la playa; en un hotelito que debe de valer un dineral.

—¿Cuándo haremos la visita?

—Esta tarde, después de comer.

Parecía que el dinero ya circulaba por la habitación. Que inundaba la cama, y hasta el poco espacio del suelo, impidiéndoles moverse, por temor a estropear algún billete de mil francos.

—Observo que eres un hombre inteligente —dijo Julio, completamente satisfecho.

—Tal vez sea el haber estado en la Embajada. Es lo que a ti te convenía para lanzarte. Aún eres un poco tímido; vacilas. Hay que empujarte siempre.

Dispuestos a trabajar, dejaron en el comedor a Louise y Germaine. Antes de visitar a la vieja entraron en un café. El tiempo seguía desagradable, y amenazaba llover. Cuando llevaban sentados unos minutos cruzaron los primeros paraguas. Se oían los claqueos de los zuecos con que andaban algunos transeúntes o el ruido de un caballo que, tirando de un carro, llegaba de lejos, para alejarse en seguida. Antes de que anocheciera ya estaban los dos amigos llamando en el hotel. Transcurrió unos minutos sin que nadie acudiera a la llamada. Orlando volvió a tirar del cordón, cuando se escuchó que descendían precipitadamente por una escalera. Una señora, con aspecto de ama de llaves, les abrió la puerta.

—Nos espera la señora —dijo Orlando—. Dígale que es el joven español, que viene acompañado de su amigo.

La sirvienta escuchó con alguna desconfianza; hizo un gesto como si su memoria trabajase, e indicó:

—Esperen un momento. Pasen por aquí —y los llevó a un salóncito—. Tengan la bondad de tomar asiento.

Cerró al salir, y los dos amigos miraron, en grandes ojeadas, el aspecto del gabinete. Los muebles eran antiguos; Orlando aludió al estilo imperial, y sobre

una cómoda estaban tres relojes parados. En un ángulo de la habitación, y sobre un macetero, un gato disecado trataba de cazar una mosca invisible. Los cuadros que había esparcidos por las paredes enseñaban motivos de cacería y diligencias atestadas de viajeros felices.

—¡Qué mujer más rara! —comentó Julio—. Yo creo que aquí no hay dinero.

—Te equivocas. Estos muebles, el gato y los relojes deben de pertenecer a su juventud. Tal vez los tenga cariño y no quiera desprenderse de ellos.

Alguien bajaba de un piso. Ahora eran los pasos más lentos que cuando se fue la sirvienta, como si quien los producía quisiera hacerlos más solemnes.

Abrieron la puerta, y apareció una señora vestida elegantemente, pero con quince años de retraso sobre la moda. Tenía una cara larga y un aire de tristeza, que debía de ser producido por alguna enfermedad.

Orlando presentó a Julio, y la señora hizo una reverencia. Entonces la luz le dio en pleno rostro, y Julio observó un rostro marchito, mucho maquillaje y una gran capa de polvos superpuestos.

—Siéntense, háganme el favor. Voy a ordenar que les sirvan té.

Tocó dos veces en un gong; acudió la vieja sirvienta, y la señora encargó la merienda. Después se ocupó de mirar atentamente a Julio. Hasta dijo con una dulzura que debía de ser un resto de juventud:

—¿Es usted ese terrible seductor de quien me ha hablado su amigo?

Julio llegó a sonreír a la peligrosa pregunta. Orlando animó la conversación de esta manera:

—En España somos muy ardientes. Tal vez sea debido al clima. Ahora bien: una cosa que ha de agradarla es que el español prefiere la mujer francesa a las demás mujeres de Europa. Ustedes —aquí la dama prestó mucha atención— son delicadas, y saben decir un sentimiento con palabras únicas y hermosas.

—¡Qué galante! —exclamó la dama.

La sirvienta llamó discretamente, entró con el servicio y distribuyó las tazas. Al terminar, salió y cerró la puerta.

—Otra manía del español —enlazó Orlando— es que suele enamorarse de una mujer cuando la dama ha cumplido más de treinta años. Mi amigo —y señaló a Julio— es uno de esos españoles. Más de una vez he necesitado aconsejarle. Es muy violento. Es decir, tal vez no sea ésta la palabra. Está mejor esta otra: es un exaltado.

Orlando cogió dos pastas, las comió en medio de un gran silencio y apuró la taza de té. En cuanto observó que la dama dirigía miradas que envolvían a Julio se levantó.

—Señora —declamó, como convenía—: he olvidado una cita que tengo con el cónsul de mi país. De todos modos, mi amigo sabrá corresponder a su amabilidad.

Después de desaparecer Orlando, Julio se aprestó a fingir su papel. Miró a la dama como si fuera un objeto adorable; pero fue la vieja la que habló primero:

—¿Viven ustedes en un hotel o en una pensión?

Julio indicó el nombre del hotel donde vivían, y la dama pareció recriminar:

—Pero ustedes debieran tener otra administración, y ahorrarían más dinero. ¿Quién les recomendó que fueran a ese hotel?

—No creíamos que necesitáramos ninguna recomendación.

—¡Qué simpáticos! Son ustedes excesivamente improvisadores. Esto me recuerda el episodio de Colón al descubrir América.

—¿Qué episodio? —preguntó Julio, sorprendido del giro que tomaba la conversación.

Ese momento en que Colón, para evitar el retroceder, quema las naves.

Julio intentó aclarar el suceso histórico; pero la dama apenas hizo pausa, y dijo la segunda pregunta:

—¿Por qué quemaría las naves? Con haber prohibido a los soldados subir a ellas habría aprovechado la flota.

Señora: Colón no fue el que destruyó las naves. Usted se refiere a otra cosa. Será lo del huevo.

—¿Qué huevo?

Lo del huevo de Colón. Colón demostró cómo un huevo puede sostenerse de esta forma —y Julio puso un dedo en sentido vertical.

—Ah, perdón la confusión. ¿Entonces las naves?

Iba sucediendo la conversación en un sentido tan anormal que Julio no sintió ningún escrúpulo en responder:

—Se dice que las quemó un francés, y que un español llamado Hernán Cortés lo mandó degollar para después atribuirse la hazaña.

La dama se lamentó, interesada por el relato:

Es posible lo del francés. Francia es demasiado generosa para preocuparse de esclarecer ese suceso histórico. ¿Sabe usted el nombre de ese patriota francés? —preguntó con un sutil interés.

Creo que Dupont —dijo Julio, recordando el nombre del dueño del hotel donde vivían—. Por cierto que era un hombre que tuvo veinte desafíos y más de cien amantes.

—¡Qué bien lo relata usted!

La dama acercó la silla, y con el movimiento se expandió en el gabinete un perfume que debía de ser grato a los tres relojes parados, al gato inmóvil y a las pinturas de cazadores. Se levantó la dama, y contempló a Julio con unos ojos cargados de vejez, en los que había una corteza de lápiz oscuro.

—¿Quiere ver la casa?

—Con mucho gusto —respondió Julio, cada vez más sorprendido.

—Sígame con toda confianza —indicó la dama—. Entre nosotros no debe haber ninguna etiqueta.

Empezaron por la cocina; después vieron el cuarto de baño y el comedor. Julio ya no estaba sorprendido, sino perplejo. En una alcoba la dama le señaló una cama amplia y preparada de ropa.

—¿Le gusta? —preguntó con un tono equívoco.

—Admirable, señora; es un verdadero lecho de amor.

—Es usted muy atrevido. Razón tenía su amigo al decirme que era usted un donjuán.

Volvieron al gabinete, y entonces la dama adquirió un aire grave.

—¿Qué pagan ustedes en el hotel? —preguntó, teniendo en las manos un cuaderno y un lápiz.

—Cuarenta francos —respondió Julio, viendo que la dama tomaba nota en el cuaderno.

—¿Cuánto gastan en el almuerzo y la comida?

Julio caviló una cifra. Como esta cantidad le pareciera muy reducida, creyó que sesenta francos era una cantidad normal, y se lo dijo a la dama. La señora escribió unos números, hizo una suma y, tras una pausa muy breve, empezó:

—Ustedes gastan diariamente, por lo menos, cien francos. ¿Se convence ahora de que ustedes son poco prácticos? Con cincuenta francos que ustedes me abonen por día yo puedo admitirlos de huéspedes.

Julio perdió el equilibrio de sus ideas. Se refugió en uno de los relojes y pudo contestar:

—Encantado, señora. Mañana mismo traeremos el equipaje. —Se levantó de la silla y terminó—: Si usted me lo permite, voy a regresar al hotel; ya estará esperándome mi amigo.

La dama lo acompañó hasta la puerta, y en el corto trayecto solicitó, soniente:

- ¿Le parece bien pagarme ahora mismo el adelanto de un mes?
- ¿Ahora mismo? —repitió Julio con fatiga—Creo mejor aguardar a mañana.  
Buenas noches.

Julio bajó los cinco escalones que daban entrada al hotelito, y llegaría a andar unos cien metros. Cuando consiguió fijar sus ideas se dio cuenta que marchaba en mala dirección. Corrigió su itinerario, y, ya firme su cabeza, echó calle arriba, y se perdió en la noche.

Cruzó pasillo adelante, deteniéndose en el comedor, donde un caballero, excesivamente grueso, le hizo una pequeña reverencia. Comprendió que aquel caballero esperaba a Germaine o a Louise, y devolvió el ligero saludo. Se sentó junto a la mesa, y, aunque tomó un periódico, colocó sobre las noticias el gato inmóvil y los relojes parados de la vieja del chalet. Dejó el periódico, y al erguir la cabeza se encontró con los ojos curiosos del caballero gordo. El visitante picaba con sus dedos redondos en los brazos del sillón.

En cuanto observó que Julio desistía de leer preguntó:

- ¿Por quién viene usted?
- ¿Yo? —dijo Julio, sin entender el significado de la pregunta.

El caballero soltó un «hum» de desconfianza, y añadió:

- Veamos: ¿es por Germaine o es por Louise?

Como observara que Julio no salía de su incertidumbre, creyó oportuno continuar:

No se preocupe, joven. Aquí no vamos a tener celos unos de otros. Se pasa un rato agradable, y después no ha ocurrido nada de particular. Ya lo dijo uno de nuestros poetas:

*Oui, je pense qu'il est plus doux d'être cocu que jaloux.*

El caballero sonrió con un rostro apacible. En su cara no existía una mala intranquilidad.

—Pues yo vengo por Louise —reveló Julio, para no continuar.

—Excelente muchacha —comentó el caballero—. Yo me he acostado con ella dos veces. Sin embargo, prefiero a Germaine; es más manejable.

Julio no respondió a aquellas explicaciones. Ahora le mortificaba la cara redonda del francés. El pensamiento de que aquel hombre había estado con Louise lo desesperó de tal modo que se levantó con ánimo de marchar a la calle.

—¿Hay prisa? —pregunto el caballero, y rápidamente sentó esta afirmación—: Cuando llegue a mis años le gustará hacerlo despacio. De esta manera todo se saborea mejor. En fin, ¿cuántas veces lo hace usted? Pero la verdad, ¿eh? No hay que exagerar.

Julio pretendió contestar, pero se calló.

—Es usted muy modesto —apoyó favorablemente. Así me gusta. No me agradan los fanfarrones.

Se escuchó girar una puerta. Por la parte de las alcobas alguien hablaba bajo; después se oyó la voz de Germaine que despedía a un caballero.

Cuando Germaine entró en el comedor dio a entender a Julio que Louise estaba ocupada. Se arrojó al cuello del caballero grueso, e inmediatamente se fueron a una alcoba.

No tuvo fuerzas para continuar en el comedor, y marchó a la calle. Encontró a Orlando en el «Café des Colonies». Preguntó por la dama del chalet, y Julio hizo un movimiento significativo. Orlando comprendió, y continuó con los naipes en las manos. No era cosa de desesperarse.

La idea de tomar café fuera de casa era de Germaine. Louise declaró que esto no era razonable, ya que las verían a las dos en compañía de Julio y Orlando, lo que podría ocasionarles algún des prestigio. Como Orlando formulara una pequeña protesta, explicó Louise:

—Es que los españoles tenéis mala fama. Si os ven con nosotras creerán nuestros amigos que no pagáis por acostaros, y hasta que os damos dinero.

—¿Qué les importa a ellos si pagamos o no pagamos? —refunfuñó Orlando.

—¡Qué bobo eres! —indicó Germaine—. ¿No comprendes que ellos son viejos, que escupen en todos los sitios y que no pueden desnudarse por miedo a los catarros?

Louise vio que Julio no salía de su silencio.

—¿Tú no dices nada? —le preguntó.

El timbre sonó dos veces, y la criada entró poco después, haciendo una seña a Louise para que fuera a su alcoba. Al quedar los tres, Germaine marchó por su abrigo, trayendo también el de Orlando.

—Vámonos al café. Este —y señaló a Julio— puede esperar a que acabe Louise.

Después de salir la pareja, Julio se dejó caer en uno de los dos sillones que adornaban el comedor. En el otro sillón estuvo sentado el caballero que se había acostado con Louise. Ahora ella acompañaba a otro hombre. «Un hombre vulgar»... Julio tenía la idea de que todos los señores que «molestan» a Louise padecían asma, eran muy gordos o excesivamente esqueléticos. Hombres de esos que escupen a cada rato y que cuando hablan

no dicen más que simplezas. ¿Qué mundo era aquél donde una mujer como Louise tenía que entregar su cuerpo a una serie de viejos repugnantes?

Lo sorprendió Louise en aquellas meditaciones. Como preguntara por la gente, Julio contestó que los estaban aguardando en el café.

—¿Por qué no te has ido con ellos? —indicó Louise, como si no comprendiera el daño que causaba con aquella invitación.

Julio prefirió no contestar, y observó cómo Louise se sentaba enfrente. Parecía cansada, y hasta como si esperase el que la dejaran sola.

—¿Tienes mucho interés en que vayamos al café? —preguntó Louise.

—Me es igual. Si quieres, me quedo aquí contigo.

Se notó envuelto en el silencio de Louise, y señaló al gramófono.

—¿No te molesta que ponga un disco?

—¿Por qué me va a molestar?

Julio eligió *La Bohéme*, y dio al resorte. Como la música sonaba muy fuerte, metió en la caja sonora una servilleta.

Louise escuchaba; por lo menos había adoptado este gesto; pero Julio vio que aquello no era más que una postura forzada, y colocó otros discos para que en el comedor no se destacase la frialdad de Louise... «¿Qué es lo que habría dentro de aquella hermosa cabeza?»

—Sigue aquí —dijo Louise—; yo voy a mi alcoba.

Cuando Louise hubo desaparecido, a Julio le sonaba la música de mala manera. Apartó la aguja, y volvió al sillón, para estar sentado unos diez minutos. Después se levantó, cogió el sombrero y el abrigo y salió pasillo adelante.

En la calle se puso el abrigo, se subió el cuello y, con la cabeza descubierta, se dirigió al puerto. Una vez delante de las amazonas oscuras de los barcos, se entretuvo en hacer algunas deducciones. Un marinero le había contado que en los barcos extranjeros comía la tripulación mucho más que en los navíos españoles. Al español lo contentan con un plato de judías y un filete. Al

extranjero hay que darle huevos cocidos, carnes dulces, mermeladas y distintas clases de pan. A Julio le habían confesado: «Cuando embarques no lo hagas en un barco español. Si piensas navegar como tripulante, enrólate en un barco extranjero. Si lo haces en uno español, llegarás a América tuberculoso.»

Junto a la escala de un buque inglés vio Julio a dos marineros delgaduchos y pequeños. Conoció en seguida que pertenecían a una tripulación hindú. Estos súbditos de Inglaterra navegan por poco sueldo, y las compañías inglesas saben explotarlos como es debido. Sin embargo, para cualquier trabajo, es necesario utilizar a tres o cuatro hindúes, cuando un europeo o americano hace solo ese trabajo. Los hindúes mezclan en su comida muchas especias, por lo que después de comer tienen que lavarse el ano. Todos poseen su recipiente y su esponja. Basta un poco de agua tibia para cuidarse la parte irritada.

Llegó al final del puerto, y se volvió, para hacer el regreso. Dos ideas minaban su cabeza, y podría decirse que cada una de esas ideas tiraba de una de sus piernas. Una quería llegar a casa de Louise; pero otra lo hacía camino del hotel. Julio ayudó a la que señalaba el trayecto de la casa de Louise. Ahora todo su ser andaba al compás de mil sugerencias que le ofrecían las calles solitarias, en las que alguna vez aparecía una sombra. De un pequeño café salía a través de los cristales un fulgor, que moría a un metro de la acera. Julio se sentía optimista y dispuesto a alargar la felicidad de ver nuevamente a Louise. Entró en el establecimiento. El pequeño café rezumaba un calor cordial, que influyó en Julio agradablemente. En una de las mesas se estaba jugando a las cartas, y uno de los jugadores miró a Julio. El hombre debía de hallarse impaciente por entablar diálogo, porque dejó el juego y se aproximó a la mesa.

—¡Cómo! ¿Usted por aquí?

Julio le observó con alguna duda; pero comprendió que tenía delante al caballero grueso que se había encontrado en casa de Louise. Hizo un movimiento de hombros, y el hombre preguntó:

—¿Ha vuelto usted por allí?

—No —largó Julio, deseando acabar con rapidez.

—¿Y Louise? —continuó el caballero—. ¿Se portó bien el otro día? No puede negarse que cuando ella quiere es una buena chica.

Julio lo miró, demostrando que ya habían hablado bastante; pagó la bebida y abandonó el café.

Marchó con prisa, una prisa anormal, que habría llamado la atención de hallarse las calles más concurridas. Ya dentro del hotel, subió la escalera, para meterse en una habitación empapelada por una invasión de rosas descoloridas.

V

ADIÓS, GEORGETTE. NOS VAMOS A PARÍS

1

Orlando encontró a su amigo metido en la cama. Julio miró su reloj, viendo que faltaban veinte minutos para que fuera mediodía.

—¿Te has emborrachado anoche? —preguntó de repente Orlando.

—No.

—Pues yo había pensado eso. Louise me preguntó por ti. Dice que no te entiende.

—¿Te ha dicho eso? —dijo Julio, deseoso de estirar aquel aspecto de la conversación.

—Claro... Louise se desconcierta con lo que tú haces. El día de la mojadura ella se extrañó que tú no te cobijaras en un portal o en un café.

Orlando dio unas vueltas por el cuarto, sin que Julio presentara alguna excusa. Este estaba sentado en la cama, y parecía mirar cosas invisibles.

—Tal vez Louise te da poco dinero.

Julio hizo un gesto evasivo, y Orlando habló detalladamente.

—Entonces es que Louise no te gusta. Lo mismo me ocurre a mí con Germaine. Es una buena chica, pero siempre me está pidiendo que le haga cosquillas. Menos mal que ya tiene desinflado el carrillo.

Notó Orlando que Julio continuaba dispuesto a callar, y utilizó lo que hasta ahora había tenido reservado.

—A propósito de Germaine, te voy a dar una buena noticia. Mañana —le agrado la cara sorprendida de Julio, y continuó— tendremos ochocientos francos.

—¿Te los va a dar ella? —preguntó, verdaderamente perplejo.

—Es natural. —Y Orlando enseñó ya su sonrisa peculiar—. Llevo dos noches contándole una historia. Le he dicho que tú te vas de Saint-Nazaire, quedándome yo aquí a vivir con ella. Ahora lo que nosotros tenemos que acordar es qué hacemos con el dinero.

Parecía que Julio esperaba esta pregunta, porque expuso rápidamente:

—Desde luego, yo no me quedo aquí. Si te parece bien, me prestas trescientos francos. Con eso me sobra para marcharme.

—¿Y adonde piensas ir? —preguntó Orlando, dolido de aquel intento de separación.

—A París.

—Y el asunto del hotel —se refería a lo del robo—, ¿no te asusta?

—No creo que eso tenga tanta importancia. Con irme a vivir a otro barrio de París, todo queda arreglado.

Orlando quedó silencioso, como si aún tratara de oponer alguna razón a aquellos proyectos. Estaba buscando esta razón, cuando habló Julio:

—El otro día te dije que lo del ruso no era conveniente, y, en cambio, te propuse lo de la vieja del chalet. Me decidí por esto último por miedo.

Orlando serenó su nerviosidad, y contestó:

—Nunca te he dicho que vamos a vivir continuamente del robo.

—Sin embargo, en cuanto tenemos una dificultad, tú orientas las cosas por ese lado.

Dejaron de hablar y de mirarse. Los dos amigos, por primera vez desde que se habían conocido, encontraban un gran embarazo en mantener el diálogo. Algo

torpe le salió a Orlando la maniobra de encender un cigarrillo y de asomarse a la ventana. Sin embargo, él fue el primero en hablar.

—¿Qué vas a hacer en París?

—Daré lecciones de español. También trabajaré la publicidad —esto lo dijo sin tener una idea clara de este trabajo—. Los anuncios dejan una comisión bastante buena.

—En ese caso —y Orlando habló con gran trabajo— creo que mañana podrás salir de Saint-Nazaire. Ahora es mejor que no aparezcas por casa de Louise. — Sacó unos billetes de cinco francos, y añadió—: Aquí tienes. Para la comida. Te encontraré luego en el café.

Orlando trató de salir, pero no se movió del sitio.

—Me voy a ver a Germaine —agregó, con gesto sonriente—. Si tardo en ir al café, espérame; será que Germaine me ha pedido que le haga cosquillas.

Ya había salido de la habitación, y Julio continuaba metido en la cama. Con las manos tras la nuca, pensaba en París, en la lucha próxima para desenvolver su vida. También pensaba en Louise, pero entonces prefería cambiar de ideas.

El relojero había hecho el descubrimiento al pasar un plumero por el escaparate. Inmediatamente se le oyó vocear:

—¡Georgette! ¡Georgette!

En la relojería apareció una cara de nácar.

—¿Qué quieres? ¿Por qué gritas? —y Georgette no ocultó el mal humor que le producía la llamada de su marido.

—Pero mujer, ¿sabes lo que falta del escaparate? Falta el reloj de los enanos.

Los ojos claros de Georgette miraron al relojero. Nadie, a no ser ella, sería capaz de descifrar aquella mirada.

—¿No comprendes? —y ahora el relojero ponía ojos de asombro—. Se trata del reloj de los enanos.

—Lo tengo en mi mesilla de noche —descubrió Georgette con desgana.

—¡Qué cosas más extrañas haces! ¿No tenemos otro despertador encima de mi mesilla? Además, el de los enanos suena poco. Es un puro juguete. Piensa que ahí dentro —y señaló al interior de la tienda— no pinta nada, mientras que en el escaparate podemos venderlo cualquier día.

En el rostro de Georgette había una gran contrariedad. Esto hizo que el relojero bajara el tono con que empezó a preguntar.

—Bien. Quédate con el reloj. —Y todavía más bajo, casi como un gruñido—: ¿Cómo no me lo dijiste?

—¿Por qué? Creí que no tendría importancia.

—Ya estamos con lo de siempre —ahora empezó a gritar—. «Creí que esto no tendría importancia...» «Creí que aquello no tendría importancia.» Todo tiene su importancia. Si me hubieras dicho: «El reloj de los enanos me gusta para tenerlo en mi mesilla de noche», yo te lo habría regalado inmediatamente.

El relojero miró el suelo de la tienda, algunos relojes que pendían de la pared, y dijo esto:

—Sabes que no me importa mucho lo del reloj. Ahora confiesa que en el escaparate estaría mejor colocado, ya que su venta podía producirnos unos francos de ganancia. Lo que me duele es que nunca cuentes conmigo. Y si te digo algo, tú no encuentras otra forma de contestarme que soltarme tu muletilla de: «Creí que esto no tendría importancia...»

Georgette guardó el mismo silencio de antes. En aquel silencio se debatía el relojero como en una inmensa tela de araña. Hablando le parecía que inutilizaba aquella madeja insoportable.

—Comprende que lo más elemental entre marido y mujer es que exista una gran sinceridad. Debemos confesarnos nuestros deseos. Si mañana me agrada a mí cualquier reloj de los del escaparate, qué cosa más natural es que te diga: «¿Sabes, Georgette, que ya estoy aburrido del bombero que todos los días me despierta a las siete en punto? Ahora voy a poner en la mesilla uno de los suizos. Esos relojes tienen el sonido más fino.»

Georgette se apoyó en el mostrador.

—Pero Jean —dijo como fatigada de lo que había oído—, si hubiera sido otra cosa de más importancia, lo habría consultado contigo.

—Bah, no me has entendido nada de lo que te he dicho. A mí no me parece mal lo del reloj. A lo que yo me refiero es a otras cosas.

—¿Y cuáles son esas cosas? —interrogó Georgette, próxima al mareo.

—¿Quieres ahora que saque a relucir lo de siempre? ¿Para qué vamos a hablar y hablar? No me hagas caso. Comprende que a veces me pongo pesado. Pero es que uno necesita hablar con alguien —notó la indiferencia casi absoluta de su mujer, y exclamó, enfurecido—: ¡Vamos, la vida no es una broma! ¡Creo yo!... —y dio señales de que ya había dicho todo.

El relojero seleccionó una pieza, y se dispuso al trabajo, agachando su calva cabeza. Georgette se acercó al escaparate y observó la calle fría a través del ancho cristal. Rozando la luna pasó Julio Montana. Georgette corrió a la puerta, la abrió y estuvo allí hasta que el extranjero desapareció definitivamente. Georgette sintió dolor y una angustia que le aflojaba los músculos de las piernas. Temió un desvanecimiento y retrocedió al interior. En aquel momento se lamentaba el relojero:

—Acabarás cogiendo una pulmonía. ¿No te das cuenta que estamos en pleno invierno?

Georgette cruzó la tienda, internándose en el dormitorio. Se dejó caer en la cama, y lloró silenciosamente, en un llanto que no podía llegar a los oídos del relojero. A la derecha de Georgette estaba la mesilla de noche, y encima del

pequeño mueble sonreían los pigmeos, en espera de golpear con sus martillos de juguete en la campana de níquel.

3

Como estaba colocado frente a la puerta, vio cómo entraban en el café Germaine, Louise y Orlando. Louise eligió el asiento que le unía a Julio.

—¿Por qué no has ido anoche a casa? —preguntó Louise, sonriéndole con sus ojos grandes.

Julio eludió la respuesta, y Louise interrogó con la seguridad de acertar:

—¿Te has vuelto a emborrachar?

—No.

—Entonces es que estás loco —afirmó Louise.

—¿Por qué voy a estar loco? No he ido anoche a dormir a tu casa porque no me dio la gana —y volvió la cara a la pareja formada por Orlando y Germaine. Estos se hallaban muy atareados. Bajo la dirección de Orlando, Germaine trataba de escribir en español algunas palabras referentes al amor.

—¿Por qué no quieres que nos casemos el mes que viene? —preguntó Germaine, dejando la escritura.

—Me parece muy pronto —indicó Orlando con gran naturalidad—. Además, no tenemos bastante dinero.

—¿Y qué más da? —argumentó, llena de entusiasmo, Germaine—. Tú y yo podemos casarnos y hacer la misma vida. Nosotros viviremos en la alcoba del fondo. Los hombres que vengan a buscarme se quedarán en la habitación que usamos ahora.

—En fin, ya veremos —repuso Orlando, maravillado del sentido común de Germaine—. Todavía tenemos tiempo de sobra.

—¿Cuántas semanas tardarás en coger la herencia? —interrogó de improviso Germaine.

Orlando cogió el gesto de perplejidad que había en la cara de Julio y respondió a su amante:

—Ya te dije que todavía habrá que esperar unos meses.

Germaine pensó en algo triste, porque se lamentó:

—Tengo miedo de que no regreses de España a buscarme. Lo mejor es que vayamos juntos en ese viaje.

—Lo que tú quieras —contestó Orlando.

—Ah, naturalmente que iremos juntos. Por eso debemos empezar a ahorrar dinero. ¿Por qué no dejas de fumar?

—¿No quieres que fume? —y Orlando empezó a tranquilizarse.

—Por lo menos hasta que te entreguen la herencia. Así tendremos más dinero.

—¿Olvidas que muy pronto seremos capitalistas? —indicó Orlando, como un gran recurso para salir de aquella conversación.

—¿Y si no cobras la herencia?

—¿Ahora vas a pensar en que no me den la herencia? —dijo Orlando, próximo a la irritación.

La pareja quedó sin ganas de continuar, cuando se oyó la risa de Louise. Germaine preguntó:

—¿De qué te ríes?

—De éste —y tocó en un hombro de Julio—. Dice que hubiera querido ser Napoleón.

Louise miró la cara encendida de Julio, y agregó a Germaine:

—El otro día me confesó también que le hubiera gustado nacer cuando se podía robar barcos, apoderarse de tierras y acostarse con mujeres hermosas.

—¿Por qué cuentas esas historias? —dijo Orlando.

Julio no se justificó, pensando que tal vez sus amigos tenían razón.

—¿Y no es mejor ser un buen ingeniero a estar como tú, que siempre vas por las nubes? —explicó Louise, deseosa de que Julio diera su opinión.

—Me aburriría la mismo que ahora —empezó Julio, exagerando su melancolía—. Me casaría por la Iglesia para evitar el enfado de mis padres y el disgusto de mis suegros; tendría muchos hijos, engordaría mi mujer, y de vez en cuando iríamos todos al cine.

—Sin embargo, ésa es la vida —opinó Louise, con el asentimiento general.

—¿Por qué va a ser ésa la vida? —protestó Julio—. ¿Porque quieras tú? Conozco otras mujeres que piensan como yo; saben ver más allá de sus narices.

Louise hizo un gesto de desagrado; miró su reloj de pulsera e indicó a Germaine el abandonar el café. Orlando fijó la hora para ir a cenar con su amante, y despidió a las dos amigas. Louise no llegó a despedirse de Julio. Este quedó pensando que no valía la pena enamorarse de «aquella mujer».

Louise y Germaine salieron ante la admiración de los clientes del «Café des Colonies». Uno de ellos cazó a Orlando para jugar una partida de cartas.

—¿Vienes a aquella mesa? —dijo Orlando a Julio.

Echaron a andar, y Orlando habló primero:

—Con las mujeres no tendrás nunca éxito. ¿Para qué les has contado lo de que hubieras querido ser un Napoleón? ¿Tú crees que si en vez de decirlo lo de ser un Napoleón le cuentas que hubieras deseado ser un gran banquero no te habría comprendido mejor?

Orlando se acercó a la mesa donde ya se veían los naipes desparramados. Julio se sentó detrás de su amigo. Estaba como cansado, y deseaba que aquella

partida durara mucho tiempo, para poder pensar en cosas que no se hallaban en el café. Estos pensamientos le hacían mirar a los jugadores en una mirada que los destruía completamente.

Faltaba muy poco para que el dueño encendiera las luces. Al exterior, la bruma comenzaba a taponar la calle, para hacerla como un sueño —esto correspondía a Julio— o como una cosa molesta —esto otro pertenecía a los honrados transeúntes que cruzaban por las calles de Saint-Nazaire.

Julio salió a dar una vuelta.

—¿Quieres algún dinero? —preguntó Orlando.

—No. Sólo voy a pasear; dentro de una hora estoy aquí.

En una hora se ve a la gente marchar deprisa, meterse en un portal, salir de un comercio, ir para arriba o para abajo. Todo esto viene a ser lo mismo. En una hora se observa cómo un niño, vestido pobemente, vocea periódicos. El pequeño vendedor, después de lanzar el grito, trata de descifrar el chiste político de la primera plana. La gente pasa por su lado; la gente escupe, camina sin ideas y aguanta como puede la estopa de sus cerebros.

En una hora se recorren muchas calles que podían haber sido construidas en cualquier parte de la tierra. En una hora se ven unos hombres universales, con su boca, con su nariz y con las piernas enfundadas en los tubos de los pantalones. Julio mira máquinas de coser, escaparates con legumbres; contempla portales oscuros, en los que a veces aparece un tipo; se calza unos guantes y sale disparado como si fuera a realizar el descubrimiento de América.

Julio retrocede, avanza, y, por último, se para. El aire húmedo empuja un trozo de papel, lo lleva hasta donde el muro del arroyo le sirve de trinchera. Allí

queda sujeto, aprisionado por restos de cosas que ya han perdido su personalidad. Julio ha visto lo del papel, y para asombro de las personas activas ha dejado pasar un buen manojo de segundos. Después marcha al puerto. Descubre algunos barcos que le son conocidos. Están tomando carga o dejando en el muelle lo que asciende de sus tripas hinchadas. Julio observa que una mujer se pasea frente a la escala de un barco inglés. La mujer pasea hasta que por la escala desciende él. Es un mocetón rubio, que, antes de llegar a donde está su amor, sonríe con una fila de dientes blancos e iguales. Julio los ve alejarse apretados. El marino la acompaña seguro de su fuerza. Su espalda cuadrada podría ayudar a una nueva formación del mundo. Julio empieza el regreso. En algunos barcos se destacan las lámparas que acaban de ser encendidas. La noche llega en un despertar de luces grises y otras pálidamente claras. Julio empuja una puerta. Al fondo del «Café des Colonies»

continúa la partida de naipes. Orlando lo recibe cordialmente. Julio tiene que reconocer que Orlando es su único amigo. Si mañana le ocurre una desgracia, allí estará su camarada dispuesto al sacrificio.

Algo que produjo alarma al relojero fue que Georgette, que no tenía por costumbre tomar licores, bebió en la cena varios vasos de vino. A la mitad de la cena su cara se había coloreado, y sus ojos claros brillaban enigmáticos.

—¿Sabes que la cena me ha gustado mucho? Yo creo, Georgette, que esta noche has hecho un verdadero milagro. ¿A qué se debe todo esto?

Como si le produjera el hablar una gran molestia, Georgette contestó;

—He hecho lo de todos los días.

—¡Eso sí que no! —y el relojero agitó el tenedor—. Esta noche parece que celebramos una fiesta. Lo que no me cae bien es que bebas tanto.

- ¡Sólo he bebido dos vasos!
- ¿Sólo dos vasos? Eres una embusterilla. Yo he contado hasta cuatro. Voy a hacerte una prueba para ver si estás serena. ¿Cuántos dedos tengo en esta mano?
- Georgette contempló la mano, puesta en alto.
- Tres dedos —y Georgette no llegó ni a sonreír del juego.
- ¿Y ahora?
- Cinco.
- ¡Caramba! Parece que no hubieras bebido nada. Es asombroso, no cabe duda —y el relojero gozaba de aquel mismo asombro que a Georgette le parecía una cosa estúpida.
- ¿Quieres contestarme una pregunta?
- ¿Qué pregunta? —y Georgette no disimuló el fastidio.
- Quería decirte que estás más guapa cuando no tienes preocupaciones. Por otra parte, no creo que tengas nunca una razón para que estés de mal humor. Tenemos ahorros, y eso que ahora vendemos poco. De todas maneras, vamos saliendo adelante sin necesidad de tocar el dinero que hay en el banco.
- Georgette sentía que el vino le formaba círculos de niebla. Empezó a quitar los platos sucios, y el relojero trató de ayudarla, como si con la maniobra tratara de ocultar un pensamiento que no iba a tardar en ser puesto en la conversación. Regresando Georgette del primer viaje hecho a la cocina, manifestó el relojero:
- De buena gana tomaba una criada para evitarte estos trabajos.
- En medio del mareo, Georgette reconocía que aquella proposición de su marido no era otra cosa que una frase continuamente repetida. Recogió los cubiertos y los vasos.
- Ahora, fíjate —y el relojero puso una cara grave—; hay que pagar todos los meses un sueldo. Tendremos en casa una boca más que tapar. ¿Pero y si la

criada nos sale ladrona? Todos los días trae el periódico el mismo suceso. Se llevan hasta la lana de los colchones.

Y cuando Georgette regresó de la cocina:

—¿Sabes a qué se debe todo esto?

—¿El qué? —demandó ella, con ganas de volver a la cocina.

—Lo de las criadas que roban a sus amos; lo de que haya empleados infieles... Esto es debido a la falta de temor de Dios. Tú sabes que la religión es un freno. Si se pierde ese freno, la sociedad, la familia, caen en la pendiente del vicio y la degeneración. ¿Tú no crees que tengo razón?

—Sí.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—¿Qué quieres que te diga? —contestó Georgette, en un tono que era una clara protesta.

—Bien. No digas nada...

El relojero se dispuso a fumar su pipa de costumbre. La fue cargando despacio, como los hombres que hacen grandes reflexiones. La encendió ya sentado en el butacón regalado por su madre dos años antes, y quedó solo en el comedor. Aspiró tranquilamente el humo espeso, hasta que un ligero temor le obligó a descolgar la pipa. «No he debido contar lo de la criada.» Y se afirmó a sí mismo que a veces uno no está exento de exponer tonterías. También recordó el episodio del reloj de los enanos. ¡Qué gran tontería había hecho su mujer con quitarlo del escaparate! Achacó aquel gusto a que «las mujeres tienen un sistema nervioso muy sensible». Pensando en su mujer, el humo le sabía más suave, como si un brujo trabajara dentro de la pipa. El momento era tan espléndido que trató de comunicar a Georgette su felicidad. Se levantó sin hacer el menor ruido, y anduvo en dirección a la cocina como un ladrón temeroso de que lo descubran. Cuando llegó al umbral de la cocina se paró para que su sorpresa hiciera un gran efecto. El relojero contempló la escena con todo detalle. Encima de la mesa estaban los platos formando una pequeña torre; estaban los vasos, los cuchillos, las cucharas y los tenedores; todo sin

fregar, en una exhibición deplorable y poco sugestiva. El relojero llegó a observar más. Vio que Georgette, apoyada en una esquina de la mesa, lloraba en un hipo doloroso. Parecía que Georgette miraba el suelo, un suelo lejano y desconocido...

6

Como era la última noche que Orlando pensaba pasar con Germaine, buscó varios motivos para permanecer más tiempo en la casa. Fue ella misma la que le hizo marchar. Para darle dinero lo llevó a su alcoba. Le abrió el armario, y señalándole dónde guardaba los billetes, le dijo, demostrándole que entre ella y él ya existía una absoluta confianza:

—Toma lo que quieras.

Orlando no trataba de tomar dinero en aquel instante; esto sería más tarde. Sin embargo, se acercó para ver los billetes, hizo un cálculo y se volvió a Germaine.

—No necesito nada.

—¿Has ganado en el juego? —y Germaine sonreía satisfecha.

—Quedé en paz. Sólo he gastado en cigarrillos y en los cafés. ¡Ah!, Julio me ha vuelto a pedir lo que le adeudo; si no fuera porque hemos venido juntos a Saint-Nazaire, ya le hubiera mandado al cuerno —y empezó a pasear, como si se hallara nervioso de no realizar lo dicho últimamente.

—¿No le debes ochocientos francos?

—Naturalmente que se los debo —y fingió un gesto de hombre al que le irrita el que se pueda dudar de lo que expone.

—Pues mañana le pagas, y así quedamos tranquilos. Anda —y le empujó cariñosamente—, vete al café; ¿me das un beso?

Orlando fue a besarla, pero lo impidió Germaine dándose una palmada en la frente.

—No me acordaba...; ya he encontrado una mujer que te hará las camisas y los calzoncillos. Mañana compraré la tela, y después vamos a su casa.

—¡Eres maravillosa! —dijo Orlando casi sinceramente.

Germaine le besó y le acompañó por el pasillo; en la misma puerta le hizo este ruego:

—No vengas hasta después de las doce —y se cruzó la boca con un dedo, que quería decir: «No me preguntes nada. Es un viejo que paga muy bien.»

Orlando echó a andar; antes de doblar la primera esquina observó que un hombre se le venía encima.

—¡Eh! —exclamó Julio, con los brazos en alto.

—¿Por qué has venido hasta aquí?

—¿Qué importancia tiene eso? —contestó Julio, sin que él mismo creyera que disimulaba sus intenciones de acercarse al domicilio de Louise—. He acabado de cenar, y se me ha ocurrido cruzarme en tu camino.

—¿Y no estarías mejor en el café?

—Tenía ganas de pasear...

—Bien. Vamos para allá.

Y a la mitad del camino, Orlando explicó, gozando de antemano la revelación:

Mañana tendremos ochocientos francos. Germaine está tan creída de que te los debo que ella misma parece encantada de pagar.

Julio recibió aquello con menos entusiasmo de lo que esperaba Orlando. Incluso hizo una pregunta que entonces tenía mucho de impertinente:

—¿Te ha preguntado Louise por mí?

—No —un no que Orlando lo soltó con gana—. Creo que está enferma.

—¿Qué es lo que tiene?

—¡Qué sé yo! Tal vez le duela la cabeza —terminó Orlando, molesto de perder el tiempo.

Julio andaba con la cabeza baja, como si le pesaran los pensamientos.

—¿Sabes por qué Louise no te ha preguntado por mí? —dijo, a la vista del café—. Yo creo que es para no demostrar que me quiere. Es una mujer muy reservada.

—¿Te has enterado a qué hora sale el tren para París? —y Orlando no quiso ocultar que se hablaba demasiado de cosas que no reportaban ningún beneficio.

—¡No! —devolvió Julio con acritud.

Perfectamente. Resulta que no haces nada y no tienes tiempo de averiguar la salida de un tren.

—Supongo que tú lo has podido averiguar también.

—¿Voy a hacerlo yo todo? —dijo Orlando, en pleno disgusto—. Si no fuera por mí, a estas horas te habrías muerto de hambre.

Julio se paró de repente. Era como si toda la sangre de su cuerpo hubiera invadido su cabeza. Hasta los músculos de la cara le producían dolor.

Ahora sacas lo de la comida —empezó con una voz que él quería que fuera valiente, pero que resultó dolorida—. Esto es repugnante. ¡Buenas noches!

Orlando no respondió. Vio partir a Julio alejarse a grandes pasos. Estaba decidido a alcanzarlo, y, sin embargo, no llevó a efecto su gran deseo.

Julio recorrió el puerto, después de haber paseado por algunas calles de Saint-Nazaire. Por último, como si no pudiera reprimir esta vergonzosa idea, se acercó hasta la calle donde vivía Louise. La caminó lentamente, paladeando cada zancada. Una calle que podía recorrerse en diez minutos, él tardó más de media hora en pasar por delante de unas cuantas edificaciones envueltas en silencio. A través de una neblina, que circundaba las luces de gas, marchaba mirando de reojo la casa donde él hubiera querido construir un sueño. «Pero no; Louise era vulgar. Orlando también era vulgar. Todos tenían esa preocupación del dinero...»

Recordó las últimas palabras que le había dicho Orlando, y sintió como un sonrojo, que le obligó a precipitar los pasos. Cruzó junto a un solar. Olía a tierra húmeda, a cosa salobre. Ahora cruzaba junto a una casa rodeada por un jardín. En la casa había una ventana encendida. Una silueta, que debía de estar sentada, hacía con la cabeza unos movimientos incomprensibles, como si el que los producía estuviese hablando a una multitud. Julio dejó atrás esta ventana. Un silencio oscuro, mezclado de niebla y frío, se colgaba de los salientes de las casas y de los faroles, cuajados de humedad. Sin darse cuenta se hundió en un charco de agua. Sacudió los zapatos, y quedó indeciso, como si no supiera que lo único que le quedaba por hacer era marchar a dormir al hotel. Cuando fue dejando lejos el domicilio de Louise empezó a sentir frío en los pies. Tocó los dobleces del pantalón, y notó que se mojaba. Hasta ahora no veía que lo del charco tenía su importancia.

Se levantó muy temprano. Se lavó, se afeitó, y después se echó sobre la cama, por ser ésta el único asiento cómodo que había en la habitación. Orlando llegó a media mañana, sacó de un bolsillo cuatro billetes de cien francos, los dejó sobre la mesilla de noche, y dijo con una voz especial:

—Aquí tienes la mitad. Ahora me voy a casa de Germaine.

Julio pensó en saltar de la cama y ofrecerle su mano; pero habían iniciado la cosa torpemente, con mucha frialdad.

Orlando se acercó a la ventana, miró, o hizo que miraba, y luego se dirigió a la puerta. En este último momento no quiso observar a Julio.

—Adiós; creo que nos veremos alguna vez.

Abrió la puerta; salió al otro lado, y después de cerrar empezó a descender la escalera.

Julio tenía puestos los ojos en una parte de la habitación; pero escuchó perfectamente los pasos de Orlando. Ya eran solamente rumores; ahora era sólo silencio lo que llegaba de la escalera. Después de permanecer en la misma postura unos cuantos minutos, observó que no había secado los útiles de afeitar. Se levantó, y con una toalla les fue quitando los restos de agua muy despacio, con el pensamiento puesto en otra cosa.

## SEGUNDAS ESCENAS

## ESCUELA MUNDI. IDIOMAS

En los veinte días que llevaba en París, sus proyectos de dar lecciones de español o hacer publicidad tuvieron el resultado siguiente: la cuestión de la publicidad exigía —cosa natural— que Julio conociera el francés mejor de lo que él lo conocía. Además el agente debía estar relacionado con el comercio y la industria. Cuando optó por dar lecciones de español —aquella misma mañana— tenía en un bolsillo hasta siete francos. Estaba acostado, aunque hacía más de tres horas que se había despertado. Dejó la cama y se asomó al balcón con que se acentuaba el escaso lujo de su habitación. La calle seguía empapada en agua. Julio buscó la hora que en aquel momento marcaban los relojes de París, observando el movimiento de taxis y la prisa de los transeúntes. Pero esto le fue tan difícil que regresó a la cama, y se acostó.

«Dos meses antes había tomado parte, con Orlando, en aquel estúpido robo del que no aprovecharon más que alguna ropa de caballero. El suceso lo llevaron a efecto en el barrio elegante de Passy, y el hotel en donde ahora se encontraba caía en la calle Mogador, cerca de la Opera.»

Resuelto a no levantarse, empezó a hacer algunas clasificaciones. «En el mundo existían multitud de clases, en las que se agitaban los hombres. Tres importantes grupos eran los que formaban: "los ineptos", "los hábiles" y "los aspirantes a utilizar los presidios". En el grupo de los ineptos, las ganancias eran nulas —esta forma de especular era bastante mediocre; pero a Julio le encantaba, cuando carecía de dinero, rumiar, y hasta manosear, una filosofía inferior—. Igualmente había que dejar a un lado a los que al realizar un negocio se metían de lleno en el código. Un hombre que podía representar perfectamente a este segundo grupo era Orlando. Por lo tanto, necesitaba

hallar a los hábiles. Esos hombres que se mueven al calor de ideas revolucionarias, como, por ejemplo: fabricar oro por medios artificiales.»

Ahora bien: Julio tenía que ajustarse a la realidad, y ésta le decía que en un bolsillo del chaleco dormitaban siete francos. En cuanto a su vestuario, había que clasificarlo de esta manera: un gabán hastiado de lluvia —la lluvia de París es terrible para el vestuario de los hombres pobres—, un traje desplanchado, unos zapatos deficientes, dos mudas sucias y un sombrero falto de vigor.

Pero, al fin, Julio debía levantarse, y se levantó. Estaba metiéndose los zapatos, cuando escuchó el jaleo que producía el garçon al hacer la habitación contigua a la suya. Julio se enfundó los pantalones, y salió. En el pasillo encontró al criado, y le preguntó por la hora.

—Son las dos —explicó el criado—. Hoy va usted a comer demasiado tarde...

Como Julio hiciera un gesto de fingida sorpresa, el criado se despidió con estas palabras:

—Si me hubiera dicho algo, le habría despertado antes.

Julio dio las gracias, y al ir a entrar en el cuarto, el dueño del hotel le gritó desde la escalera:

—¡Oh, monsieur Julio! ¿Qué horas de levantarse son éstas? ¿Acaso se halla usted acatarrado?

—No estoy acatarrado —aclaró Julio—. Y, por otra parte, creo que uno es libre de hacer lo que tenga por conveniente.

—Sí, sí —masculló el dueño—; en la cama se pasa bien.

Julio no quiso oír más, y entró en la habitación. Entonces el dueño se puso a discutir con el que hacía la limpieza. Desde luego, el lenguaje que ahora usaba era un poco grosero.

En el mostrador de un bar bebió un café con leche y comió unos pasteles. Los pasteles estaban algo aviejados; pero Julio tragó la masa fría maquinalmente, y, terminada la breve comida, se recostó en la barra de metal que bordeaba el mostrador. Había cesado de llover; pero las nubes no tardarían en descargar sobre la calle sus bolsas oscuras. A unos metros del bar cruzaban los autobuses cargados de siluetas confusas. También pasaban autos particulares con un caballero arrellanado en un ángulo del coche. Los que marchaban a pie tenían la cabeza agachada, para vigilar dónde ponían los zapatos.

En el bar entraron dos obreros; hablaron veinte palabras cada uno, bebieron dos vasos de vino blanco, y Julio los observó salir con todo resuelto, al parecer. El seguía acodado en el mostrador. En el bolsillo derecho del gabán tenía un billete de cinco francos. Hacía un rato que estaba manoseando esta cantidad, sin que hallara una fórmula para desaparecer del bar. Salió en cuanto vio al dependiente fregar unas copas. La vista del lavado sacudió su falta de voluntad. Sin poderlo rehuir, había observado que una de las manos del dependiente tenía un dedo torcido de una manera particular. Julio escupió y marchó a la calle.

Llegó, por fin, al ancho portal donde estaba la escuela de idiomas. Subió al segundo piso, y sobre una puerta descubrió una placa, que decía:

*Escuela Mundi*

*Idiomas*

Tocó el timbre; pero nadie le abrió la puerta. Repitió la llamada, y al no obtener respuesta comprendió que aún no era la hora de empezar las clases. Bajó la escalera con intención de preguntar al portero. Al estar en el portal se acercó a una puerta encristalada, desde donde se veía un hombre leyendo un periódico. Julio giró un picaporte y metió la cabeza para hacer al portero la

pregunta sobre el horario de la escuela de idiomas; en ese momento el hombre gritó, agitando el periódico:

—¿Quién es usted para abrir esa puerta?

—Deseaba saber —empezó con ánimo de dominar aquella imprevista irritación del empleado— a qué hora comienzan las clases de idiomas. Soy extranjero, y no me expreso bien.

—¿Pero cree usted que está correcto lo que ha hecho? ¡Abrir sin pedir permiso! —y volvió a agitar el periódico—. ¿En qué país piensa usted que se halla? ¡Ya observo que es usted extranjero! Está usted en Francia, señor. En un país civilizado.

—Escúcheme —indicó Julio de la peor gana—: en España, para preguntar algo a un portero, se puede empujar una vidriera como ésta —y meneó el marco hasta dos veces— sin que el portero se enfade.

El conserje miró a Julio, sin duda maravillado de aquel relajamiento de las costumbres que imperaban en España. Se corrigió las gafas que le iban hacia la punta de la nariz, y casi vociferó:

—¡España! ¡España! Ya lo suponía yo. Pero usted se halla en Francia. Aquí hay que tener educación...; hay que pedir permiso, llamando primero en esa puerta, para que yo le autorice a que me haga las preguntas que desee. Yo soy un ciudadano portero que tengo mis deberes, pero que también tengo mis derechos.

—¡Bien! —atajó Julio—. ¿Quiere usted decirme a qué hora comienzan las clases en la escuela de idiomas?

—Sí, señor, se lo voy a decir...; eso es hablar de otra manera..., pero antes quiero que sepa usted que Francia está compuesta de ciudadanos.

—¡Imbécil! —gritó Julio, saliendo hacia la puerta.

El portero se desprendió temblorosamente de sus gafas, llegó hasta las puertecillas de cristal y asomó su cara congestionada. Pero no halló otra solución que regresar a su periódico y a las gafas.

Julio quedó en un quicio del ancho portal. De pronto un taxímetro reculó violentamente, bajo la presión de los frenos. Se oyeron unos gritos, y la gente corrió en dirección al auto. Sin moverse del sitio, Julio vio un hombre que se levantaba penosamente del suelo. Tenía el gabán mojado, con manchones de barro. Su sombrero estaba a dos metros, y había sido lanzado en la caída. Algunos transeúntes le aconsejaron que subiese al automóvil para llevarlo a curar, pero el hombre, con la cara todavía desmayada, hizo señal de que no deseaba nada. Alguien le colocó el sombrero imperfectamente. En medio de su azoramiento, el atropellado adivinó la mala colocación del sombrero, y allí mismo le dio a la copa su acostumbrado «tic tac». Ya no habló más; hizo una mueca con su rostro exangüe y buscó una salida entre la masa de gente apiñada. Julio le vio alejarse con la ropa manchada. Caminaba como doblado, sin preocuparse de que detrás de él un grupo vociferaba contra los conductores de automóviles y contra la velocidad. De nada de esto se preocupó el atropellado; solamente llevó la mano derecha a la altura de la cabeza y retocó por segunda vez la colocación de su sombrero. Todo esto lo había cogido Julio desde su sitio, y estuvo a punto de abandonar el portal. La calle mojada, llena de amenazas invisibles —todo era debido al suceso del taxi y a aquel gabán lleno de barro—, lo deprimió enormemente.

Por el portal cruzaron unos jóvenes. También pasaron unos señores con tipo de profesores. Julio subió detrás; pero dejando una distancia que le permitiera entrar en la escuela cuando ya hubiera gente dentro.

Un empleado, metido en un uniforme gris, indicó a Julio que todavía no había llegado el señor director, pero que podía aguardar en la sala de espera. Lo acompañó hasta donde fumaban algunos alumnos y unos señores que debían de ser los profesores. El empleado señaló a Julio un caballero de los que fumaban. Se fueron acercando.

—Es uno de los profesores de español— indicó el empleado—. Puede pedirle informes mientras llega el señor director.

—Me han dicho que es usted profesor de español —y Julio hizo una inclinación con la cabeza, al mismo tiempo que hablaba—. Yo venía con la intención de colocarme en esta escuela.

—Me parece que le va a ser difícil —y el profesor sonrió, con un bigote podrido por la nicotina—. Solamente hay dos plazas para dar lecciones de castellano, y las dos están ocupadas.

Invitó a Julio a un cigarrillo, éste rehusó, y el profesor encendió el suyo con la colilla del que iba a tirar inmediatamente.

—Yo soy uno de los profesores —y dio unas chupadas muy largas—. El otro profesor es un muchacho argentino, que habla bastante mal el español — como Julio hiciera notar esta deficiencia, el profesor dijo el resto—. Es íntimo amigo del director, lo que quiere decir que este muchacho continuará aquí soltando barbaridades.

—¿Y es mucho el trabajo? —preguntó Julio para disimular su nuevo fracaso.

Antes de responder, el profesor aspiró el cigarrillo —ya lo tenía mediado, y con la boca invadida de humo explicó:

—Un poco pesado. ¿Usted no conoce nuestro método?

—No, señor.

—Caramba. Yo tenía por seguro que usted conocía nuestro procedimiento.

Con unas cuantas exhalaciones de tabaco, el profesor tuvo esta idea:

—¿Por qué no se queda usted para presenciar mis lecciones? De esta forma puede usted ofrecerse como profesor a domicilio. Es cuestión de que se anuncie en los periódicos...

Aunque el profesor hablaba sin gran convicción, Julio aceptó —«tal vez llovía en el exterior»— el presenciar esas lecciones.

El profesor tiró la colilla, y, apartando a Julio de la gente que podía percibir sus palabras, empezó nuevamente:

—El gran negocio es dar lecciones particulares. Aquí es la escuela la que se queda con todo el dinero que entregan los alumnos. Como buenos judíos, los inventores de este sistema de enseñanza se guardan el dinero, dejando una parte ridícula para el profesorado.

Sonó un timbre, y todo el mundo se dispersó por el pasillo, que comunicaba con una docena de habitaciones. El profesor abrió una puerta, y entró con Julio. En la habitación había una mesa y una silla. En esta silla se sentó el profesor. Julio quedó de pie, lo mismo que cinco alumnos que esperaban el comienzo de la clase. El profesor se dirigió a un joven, mostrándole un libro.

—¿Qué es esto?

—Un libro.

El profesor continuó en español, señalándole la silla en donde estaba sentado.

—¿Qué es esto?

—Una silla.

—¿Y esto?

—Una mesa.

—¿Qué es esto? —se tocó una corbata, hasta donde parecía haber llegado la nicotina de los cigarrillos.

—Una corbata.

—¿Y esto?

—Una silla.

—¿Qué es esto?

—Un libro.

—¿Quiere decirme qué es esto?

—Una mesa.

El profesor miró a Julio, sin duda satisfecho de su técnica. Unido a la mirada, dijo por el alumno:

—¡Muy bien! Y ahora, ¿cómo se llama esto?

—La corbata —respondió el alumno a quien se había dirigido.

—Muy mal contestado. ¿Ya no se acuerda usted? Esto es...

—Un pañuelo.

—Perfectamente. Observo que vamos progresando. Ça va... Ça va —terminó el profesor, comentando en francés.

Julio pensó marcharse; ya iba a ofrecer su mano, cuando el profesor eligió otro discípulo.

—¿Quiere decirme qué es esto?

—Un pañuelo.

—¿Y esto?

—Una corbata.

—¿Qué es esto?

—Una mesa.

—Vamos; dígame el nombre de este objeto.

—Un libro.

—Muy bien. Ahora le toca a usted, monsieur Louis.

El profesor avanzó un dedo amarillo, y señaló la puerta que taponaba la habitación. Entonces se escuchó como una descarga.

—La puerta. Un libro. Una mesa. La corbata. Un pañuelo. Un lápiz. Un libro. La chaqueta, etcétera.

—Estupendo, monsieur Louis. Tres bien. —Después se dirigió a Julio, para indicar—: Aquí todo es ejercicio verbal. Nada de lo que hacen en otras escuelas de idiomas.

El profesor eligió otro alumno, y otra vez se oyó la misma palabrería.

En total transcurrió un tiempo que no pasó de una hora. El final de la clase lo señaló un timbrazo prolongado.

—Vamos a fumar —indicó el profesor—. Dentro de unos minutos tengo que empezar de nuevo con otros alumnos.

En el salón, el profesor vio a un conocido. Julio fue presentado al otro profesor de español. Cambiaron unos saludos, y el nuevo profesor observó que su compañero y Julio mantenían los cigarrillos sin encender. Entonces sacó su cartera, eligió un billete de diez francos y lo prendió por una punta, acercándole una cerilla. Con el billete hecho llama ofreció fuego a Julio y al profesor. Después de la inexplicable proeza abandonó a los fumadores.

—Ese joven —el profesor se refería al del billete encendido— es el otro que da lecciones de español. Es un hombre original. —Y dando a Julio una palmada en el hombro lo abandonó con dos frases—: ¡Que le vaya bien! Ya conoce usted nuestra técnica...

En mitad del bulevar de los Italianos hizo una parada. Ya había dejado de preguntarse a qué era debido el que el profesor de español le ofreciera un billete llameante. Ahora el problema era distinto. Eran las siete de la noche, y a esa hora sería imposible hacer nada para resolver su situación. Observando la indiferencia de los transeúntes se convenció de que lo más acertado era marchar al hotel. Julio entró en el Café de Inglaterra, descendió a los evacuatorios y esperó que abandonase el lavabo un caballero que estaba

secándose las manos. Cuando no hubo nadie que pudiera observarlo, Julio se apoderó del jabón que era utilizado por los clientes del café, lo envolvió en un trozo de periódico y subió al salón para buscar la calle. Esto mismo lo realizó en otros cafés. Ya con jabón suficiente, gastó cuatro francos en pan y en mantequilla. Con el franco que le devolvieron del billete de cinco compró un diario de la noche y marchó al hotel. Su habitación, fuertemente calentada por la calefacción, le dio ánimos, y extendió su exigua cena encima de una maleta. Comió despacio, contemplando el pan, que le resecaba la garganta. No tuvo más solución que beber unos sorbos de agua, que le dejó un gusto desagradable. Terminada la cena, taponó la boca de desagüe del lavabo, y después abrió el grifo del agua caliente. Ya lleno el lavabo, echó dentro una camisa, y comenzó a jabonarla. Lavada y aclarada la camisa, la colocó encima de los tubos de la calefacción. Después hizo lo mismo con los calzoncillos. Concluyó el lavado cerca de medianoche, y entonces se metió en la cama y ojeó el periódico. Sobre todas las noticias paseó los ojos distraídamente. Era indudable que aquello tenía para él escaso interés. Entre los sucesos que leyó de corrido figuraba un crimen ocurrido en Saint-Nazaire. «Una mujer, llamada Georgette Gallard, había envenenado a su marido, un honrado relojero, que era la admiración del vecindario en general.»

Julio prestó a esta noticia más atención no por el hecho de que aquella desconocida Georgette hubiera envenenado a su marido, sino que ahora volvía a aquella habitación el recuerdo de Louise. Pero Julio contempló su camisa y los calzoncillos puestos a secar, y entonces se hundió bajo la ropa de la cama.

DOS HOMBRES: EL MARQUÉS DE SABATINI  
Y EL PERIODISTA SAN JUAN

Diez minutos después de haber tomado el Metro en la plaza de la Opera, Julio estaba parado en un portal de la avenida Malakof.

Tuvo todavía un instante de indecisión; pero no quiso dudar más, y cruzó portal adelante. Aleccionado por el incidente de la escuela de idiomas, se acercó al portero y preguntó amablemente:

—¿Me hace usted el favor de decirme si vive en esta casa el señor marqués de Sabatini?

—Ah, el señor marqués —profirió el portero, como si le halagara el que se le preguntara por aquel inquilino—. Primer piso, a la derecha.

Julio utilizó el ascensor, y en los segundos que empleó hasta llamar en la puerta del aristócrata calculó los efectos que tendría el solicitar una pequeña cantidad —cien francos— de un caballero desconocido. Fue Orlando quien un día le dio unas señas de amigos suyos a los que podía visitar y pedirles un favor.

Un criado le abrió la puerta.

—¿El señor marqués de Sabatini?

El sirviente fisgó el aspecto de Julio y preguntó: —¿Le ha citado el señor marqués?

—No; es decir, sí —corrigió inmediatamente—. Diga usted que es un amigo de Orlando Álvarez.

El criado no parecía estar conforme con la petición, y Julio tuvo que insistir:

Usted diga que es de parte de Orlando Álvarez. —¿Por qué no vuelve usted más tarde? El señor marqués está en el baño en estos momentos.

Julio, que tenía sus dudas acerca de la eficacia de dejar la visita para más tarde, volvió a insistir:

—Tenga en cuenta que es muy urgente lo que me trae a ver al señor marqués.

—Bien. Pase usted —y lo acompañó a un gabinete.

A Julio le extrañó que un aristócrata tuviera un saloncillo como aquel donde le había dejado el sirviente. Por todas partes se veían retratos de artistas de music-hall. En un diván se repetían unos muñecos de raso y terciopelo. Hasta se notaba en el ambiente un olor a perfume femenino, que comunicaba a la estancia del aristócrata un aspecto decadente. Los cortinajes y el tapizado de las paredes se hermanaban en un color rojo, casi desagradable a los ojos.

El ruido de alguien que se acercaba hizo a Julio estar preparado. El marqués abrió la puerta. El aristócrata debía de estar en los cincuenta años, a pesar de que el hallarse recién acicalado le daba un aspecto de hombre rejuvenecido. Su estatura, menos que mediana, y su redondez de hombre gordito añadían a su rostro empolvado un carácter sospechoso. Al hablar, su voz sonó femenina, pero de mujer vieja. Julio salió de dudas cuando el aristócrata exclamó en correcto español:

—¡Qué alegría me proporciona usted! ¡Hace tanto tiempo que no me visita Orlando! Desde que salió de la Embajada no he tenido noticias suyas. Usted, ¿reside en París? —preguntó a Julio con un interés extraño.

El aristócrata acogió el sí de Julio con una sonrisa elegante; se levantó para hacer que un criado trajera licores y cigarrillos, y permaneció observándose las uñas.

—¿Qué licor prefiere? —preguntó, cuando hubo marchado el sirviente.

Julio vaciló delante de la botellería, pero el marqués acudió solícito:

—¿Le agrada una copa de brandy?

El marqués de Sabatini llenó una copa color de oro; también ofreció un cigarrillo excesivamente largo.

—Supongo que Orlando —y el marqués hizo un guiño de ojos— le habrá hablado de mí.

Mientras Julio daba una contestación, el aristócrata escuchaba, teniendo una pierna montada encima de la otra. Fumaba apoyando un brazo en la mano izquierda, y hasta podría decirse que coqueteaba.

Julio estaba dispuesto a llegar al final de su visita, por lo que aceptó el escuchar unos discos, que llenaron el gabinete de ritmos americanos. El marqués oía con una gran afectación; sonreía a Julio, y enseñaba una dentadura perfecta; pero con ese color ahumado y descolorido de los dientes postizos. Julio se encontraba violento.

—Perdóneme —dijo el marqués—; todavía no me ha dicho usted el motivo de su visita.

Julio aprovechó esta pregunta para explicarse:

—Siento que mi visita le cause algún malestar... Le extrañará lo que voy a decirle, pero es que me encuentro en una situación muy apurada. He venido a su casa esperando que usted me preste cien francos.

El marqués no pareció que le molestara la petición, y Julio agregó:

—Ese dinero me es tan necesario que no he dudado en pedírselo a usted.

—¡Pero querido! —cortó el marqués—. ¿Por qué me vas a molestar? Perdón, no me daba cuenta que le estaba tuteando.

—Podemos tutearnos —dijo Julio, pensando en los cien francos.

—Escucha —y el marqués se puso en pie—: te voy a dar cincuenta francos, y esta tarde me esperas. ¿Te parece bien aguardarme en el Napolitano?

—Allí estaré sobre las cuatro.

—Entonces hasta luego —y le entregó los cincuenta francos.

El marqués de Sabatini lo acompañó hasta la puerta, no sin oprimirle la mano largo rato. Llegó a permanecer asomado a la escalera hasta que Julio descendió una docena de escalones.

Julio evitó volver la cabeza por temor a la risa que ya le picaba en la cara. Al hallarse fuera del portal sacó el papel donde tenía las señas de algunos conocidos de Orlando, y rompió las hojas donde estaban escritos los nombres y los domicilios.

Pasaba frente al Arco del Triunfo. Por encima del monumento militar se extendía un cielo de un gris suave. A un lado, los árboles del «bosque» levantaban sus ramas en un color terroso. Julio retardó los pasos y contempló el cielo, deseando en aquel momento estar situado sobre una carretera de España, para marchar continuamente bajo un cielo igual a aquel que cubría París en la mañana francesa. Lástima que sus zapatos transpiraran humedad y que su ropa interior estuviera ennegrecida por efecto de sus malos lavados. Pero todo estaba tan bien preparado en aquella mañana que tuvo el presentimiento de que sus cosas iban ya hacia la solución definitiva.

En el restaurante español Julio fue acomodado en una mesa que estaba ocupada por un compatriota. El camarero le advirtió que se trataba de un periodista madrileño. Antes de sentarse, Julio esperó que el periodista apartara del diván una cartera negra que rebosaba papeles.

—Perdone usted —se excusó Julio—. Como observará, todo está ocupado.

El periodista se corrió a un lado, y continuó su comida.

El salón carecía de calefacción, por lo que era necesario apoderarse pronto de los alimentos. Julio estaba en plena comida, mientras el periodista sacaba

papeles de la cartera; los ojeaba con aire de conocer perfectamente lo que leía, y después los volvía a guardar.

—¿Hace mucho tiempo que está usted en París? —preguntó Julio.

—Cuatro días. ¿Y usted?

—He llegado hace dos semanas. —Observó que el periodista tenía ganas de continuar la conversación, y continuó—: Me parece que en París es muy difícil encontrar una ocupación.

—¿Qué profesión tiene usted?

—¿Yo? —realmente, era para él bastante problemática la contestación—. No sé cómo explicárselo. Para ser médico me faltan dos asignaturas. Prefiero andar por el mundo a curar constipados.

—Pues se parece usted a mí —contestó el periodista, después de haber reído de buena gana—. Por lo menos tenemos la misma opinión sobre París. ¿Ha intentado usted encontrar alguna ocupación?

—He tratado de dar lecciones de español, pero no conseguí nada.

El periodista miró a Julio, como si pensara al mismo tiempo en otra cosa.

Sacó unos documentos, miró nuevamente a Julio, luego a los papeles y habló, por fin:

—Voy a proponerle un negocio, pero antes quiero presentarme: Pedro San Juan, de la revista Asturias.

El periodista buscó en su gran cartera algún papel que tardaba en ser encontrado. Julio aprovechó esto para observar que tenía junto a él un hombre cercano a los cuarenta años. En la cabeza del periodista empezaba a escasear el pelo. En cuanto a su rostro, todo era muy simple, a excepción de la nariz. Una gran nariz, por la que se extendía un color blanco de nabo crudo.

—Observe usted —indicó el periodista, con una publicación en las manos—: éste es un ejemplar de la revista Asturias. Yo he venido a París a hacer publicidad para esta revista.

—Pero eso ha de serle muy difícil —respondió Julio, acordándose de su fracaso—Tan difícil que lo creo un mal negocio.

—¿Y por qué es difícil? Suponga usted que cada banco suscribe una plana de publicidad. En París hay sucursales del Banco de Cataluña, del Banco de Vizcaya, del Río de la Plata y de otros. Además, hay comercios a quienes les interesa anunciarse en mi revista por lo que se refiere al turismo. Los turistas que llegan de España dejarán su dinero en los comercios que estén anunciados en Asturias.

El periodista hablaba con tal convicción que Julio empezaba a dudar de su pesimismo. Ahora esperaba qué era lo que iba a ofrecerle como trabajo.

—También traigo datos para visitar a mucha gente de dinero. He aquí uno de ellos —el periodista seleccionó una hoja de papel—, que dará por lo menos cuatro planas para la revista. Se trata de don Fermín Gutiérrez. Observe usted qué maravilla de datos —el periodista leyó esta relación—: «Fermín Gutiérrez: hombre de sesenta años. Buen carácter. Muy vanidoso. Hay que hablarle de que en Asturias se le quiere como a un santo. No olvidar poner de relieve que “él” es el alma de la región. Otro detalle: Fermín Gutiérrez tiene en París un magnífico palacio, donde vive una hija suya, que está casada con un pintor catalán. Tratar de fotografiar al matrimonio, cuidando que Fermín Gutiérrez aparezca en el centro.

»Otro detalle: Fermín Gutiérrez es propietario de la fábrica de tabaco más grande de Cuba. A Fermín Gutiérrez le gusta presumir de humilde, pero en su fondo prefiere que se le elogie tanto como al rey de España.

»Explicarle que los niños y niñas de la “Escuela Gutiérrez” bendicen su nombre cuando dejan las clases.

»Hacerle notar que lo que abona a la revista Asturias es un beneficio que indirectamente ingresa en la región.

»Hablarle de que Asturias es el portavoz de “la cultura astur”. Nombrarle muchas veces la “patria chica”.

»Decirle que la revista va a todos los Ministerios; que incluso la reciben en palacio sus majestades.

»Por último, solicitar que en las fotografías que se le hagan a Fermín Gutiérrez aparezca con alguna cruz, y si tiene banda, mejor.»

—¿Qué le parece? —exclamó el periodista, con la voz un poco cansada.

—No está mal. Ahora lo que hace falta es llevarlo a la práctica.

—Se llevará, se llevará. Primero he querido conocer este alegre París. Mañana empezaré mis trabajos. Es decir, empezaremos a trabajar, si es que usted no rehúsa ayudarme. A cambio de su ayuda, yo no tengo inconveniente en repartir los beneficios.

—Me parece demasiado —argumentó Julio.

—Bah; lo principal es no aburrirse. Yo no he venido a París a buscar anuncios. Trato de hacer un libro.

—¿Novela? —interrogó Julio al azar.

—Exacto.

El periodista disimuló un eructo, lo que provocó un ligero color rojizo en su cara, alterada. Después de dominar el pequeño incidente propuso:

—¿Le parece que tomemos café aquí, o vamos a otro sitio?

—Como usted guste. Pero creo que debíamos buscar un café donde hubiera calefacción.

Julio fue a pagar su comida. Esto lo impidió el periodista, pagando las dos notas.

—Permítame que pague yo. Usted estará en peores condiciones económicas.

Salieron del restaurante. El periodista parecía que cabeceaba por efecto de la digestión. Andaba lento, como si arrastrara los pies. En el bulevard Poissoniére repitió una de sus paradas.

—Creo que debiéramos entrar en el «Café de la Paix».

Y cerca de ese café se le ocurrió añadir:

—Con una ciudad como ésta —y mirando la amplia calle pareció que abarcaba todo París— cualquiera puede escribir buenas novelas. Aquí las mujeres son elegantes; los cafés, espaciosos; las joyerías, fastuosas. En fin —y el periodista ahogó otra explosión de aire, que subía a la superficie—, comprendo que este bello París sea llamado la «Ville Lumière».

### III

## ALGUNAS DISCUSIONES

### 1

Después de haberlo preparado con sumo cuidado, el periodista encendió un magnífico cigarro. Indudablemente, el señor San Juan se hallaba encantado en uno de los divanes del «Café de la Paix».

Los camareros movíanse serviciales. Los clientes que entraban observaban a los que estaban sentados; se quitaban los abrigos con alguna ceremonia y se unían a sus amigos. A través de los cristales, la calle se envolvía en una humedad neblinosa y se veía cruzar a la gente encogida por la baja temperatura. El periodista debía de observar este espectáculo muy intrigado, porque Julio necesitó hacerle dos veces esta pregunta:

—¿Es usted republicano?

—¿Yo? —y el periodista enarcó sus débiles cejas—. Los escritores sólo deben ser escritores. ¿Monarquía? ¿República? Eso queda para los políticos. Ellos son los obligados a preocuparse de esos problemas.

—Yo opino lo contrario. Los políticos españoles son de un espíritu tan bajo que han hecho de España una corraliza. Por eso sería conveniente que los escritores se ocupasen de algo más que de literatura.

—¿Pero cree usted que el pueblo merece que uno se enfrente con todo el orden social?

—¿Por qué no? Si yo fuese escritor, dedicaría mi vida a hacer libros contra la aristocracia, contra los cléricales y contra los grandes burgueses.

El periodista contempló a Julio lleno de alarma. Todavía buscó una solución.

—Por ese camino acabaría usted en la cárcel, y ese final no me parece muy agradable. En cuanto a que nosotros —entre nosotros le salió un poco inflado— intervengamos en la política, lo creo un desacuerdo. El escritor es un artista al que repugna el contacto con la masa. En resumen: el escritor es un creador.

—¿Quiere usted decirme qué es lo que en estos momentos están creando los escritores españoles?

—Hombre... —titubeó el periodista—. Yo confío en la juventud.

Observó que Julio parecía ceder en la polémica, y ya decidió enfrentar su más fuerte argumento.

—Creo que un hombre inteligente debe procurar vivir lo mejor posible.

El periodista se colocó el puro en la boca, fumó satisfecho y, dejando el tabaco sobre la mesa, abrió su gran cartera negra.

—Aquí tiene usted —y le mostraba un libro—: es mi segunda novela. Siento un gran placer en dedicársela, para que guarde un recuerdo de nuestra amistad.

El periodista preparó su estilográfica, permaneciendo un rato pensativo y en disposición de escribir. No debió de hallar algo aceptable como dedicatoria, por que interrumpió su silencio.

—Dejaré la dedicatoria para más tarde. Es inútil; no se me ocurre nada.

Aquella falta de espontaneidad no afectó en lo más mínimo en la blancura de pollo frío que se extendía en el rostro del señor San Juan. Muy al contrario, y como si esto fuera un privilegio de artista, indicó gravemente:

—¿Sabe usted a qué se debe el que ahora me sienta incapaz de escribir una simple dedicatoria? —y sin que Julio le hiciera la más pequeña objeción, añadió—: De esto tiene la culpa la comida. Es muy raro que yo pueda escribir después de comer.

Debió de entender el periodista que la conversación descendía de tono, y varió de ideas.

—¿Tiene usted que hacer esta tarde?

—No —contestó Julio—. ¿Quiere usted que empecemos a trabajar? —añadió, dispuesto a hacer algo útil.

—Eso de trabajar será mañana. Lo de ahora es más interesante. Se me ha ocurrido que podríamos visitar una casa de señoritas. ¿Sabe usted de alguna? —preguntó, con una sonrisa que le torcía la nariz.

Julio negó que conociera un sitio de esa clase.

—A mí —agregó el periodista— me han dado unas señas, pero las he perdido. Creo que en esa casa andan todas desnudas...

Julio no dio su parecer sobre el relato, y he aquí que el periodista descubrió otra costumbre de las mujeres.

—También hacen la «fuente luminosa».

—¿Y qué es eso?

—Pues no sé. Tal vez sea que imiten un juego de pirotecnia, Creo que esa casa es un lugar frecuentado por literatos, artistas y «gente bien». Me han contado que a veces acude una dama de la aristocracia y alquila una de las mujeres. Después de abonar el alquiler suben las dos a un cuarto. Este París es diabólico —terminó el periodista, de un humor excelente.

—Será para usted —comentó Julio—. Para mí París son unas calles interminables; mucha niebla, mucha lluvia; excesivo Pardon, monsieur; pardon madame, y mucha miseria. En cuanto a las damas de la aristocracia, pueden ser corregidas de sus vicios sin que intervengan los sabios de la Sorbona. Basta con tenerlas fregando platos un par de semanas en los restaurantes de París.

—Es usted muy radical en sus juicios —y con este comentario el periodista se ausentó unos minutos.

El señor San Juan marchó al W. C. Julio se dio cuenta de que el periodista gastaba botines color salmón. Hasta ahora no había reparado en este detalle.

—¡Qué lavabos! —soltó al regresar—. Dan ganas de comer sobre el embaldosado del suelo.

Julio se encogió de hombros, desconfiando de que su nuevo compañero de lucha tuviera un poco de talento.

—He resuelto —indicó el periodista— que vayamos a mi hotel. Vamos a preparar lo de mañana. Conocerá usted a gente española. Todas las tardes hacen música con un gramófono y bailan. ¡Ya verá qué hija tiene el dueño del hotel! —agregó entusiasmado, pero de manera que se notara que él tenía alguna influencia sobre la señorita.

El «Hotel Miroir» se compone de siete pisos. Todo lo que hay en aquel edificio al servicio de los clientes, desde el agua turbia que sale de las cañerías hasta las innumerables sonrisas de monsieur le patrón, pertenecen a un honrado propietario francés, que, además de poseer aquel edificio-industria, tiene cuenta corriente en varios bancos. Monsieur Lafont es casi rico; anda siempre en zapatillas de paño, y en veinte años de servir a los que suben o bajan la escalera del «Hotel Miroir» ha adquirido la especialidad de dar la razón a todo el mundo. Monsieur Lafont está casado y tiene una hija. Mientras monsieur Lafont lee *Le Journal*, su mujer hace la comida o lava la ropa familiar. La hija se ocupa del fregadero y de zurcir medias y calcetines. La madre y la hija tienen las manos picadas por las agujas, y en invierno sufren de sabañones. Si el nuevo cliente que alquila una habitación es muy escrupuloso, no tarda en rechazar el cuerpo menudo y lleno de gracia de Magdy —éste es el nombre de la hija del matrimonio Lafont—, al ver aquellos pobres dedos fríos y deformados. En Magdy todo es armonioso, menos las manos. Hasta su andar nervioso, como precipitado, aumenta la gracia de su rostro de dieciocho años.

Magdy ignora todo, o aparenta ignorarlo.

Si en lugar de tener Magdy por padre a un honrado contribuyente francés hubiera sido la hija de un estafador internacional, aquella tragedia de sus manos estropeadas no habría existido. Pero en Francia, lo primero es el ahorro. Existen hasta escritores que lo ensalzan. Francia está envileciendo su gloria pasada, mientras aspira el podrido incienso de esa virtud antiheroica, que es el ahorro. Será necesario descubrir a los franceses que el ahorro solamente produce canas, calvicie y reúma. También produce un ligero enfriamiento alrededor del corazón, que hace fácil a los capitalistas hablar de la próxima guerra; de que es necesario estar preparados, etc.

Igualmente produce patriotismo; un patriotismo subvencionado por los traficantes en armas y en comestibles.

Pero Magdy se halla muy lejos de estas apreciaciones. Si se le preguntara cuál es su deseo, contestaría vivamente: «Saber bailar.»

Madame Lafont es un trozo de monsieur Lafont. Se supone que en el viejo lecho conyugal los esposos hablan de la cuenta corriente, que aumenta en los bancos. También hablarán de si es conveniente empapelar las habitaciones del último piso. Después de esta cuestión, que el matrimonio resucita todas las noches, se duermen en ese sueño intermitente de la gente de edad.

Con los años, madame Lafont ha copiado una costumbre de su marido, cuando éste habla con algún cliente. Se reduce esta costumbre a inclinar la cabeza de arriba abajo y de abajo arriba, mientras articula mecánicamente: «Sí, señor; usted tiene razón. Muy bien... Muchas gracias... Perdón, señor... Perdón, señora...»

En el primer piso del «Hotel Miroir» está el salón, donde, además de unos muebles antiguos y un piano desafinado, está la nota moderna de un gramófono. Este aparato es costumbre ponerlo en el centro de una mesa que encuadra el salón. Para colocarlo hay que apartar primeramente dos tomos de colecciones del *L'Illustration*.

A este salón acuden dos alemanes, una señorita que está empleada en unos almacenes, el periodista San Juan, la hija del matrimonio Lafont y una amiga suya, que no puede dar un paso cuando baila sin que pise a su pareja. Esta

muchacha gusta de arrinconarse, como si le asustara el jaleo. Pero Magdy siempre acude en su ayuda, y, tirando de ella, la entrega en brazos del periodista San Juan o de los alemanes.

El señor y la señora Lafont acuden también al salón; pero el esposo no tarda en desaparecer. Su mujer se queda de buena gana, y entonces es curioso observar cómo los alemanes y el señor San Juan cruzan de un lado para otro, huyendo del cuerpo húmedo y acartonado de madame Lafont.

El resto de los que habitan el «Hotel Miroir» se paran en un ángulo del vestíbulo, descuelgan sus llaves, rumian un saludo y suben a sus cuartos.

Conviene destacar que en este hotel vive un hombre un tanto singular. Este hombre es el joven Ramírez. El joven Ramírez hace enormes esfuerzos porque su uno cincuenta y ocho de talla obtenga las apariencias de una gran estatura. Usa un calzado especial, con el que consigue elevarse unos tres centímetros.

El joven Ramírez trabaja en los estudios cinematográficos de Joinville.

Deben de confiarle unos papeles muy modestos, porque su vida es bastante ajena al lujo de París. Detalle de fuerza es que el joven Ramírez es un excelente patriota. Para él, el rey de España tiene estas cualidades:

«Es el más guapo de todos los españoles.»

«El que tiene mejor tipo.»

«El más elegante.»

«El que dice los mejores chistes.»

«El más valiente.»

«El hombre que electriza a las mujeres y los frailes.»

«Etcétera, etc.»

El periodista subió al primer piso del «Hotel Miroir», acompañado de Julio. Descolgó su llave, y se acercaron al cuarto-oficina del señor Lafont. El dueño estaba inclinado sobre el escritorio; notó que hacían ruido, y miró por encima de sus lentes.

—Buenas tardes —saludó el periodista—. ¿Ha llegado alguna carta? El señor Lafont contestó negativamente, y se levantó al descubrir a Julio.

—Es un compatriota —aclaró el periodista.

—Mucho gusto —respondió el señor Lafont, entregando una mano fría.

El periodista intentó salir, e interrumpió el señor Lafont:

—¿Quieren que dé luz en el salón? Todavía no ha llegado nadie; pero si les parece bien, pasen ahora mismo.

—Nos vamos a mi habitación —el periodista miró su reloj—. Bajaremos más tarde.

Antes de marchar apareció madame Lafont. Hubo nuevos saludos, y el periodista se llevó a Julio al segundo {piso. Entraron en el número 18. Para que Julio tuviera un asiento, el periodista quitó de una silla un montón de ejemplares de Asturias. Había números de la revista sobre la cama, y hasta en el suelo.

—Todo esto —señaló el periodista— es para regalarlo. En fin, voy a dedicarle mi novela.

Cogió el periodista su libro, y con la estilográfica en disposición de escribir, miró la pared con una extraña obstinación. Sin duda, la dedicatoria iba a tener un carácter de cosa definitiva, puesto que habían transcurrido ya tres minutos. Ahora el señor San Juan se miró los botines que cubrían sus zapatos.

—¡Ya está! —y después de la exclamación escribió, casi nervioso—. Aquí tiene la novela —dijo al terminar de escribir.

Julio se aproximó, pero el periodista cortó el ademán.

—Espere que lea la dedicatoria —y poniéndose el libro a la altura de su gran nariz, terminó—: «A mi amigo don Julio Montana, hombre original y aventurero. En este brillante París, escenario de nuestra naciente amistad.»

Más abajo estaba perfectamente dibujada la firma del señor San Juan.

—Muchas gracias —dijo Julio, guardándose la novela en el gabán—. Esta misma noche leeré su libro.

El periodista agradeció la cosa, moviendo la cabeza y sobando otro ejemplar de su novela. Echó un vistazo sobre unos papeles que había encima de la mesa, y preguntó:

—¿Le parece que acordemos por dónde empezaremos mañana?

Julio asintió, y el periodista fue detallando:

—Primeramente, visitaremos al millonario don Fermín Gutiérrez. Desde luego, con esta visita demostraré a usted lo fácil que es trabajar la publicidad. Usted mismo observará cómo el millonario nos da tres o cuatro planas de propaganda. ¿Recuerda lo que le expliqué sobre este señor?

Como Julio hiciera un gesto de inseguridad, el señor San Juan buscó la cuartilla en la que estaban los datos, y repitió lo de: «Fermín Gutiérrez, hombre de sesenta años. Buen carácter, etc.»

—Recuerdo todo —interrumpió Julio—. No continúe.

El periodista guardó la hoja, y después habló largamente con Julio. Empleó cerca de media hora en especificar lo que harían al día siguiente.

Todo quedó determinado, y entonces indicó descender al salón del hotel.

En el momento de entrar en el salón Julio y el periodista, solamente se hallaban los dos alemanes. Uno estaba tocando el piano, y el que escuchaba de pie le hizo volver a las primeras notas. Los dos saludaron agachando sus rubias cabezas, y luego continuaron con la música.

Julio se acomodó en un butacón que estaba junto a una de las dos ventanas que daban a la calle. Apartó un encaje amarillento y contempló el espectáculo de los tranvías y los autobuses.

—Encenderé la lámpara del centro —dijo el periodista—. Esto está muy triste.

Al ser aumentada la luz, Julio observó a los alemanes, que, entregados a su música, cabeceaban al compás de una canción. El periodista se ausentó un momento, entregando a Julio uno de los tomos de *L'Illustration*. Julio pasó página tras página, pero la música sonaba en sus oídos con una gran fuerza. El viejo armatoste musical, que había aguantado a muchos clientes del «Hotel Miroir», parecía que en aquella tarde de invierno se quejaba con gusto bajo los dedos de un hombre que repetía una canción de su patria. Julio comparó a aquellos dos alemanes con la prosa recargada de la revista francesa. En los artículos y fotografías sólo había frases despectivas para el enemigo. Solamente las tropas aliadas habían representado la justicia y la civilización. Pero callaba la revista que las tropas francesas y aliadas que representaban a la justicia y la civilización habían ocasionado el que miles de criaturas hubieran muerto de hambre en la Rusia soviética por efecto del bloqueo.

Cerró el tomo y lo dejó sobre la mesa. El periodista entró dando una mano a Magdy, la hija del matrimonio Lafont. Como si esto fuera ya una señal, no tardó en aparecer el joven Ramírez. Detrás llegó la amiga de Magdy con su aire de habitual aturdimiento. En el único diván se sentaron las dos amigas, el periodista y el joven Ramírez. Uno de los alemanes buscó un asiento cerca del diván. El otro alemán cerró la tapa del piano, pero no se apartó de su sitio. Julio continuó en su butacón; pero las miradas de Magdy y la curiosidad general de que era objeto le impulsaron a levantarse. Un alemán preguntó cortésmente a Magdy si podía hacerse uso del gramófono. Magdy parecía que esperaba la petición, porque fue ella misma la que con toda rapidez hizo

funcionar el aparato. El periodista llamó a Julio y lo presentó a Magdy. Desde ese instante, y debido a causas desconocidas, se aisló de todos, como buscando una discreta soledad. Tan pronto trataba de atisbar a través de los cristales el movimiento de la calle como revolvía en los dos tomos de *L'illustration*. Julio no tardó en descubrir que el periodista estaba completamente enamorado de Magdy. Hasta cazó algunas miradas sospechosas que el señor San Juan enviaba a la francesita en cuanto ésta dirigía sus atenciones al joven Ramírez. Como nadie se arrancaba a bailar, Magdy tiró del joven Ramírez.

—Empecemos nosotros —casi exigió Magdy—. Quiero que me enseñe usted el tango.

No dieron una vuelta alrededor del salón, cuando un alemán sacó a la amiga de Magdy. El alemán que carecía de pareja se encargó del gramófono.

En un descanso, Magdy se acercó al periodista, con el rostro encendido por la danza.

—¿Pero no baila usted? —interrogó, con una risita terrible, que casi produjo un dolor físico en la cara del señor San Juan.

—No, no bailo —respondió secamente; pero endulzó rápido—: Parece que esta tarde estoy muy torpe.

—¿Y su amigo? —dijo, por Julio, que había regresado al butacón—. ¿Tampoco quiere bailar?

El periodista encontró una excelente ocasión de alejar a Magdy del joven Ramírez. Recogió a Julio con una señal significativa, y explicó:

—Me ha preguntado la señorita si usted quiere bailar.

—¿Bailar? —respondió Julio, con todo el sentido de su fracaso—. Perdóneme. No sé dar un paso.

—¡Oh! —y Magdy abrió una boca deliciosa—. Yo tampoco sé bailar.

Surgió lo inevitable. El joven Ramírez se acercó con su despreciable estatura. Propuso, sabiendo que su petición era irresistible:

—¿Quiere que bailemos este vals? Voy a enseñarla un paso nuevo.

Lo del paso nuevo fue como una mágica palabra. Magdy se unió gozosa al joven Ramírez, tratando de repetir una demostración que acababa de hacerle su pareja.

—¡Qué imbécil me resulta ese tipo! —proclamó el periodista—. En mi vida he sentido más ganas de dar un puntapié.

Julio ayudó al periodista en los comentarios. Todo le producía cierta gracia.

—¿Se ha fijado usted qué birria? —añadió a Julio, como queriendo cortar con el tono de su voz.

En ese momento aparecieron el señor y la señora Lafont. Sonrieron a todos, y la señora Lafont fue en busca del ofendido periodista.

—¡Oh, monsieur Jean! —y le oprimió con su mano pegajosa—. ¡Esta vez no se escapa usted! Pondremos un tango.

El periodista vislumbró por encima de la cabeza de la señora Lafont cómo el joven Ramírez recibía las sonrisas de Magdy. En el rostro de su enemigo había una repugnante satisfacción. El periodista sentíase enfermar por una rabia incontenible. Presentó a Julio a la señora Lafont, y, dejándolos entretenidos, intentó ganar a Magdy, que acababa de sentarse en el diván al lado del joven Ramírez. Trató de dar alguna arrogancia a su figura, mas la verdad fue que se acercó al diván sin ninguna valentía.

El joven Ramírez fingió no darse cuenta de su presencia. Tenía bloqueada a Magdy, y para hacer la situación más desgradable se le ocurrió enseñar unas «fotos», en las que aparecía su corta figura en medio de unos hombres maquillados, que fingían beber vino, confundidos por una alegría desbordada.

—¿Bailará usted conmigo? —se atrevió a interrumpir el periodista.

—¿Por qué no? —respondió Magdy—. Diga que coloquen mi fox.

El periodista comunicó la orden al alemán en una amabilidad plena de humor. Prueba de que no era hombre rencoroso es que regresó al diván y pidió al joven Ramírez:

—¿Me permite que vea las «fotos»? —observó la primera, y comentó—: Verdaderamente, comprendo que las mujeres admiren a los actores de cine.

Continuó viendo fotografías; pero ya no percibía bien a los hombres maquillados que se emborrachaban. Al periodista le temblaba el pulso al pensar que inmediatamente iba a estrechar el grácil cuerpo de Magdy.

—¡Está usted formidable de gesto! —terminó, para el joven Ramírez.

—Todavía no me han dado mi verdadero papel —arguyo el joven Ramírez—. Yo haría perfectamente un oficial de aviación, un teniente de navío o un aventurero.

Magdy había dado un salto, y, sin que el periodista tuviera tiempo de explicárselo, la vio bailar con uno de los alemanes el mismo *fox* que él había solicitado. Ya no pudo continuar hablando junto al joven Ramírez. Fue hasta donde se hallaba Julio, y detalló con una voz dramática:

—Me voy a dormir. Creo que no estoy para cenar... Como si el estómago me pesara...

Por el salón danzaba Magdy, sonriendo al alemán.

—Mañana habrá que trabajar mucho —continuó el periodista, después de atrapar aquella sonrisa que no era para él.

Magdy buscó la forma de tropezar con el periodista; pero éste dio la espalda, para demostrar cierto desprecio y para decir a Julio;

—¿Le parece que nos encontramos en el Café Madrid? A las diez en punto estaré allí mañana. Ahora puede quedarse aquí hasta la hora de cenar..., si no se aburre —comentó con sospechosa seguridad.

—Entonces me voy —dijo Julio, dispuesto a salir.

—En fin, puede usted quedarse —Magdy continuaba sonriendo al alemán—. Pero esta gente es terriblemente vulgar. No tiene usted más que observar sus caras para convencerse de la verdad. Ese español de Ramírez es algo grotesco, ¿no?

El periodista no perdía nada de lo que pasaba en el salón. Vio marchar a los padres de Magdy, y el *fox*, que había sido repetido, estaba tocando a su fin. En el diván, donde descansaba el joven Ramírez, existía sin ocupar una porción de asiento. En aquel vacío iba a caer Magdy de un momento a otro.

—¡Venga usted! —pidió el periodista a Julio—. Vamos al diván; podemos sentarnos los dos y hablar...; todavía tenemos que hablar —añadió, como si recitara un papel.

En la cara del periodista había algo más que el deseo de sentarse. Fue el primero en hablar, y habló en español.

—Parece que en España van a cambiar las cosas —y mirando descaradamente al joven Ramírez, continuó—: Esa sublevación de Cuatro Vientos tiene mucha importancia. Tengo entendido que el Ejército se pondrá al lado del pueblo.

—Nada de eso es cierto —respondió el joven Ramírez.

—¿Cómo que no es verdad? ¿No sabemos todos que el rey solamente se ocupa de asistir al tiro de pichón y de decir chistes a los periodistas extranjeros?

—¡Tonterías! —exclamó el joven Ramírez, demostrando que todas las palabras dichas por el periodista sólo merecían su más enérgico desprecio.

—¿Es usted monárquico? —terció Julio.

—Sí, señor; y creo que todos los españoles deben ser monárquicos.

—¿Y por qué han de ser monárquicos?

—Eso pregunto yo también —indicó el periodista, aunque en su interior había un reaccionario.

—¿Por qué ha de ser? —y el joven Ramírez expresó una gran indignación—. ¿Acaso nuestra historia no significa nada para ustedes? España ha sido grande por sus reyes, por sus conquistas y...

—¡Eso es muy cierto! —interrumpió el periodista, ya olvidado de su odio al joven Ramírez.

—¿Pero qué más le da al pueblo —Julio miró con cierto desdén al periodista— tener grandes reyes o malos reyes? De todas formas, el pueblo seguirá pasando hambre y vistiendo mal. Al pueblo le trae sin cuidado el descubrimiento de América y esa otra memez de que el sol no se ponía en otro tiempo en los dominios de España.

—¿Eh? —casi rugió el joven Ramírez—. ¿Usted no concede ningún valor al descubrimiento de América?

—En absoluto. Daría ese valor si a consecuencia de ese hecho histórico hoy no hubiera en España analfabetos ni hambrientos.

—Con usted es imposible discutir —y el joven Ramírez se cuidó una parte de la cabellera, puesta en desorden—. Dice unas cosas muy raras y muy extrañas. ¡Querer negar el valor de nuestra historia, de nuestros militares! Precisamente —y gustó de antemano lo que iba a decir— los políticos de todo el mundo, siempre que hablan de nosotros, ensalzan nuestro pasado.

—Eso es un puro embuste —contestó Julio—. Es lo mismo que cuando un político o un periodista españoles hablan de París. Siempre dirán que París es el cerebro del mundo, o que Francia es el país del derecho, como si en Copenhague o en Nueva York no hubiera parte de ese cerebro y de ese derecho.

Como se hablaba en tonos altos y en un idioma incomprendible para los demás, los bailarines cesaron de bailar y la música había enmudecido. El señor Lafont se llegó desde su pupitre, y al notar aquel fastidio en los alemanes, en su hija y en la muchacha tímida, tuvo la idea salvadora de hacer sonar el gramófono. La maniobra se exteriorizó expresivamente en la señora Lafont, que comenzó a palmotear. El periodista dejó a sus compatriotas, y, gran suerte para él, pudo bailar, sujetando ligeramente la cintura de Magdy.

—¿De qué hablaban ustedes? —preguntó Magdy al periodista.

—De política. Ese amigo mío es un exaltado —y girando con algún dominio, agregó—: Todo lo de España le parece mal.

—¿Es también periodista?

—No. ¿Por qué lo pregunta? —respondió, molesto de aquel interés.

—Parece muy simpático.

El periodista entorpeció el baile a causa de Magdy. ¡Aquella manera de preguntar!

—Es un mal estudiante. No creo que sea capaz de hacer algo serio en su vida.

—Pues tiene un tipo interesante —y Magdy miró hacia el diván, donde Julio parecía pensativo.

—¡Como todos los holgazanes! —replicó vengativo el periodista—. Para ese joven, París no tiene interés; el rey de España es un bandido, y hasta dice que los ricos son mala gente.

—¡Oh, qué interesante! —y Magdy se apretó contra su pareja.

El periodista danzaba como mareado. Aquella Magdy era capaz de todo. Momentos antes le había ocasionado un serio disgusto al hacerle pregunta tras pregunta sobre Julio. Ahora, con aquella manera de estrechársele, le hacía saborear una próxima victoria. En su cabeza bullían media docena de ideas. Una de estas ideas era que Magdy encarnaba un gran personaje en la novela próxima a escribir. El periodista paró la danza casi con brusquedad, obligando a Magdy a permanecer inmóvil un tiempo muy breve, pero suficiente para que él creara el título de su nueva novela. Su obra iba a llevar este titular: París, Ciudad de la Luz.

—¿Qué le pasa? —demandó Magdy, extrañada de aquella paralización.

—Nada...; pensaba en usted...; usted es muy cruel conmigo, Magdy. Demasiado cruel.

Y el periodista miró con ojos conmovidos. Después, con la cabeza llena de un dulce mareo, continuó dando vueltas alrededor del salón.

## HE AQUÍ UN MILLONARIO

Un taxi verde marchaba con una velocidad de vieja máquina. Detrás de su último juego de ruedas quedaban tranvías, carromatos, establecimientos donde alguien tomaba su café con leche y sus croissants, y, sobre todo, quedaban unas calles llenas de una aburrida frialdad.

Dentro del taxi iba Julio y el periodista. Este se había colocado su gran cartera encima de las rodillas y revolvía papeles, aunque lo que buscaba era conocido por él perfectamente. Sacó la ficha del millonario Fermín Gutiérrez. Sin abrir la boca rumió lentamente: «Buen carácter. Muy vanidoso. Hay que hablarle de que en Asturias se le quiere como a un santo. No olvidar poner de relieve que “él” es el alma de la región...»

—¿Ha leído usted algo de mi novela? —esto fue dicho con tal tono que el mismo periodista notó la oscuridad de su voz.

—He leído algunos capítulos —y no habló más para no alargar el embuste.

—Tal vez a usted no le gusten esas descripciones que he escrito al comienzo —insinuó el periodista, con la esperanza de algún elogio.

—Sí, me han gustado mucho. Están muy bien.

El periodista notó que Julio no iba a añadir otra cosa, y entonces se fue por otro lado.

—Estoy pensando en que hemos debido escribir a ese millonario solicitando una entrevista.

—¿Es que eso hubiera sido mejor? —preguntó Julio.

—No sé. En fin de cuentas —y ahora el periodista demostraba su facilidad para usar varios argumentos— me parece que esto que vamos a hacer es lo más práctico. Estos millonarios suelen ser muy campechanos. Desde luego, nada de llevarle la contraria. No intente usted decirle que España es esto, que París es lo otro. Nada de opiniones que nos lo espanten —terminó con una gran autoridad.

—No se preocupe. En todo caso estaré a la expectativa.

—Bien visto —elogió el periodista—. Es necesario que nuestro millonario quede contento de nuestra visita. Tengo entendido que se trata de un hombre espléndido, y puede ocurrir que nos invite a almorzar.

## 2

El taxi paró ante el palacio del millonario. El periodista llamó, hundiendo el botón del timbre dos veces.

—Ahora va usted a ver cómo se trabaja la publicidad —y el periodista quedó erguido, con la gran cartera negra bajo el brazo.

Al acabar de decir esto abrieron la puerta, y un criado viejo, con patillas grises, preguntó muy ceremonioso:

—¿Qué desean ustedes?

—Ver al señor Gutiérrez —contestó el periodista en forma segura. Antes de que el criado volviera a abrir la boca, el periodista le entregaba una tarjeta de visita, le rogaba con cierta energía que transmitiera el encargo, y, por último, recalcó estas palabras:

—Ayer nos fue imposible venir a ver a don Fermín.

El criado hizo un gesto escasamente expresivo, con el que dio a entender que podían entrar en el palacio. Los tres atravesaron el jardín que rodeaba la finca

del millonario, llegando hasta el vestíbulo, donde el portero habló con un ayuda de cámara. Este criado los llevó al interior, y Julio y el periodista anduvieron sobre gruesas alfombras. En un ángulo una lámpara proyectaba una luz tenue, que producía brillos en unos muebles dorados. El ayuda de cámara marchaba a la cabeza, y sus piernas largas y vestidas de negro tenían un ritmo de cortejo. Julio y el periodista fueron introducidos en un salón recargado de muebles, de cuadros antiguos y de alfombras. Cortinas rojas cubrían los extremos de los balcones, y aunque de la parte del jardín entraba una claridad fría, en el centro del salón lucía una gran lámpara, en un fulgor multiplicado por docenas de prismas.

Julio se acercó a un sillón con adornos de bronce.

—¡No se siente! —aconsejó el periodista—. Es más correcto aguardarle de pie. Que vea el millonario que no nos hemos sentado a pesar de hallarnos solos.

Julio hizo caso al periodista, y no se sentó.

—Esto de permanecer de pie —todavía trataba el periodista de justificarse— lo aprendí una vez que visité a un ministro.

No se habló más hasta que un criado abrió una puerta, apartó un cortinaje y surgió un hombre pequeño, un hombre vestido pulcramente, pero sin gran elegancia. En su cara rasurada había un color rojizo, que resaltaba bajo el marco de una cabeza canosa. Bajo aquel traje de mañana se escondían discretamente sesenta años, y a no ser porque al mirar con sus ojos azules lo hacía con alguna desconfianza, casi hubiera pasado por simpática la figura de Fermín Gutiérrez.

El millonario observó a los visitantes en una mirada breve. Tal vez la cartera negra del periodista le demostró que debía empezar por él.

—¿Es usted el de la revista? —preguntó con una voz de falsete.

—Sí, señor —y señalando a Julio—: Mi compañero señor Montana.

El millonario apenas esbozó un gesto de comprensión. Dio unos pasitos por el alfombrado, y con la intención de sentarse, indicó a sus visitantes:

—Tomen asiento... Ustedes dirán en qué puedo serles útil. —Esto último lo dijo al estar cada uno colocado sobre una silla.

El periodista tragó un poco de saliva, tamborileó sobre su cartera y empezó:

—Se trata de la revista Asturias. He aquí dos ejemplares que corresponden a estos dos últimos meses —ojeo rápidamente algunas páginas, exponiendo después—: Es una revista que honra a la región. Precisamente se habla en Madrid de hacerle un gran homenaje a la revista y a usted.

—¿A mí? —y Fermín Gutiérrez cerró un poco los ojos.

—Me explicaré. Su enorme personalidad, don Fermín, merece ser destacada de manera definitiva, y, con este motivo, un grupo de asturianos se ha reunido para tomar el acuerdo de que el homenaje debe encabezarla la revista Asturias, ya que ella representa todo lo que supone en la región un esfuerzo y un valor.

—¡Hijo mío! —interrumpió el millonario—; yo no soy nada. Yo ya estoy retirado...

—¿Qué dice usted? —aquí el periodista eligió un acento admirativo—. ¿Don Fermín Gutiérrez, retirado? ¿Don Fermín Gutiérrez? Usted, quiera o no quiera, es una honra de Asturias. Digo más: es la representación más genuina de lo que es capaz la voluntad del genio asturiano. El nombre de Fermín Gutiérrez es pronunciado por cientos de niños y niñas en los colegios fundados por usted. Toda la región se dispone a pagar modestamente el enorme esfuerzo hecho por usted en Asturias.

El millonario movió la cabeza, mientras en su cara rojiza se esbozaba un gesto ambiguo. A Julio lo miró de reojo, torcidamente.

—Mi director —explicó el periodista— me ha hablado mucho de usted. Me ha relatado su vida, y he sido asombrado. ¡Era para escribir una novela!

—Vamos; eso no tiene ninguna importancia —comentó el millonario—. Es la vida, hijos míos, la que hace que uno llegue a ser algo.

—Exacto, don Fermín. Pues bien: nosotros vamos a hacer unas páginas para la revista describiendo su vida de ahora, encerrado en este palacio y dedicado a los libros —esto era pura suposición— y a la felicidad del hogar. Traeremos un fotógrafo —continuó el periodista, como si ya pisara terreno firme—; en nuestra revista salen muy bien las «fotos».

En el rostro del millonario parecía que no sentaban mal aquellas proposiciones. Sus manos anchas de antiguo trabajador jugueteaban con un botón de su chaqueta gris.

—Si a usted le parece buena esta idea —el periodista mostrábase incansable—, se pueden hacer dos fotografías, en las que será conveniente que aparezca usted rodeado de su familia. Tenemos noticia de la extraordinaria belleza de su hija —el millonario sonrió, halagado—. Una fotografía de su hija será puesta en una plana; en otra plana aparecerá usted al lado de su hija y de su yerno. En las demás fotografías habrá detalles de su palacio, como su biblioteca, su mesa de trabajo, o lo que usted nos indique como cosa interesante para nuestra información.

El periodista descansó y tragó aire. Miró a Julio, para demostrarle su buena escuela, y dijo al millonario:

—Nuestro director dedica la portada de la revista a los hombres más destacados de Asturias. Las grandes personalidades desfilan en esas portadas, y usted, como es natural, ocupará ese sitio.

—Pero, hijos míos, os vuelvo a repetir que yo no hago otra cosa que estar metidito en casa. Hablar de mi hija y de mi yerno. El es un gran pintor.

—Permítame —contestó el periodista—; tenemos el propósito de relatar en nuestra información lo referente a su hija y a su yerno; pero lo referente a usted nos es imprescindible, porque usted es el eje de nuestro reportaje. La tirada de la revista corresponde a veinte mil ejemplares —el periodista había aumentado quince mil—. Veinte mil revistas que se leen en toda España y en América. ¿Comprende usted, don Fermín, la necesidad de que aparezca en la revista lo más representativo de Asturias?

—Bien... Bien... —silabeó el millonario en un tono blando—. Haced lo que gustéis.

—Para la portada —sugirió triunfante el periodista— necesitamos una buena fotografía de usted en donde aparezca enseñando una condecoración. Si usted tiene una banda o cordón, mucho mejor. Eso se destacará más.

—Por ahí debe de tener mi hija lo que ustedes desean.

—Perfectamente, don Fermín. Y ahora vamos con los últimos detalles de nuestra información. Usted no ignora que la cuestión de publicaciones está muy mal en España —aquí el millonario empezó a prestar gran interés—. Tan mal que las revistas apenas si pueden sostenerse. Es decir —el periodista sentíase agotado, y quiso terminar—, usted ofrenda generosamente mil doscientas pesetas, tarifa para cuatro páginas y la portada, y la revista podrá seguir siendo una demostración de que Asturias honra a España y a los españoles.

En menos de diez segundos se rehizo el millonario de su anterior entusiasmo. Meneó tres veces la blanca cabeza, se tocó el botón de la chaqueta y lanzó un suspiro. Fueron diez segundos en que los cuadros, los cortinajes y los muebles imperiales masticaron de aquel silencio inoportuno.

—Pero, hijos míos —¡siempre la misma coletilla!—, creo que no merece la pena que hagáis la información. Ya os dije que no me gusta figurar y que prefiero este recogimiento a que suene mi nombre en la prensa. Otros habrá que os aguarden con interés. Yo ya no estoy para estos trotes.

En la cara del periodista llegó a pintarse la perplejidad. Julio miraba al millonario con una risita de asco. El espectáculo de los tres era deplorable.

—Nosotros creíamos —el tono del periodista sonaba a triste— que aceptaría usted nuestras proposiciones.

—No..., no puede ser. Pero vuestra visita me ha sido muy agradable —dijo el millonario, con una amabilidad dudosa—. En fin, siento mucho no poder atenderos como hubiera sido mi gusto. Dispensarme un momento. Vuelvo en seguida.

Fermín Gutiérrez salió del salón con un proyecto desconocido para Julio y el periodista. Este miró profundamente el grueso alfombrado.

—¡Qué extraño! —exclamó débilmente.

El millonario regresó con una mano elevada hasta el pecho, como si sostuviera un objeto.

—Tomad —dijo, colocándose en medio de los dos; están hechos en mis fábricas de Cuba.

Y Fermín Gutiérrez entregó dos puritos del tamaño de un dedo índice.

El periodista dio unas gracias muy endebles. Julio prefirió callar.

Los dos estrecharon una mano resbaladiza, y salieron sin hacer apenas ruido, deseosos de ver la calle inmediatamente.

# V

## LUCIE

### 1

El fracaso de la mañana se repitió a la tarde. Las visitas a los bancos fueron un completo desastre. En el periodista empezó a quebrarse aquella gran voluntad de la que hacía gala. Mezclados con este fracaso estaban los deseos que le hacían acercarse a la hija del señor Lafont. Igualmente se entrometían en estas dos preocupaciones los primeros capítulos de su nueva novela París, Ciudad de la Luz.

De aquella visita al millonario Fermín Gutiérrez le había quedado una ligera melancolía, y, sin duda, para disolverla, propuso a Julio un paseo por los barrios elegantes. Julio aceptó sin ningún entusiasmo, y se dejó remolcar. El periodista reflejaba en su rostro el aspecto total de su mala estrella. Únicamente Magdy era una dulce y descansada esperanza. Esta esperanza le hacía mirar las cosas y las personas con un embobamiento de animal perezoso. Su derrota comercial indicábale la vuelta a España. Desde luego, este fracaso no tenía nada de vergonzante, puesto que enviados de revistas más importantes que la suya tuvieron que desistir de forzar las posturas negativas de los comerciantes e industriales franceses. Estos datos tranquilizaban hasta cierto punto su pundonor profesional, y el regreso al despacho del director de Asturias no significaba una entrada desgradable. Para darle un aire de conformidad a su estado deprimido había hecho a Julio aquella oferta de pasear. Tomaron una bebida en un bar cercano al palacio de Fermín Gutiérrez. En aquel establecimiento el periodista se trazó un camino que venía a significar: «Amo a Magdy; poseo tres mil francos, y necesito permanecer en París hasta terminar mi novela.»

Al salir del bar hicieron las visitas a los bancos y a varios comercios. Las palabras «no interesa», «no puede ser», fueron como un estribillo que los acompañó en aquella mañana de diciembre.

El almuerzo se celebró en el restaurante español. Comieron cerca de otros compatriotas, y todos hablaron de España. La situación no parecía muy clara, y la prensa dejaba adivinar que grandes acontecimientos estaban próximos a ocurrir. El periodista tomó parte en la conversación, pero se cansó en seguida. Gozaba más escuchando y no interrumpiendo sus pensamientos amorosos, que le hacían estar recordando a Magdy. Un señor que hablaba con acento gallego llevó la conversación hasta elogiar las óperas que eran representadas en el gran coliseo de París. La defensa del género operístico, con su público de señoras bien vestidas y caballeros de frac, cayó sobre el periodista como una lluvia grata. Lo malo fue que escuchó de labios de Julio:

—Para mí, una ópera, es una cosa insoportable. Un espectador que aguanta dos horas de gritos y notas musicales es un tipo propenso a la estupidez. ¿No se han fijado ustedes cómo los que escuchan una ópera toman un aire de inocencia bestial?

—Entonces —y el periodista tuvo que hacer un esfuerzo—, ¿a usted no le causa emoción una *Carmen* o una *Tosca*?

—No —contestó rápido Julio—. Encuentro más emoción en un coche de tercera cuando unos viajeros cantan una canción popular.

La cara del periodista pasó de un estado de sorpresa a otro de irritación

—Una vez —continuó Julio— vi a tres campesinos vascos que regresaban de una romería. Los tres hombres caminaban borrachos, y el que iba en el centro oprimía un acordeón. Los otros dos cantaban que las chicas de un pueblo eran muy guarras, y que debido a ese defecto ningún hombre cargaba con ellas.

—¿Y eso es bello? —interrumpió el periodista.

—Aquellos tres borrachos —Julio ni siquiera tomó en consideración al periodista—, con su acordeón y sus voces populares, eran algo más que la cursilería de un tenor de ópera.

—¡Tiene usted la manía de negarlo todo! —respondió el periodista con un dejo de cansancio—. ¿Por qué habla mal de lo que a la mayoría le es agradable?

—Cada cual tiene sus gustos —justificó uno desde otra mesa—. A mí me apasionan los toros. Cuando estoy en España voy a todas las corridas.

—A mí también me gustan los toros —afirmó Julio—. Es una fiesta demasiado fuerte; pero como todo lo que emociona al pueblo, es un espectáculo sincero.

—En esto estoy de acuerdo con usted —explicó el periodista—. A mí me emocionan los toros. Ahora, no comprendo cómo a usted no le agrada una ópera. En una ópera todo es grandioso: los decorados, la orquesta, los artistas. Hasta el público corresponde a esa grandiosidad vistiendo de etiqueta.

—¿Y cree usted que puede haber arte verdadero en un espectáculo en donde el público viste de frac?

El periodista abrió sus ojos abrumado por la pregunta de Julio. Si hubiera tenido poder para cambiar la conversación, lo habría hecho de buena gana. Pero Julio seguía con sus miradas interrogantes; no podía huir.

—¿Habla usted del frac? —y el periodista aumentó la voz—. Veamos; el señor que asiste a la ópera vestido de etiqueta es un caballero que se baña —aquí empezó el periodista a sonreír—, que tiene cultura, corrección, huele bien. ¿Acaso no es aceptable este tipo de espectador?

—¡Hoy ya no es aceptable! —negó Julio con calor—. Como no son aceptables las señoras cargadas de alhajas. El frac, los brillantes y la corrección no tienen razón de existir en una época en que hay hambre en todo el mundo.

Notó el periodista que los de la otra mesa escuchaban a Julio con agrado. Tenía por seguro que, si se prolongaba la polémica, al final habría un vencido, y ese vencido sería él. La cosa era un poco cobarde, pero hizo uso de uno de sus grandes recursos.

—No cabe duda de que el mundo marcha cada vez peor.

Con esta frase quedó todo aplacado. Incluso empezaron a salir del restaurante algunos españoles. Quedaron Julio y el periodista; éste preguntó con el fastidio en la cara:

—¿Por qué ha de llevarme usted la contraria?

—¿Quiere usted que diga a todo que sí? —devolvió Julio sin ningún enfado.

—¡No es eso! Cada cual tiene sus opiniones. Pero usted me ataca como a un enemigo. Si yo digo blanco, usted responde negro.

Era tan débil la reconvención, que Julio arregló todo, indicando al periodista que se fijara en una francesita que tenían sentada enfrente.

—Usted no para de hablar, y aquella señorita le está mirando con un gran descaro.

Julio era capaz de todo, hasta de confiar al periodista aquella mentira.

—Observe usted con disimulo —y Julio le tocó en un costado.

—¿Qué habrá visto en mí? —expuso el periodista, exagerando la intención de aparecer muy insignificante.

La francesita abrió su bolso; se corrigió el color de los labios, y después se dispuso a fumar un cigarrillo. Entonces sonrió para los dos españoles.

—¡Nos sonríe! —dijo el periodista francamente feliz.

—Será para usted la sonrisa —respondió Julio, deseoso de continuar la farsa.

La francesita seguía con el cigarrillo sin encender. Este detalle fue apresado por el periodista, que se levantó, dispuesto a conquistar a aquella deliciosa joven.

—¿Permiten usted que le ofrezca mi encendedor?

La joven encendió el cigarrillo, y el periodista contempló un rostro delicioso, en el que había cierta expresión picara.

—¿Es usted español?

El periodista asintió con un gesto caballeresco.

—Siéntese, por favor; no siga de pie —pidió ella.

El periodista acogió con rapidez este ruego, y olvidó de preguntarse qué era lo que tenía su tipo para despertar tanta curiosidad. También se olvidó de Julio, que estaba en la otra mesa pensando cuánto durarían los cuarenta francos que tenía en un bolsillo.

En menos de diez minutos el periodista debió de encontrar la solución a sus deseos, porque se acercó a la mesa de Julio con un aspecto arrebatador. Pagó la cuenta, y, lleno de una amplia satisfacción, dijo:

—¡Vamos, amigo Montana! Ha caído en el lazo.

—Váyase con ella. No comprende que dos hombres... —insinuó Julio, como si adivinara lo que iba a suceder más tarde.

—No se preocupe. La he contado que usted es un amigo de toda confianza.

Julio trató de disuadirle, pero el periodista se enfundó el abrigo con una gran prisa.

—Escuche, Montana —y con esto el señor San Juan emitía todo su sistema filosófico—: usted entenderá de medicina, de política, de arte..., pero de psicología femenina no sabe usted una palabra.

Lucie —la francesita descubrió su nombre al entrar en un café— se había colocado en el centro, y atendía a los dos españoles, escuchando un francés que le causaba gracia y curiosidad. El periodista sufría de que Lucie no solicitase de él un relato de su vida.

—Yo, por ejemplo —intervino, sin que nadie hiciese mención de su personalidad—, soy escritor. Sin embargo, comprendo que no hay una ciudad comparable a París. Ahora he venido de España a tomar apuntes para escribir una novela.

Lucie lo miró, como concediéndole mucha importancia.

—¿Me dedicará sus libros? —preguntó, haciendo un gesto cautivador.

—Tendré un gran placer en dedicarle mi última novela —contestó el periodista, ilusionado por la petición.

Lucie sorprendió a Julio jugando con la cucharilla que tenía junto al vaso del café. Parecía distraído por algún recuerdo, porque su rostro translucía una dulce preocupación. Y Lucie sintió un súbito rencor de aquel recuerdo que mantenía a Julio aislado de la charla. Lucie acababa de hacer unas especulaciones en las que entraban los hombros bien formados de Julio y la cabeza medio calva del periodista.

—Lucie —pronunció el periodista melosamente—. Apostaría cualquier cosa a que usted es artista.

—Soy bailarina —y Lucie miró a Julio para obligarlo a intervenir.

—¡Me lo había figurado! —exclamó el periodista—. Sus maneras de andar, su cuerpo... ¿Me dedicará un retrato a cambio de mi novela?

—Tendrán que acompañarme al hotel —dijo ella, demostrando que le agradaba esta solución.

—Bien. Vayamos a su hotel. ¿Aceptado? —terminó el periodista, deseando la marcha.

Lucie no puso ningún inconveniente. Antes de abandonar el café se fijó en Julio, dejando la mirada como adormecida.

—¿Usted no es novelista? —preguntó a Julio.

—No.

—¿Cuál es su profesión?

—¿Mi profesión?... La que usted quiera. ¿Le parece buena la de ministro?

Lucie se llenó de risa, y originó el que el periodista hiciera un chiste lamentable, que no causó más que una alegría forzada.

—¡Camarero! —llamó, para disimular su turbación.

Pagó las consumiciones y salieron. El periodista mandó parar un taxi.

—¿Por qué hace usted eso? —preguntó Lucie—. Podemos ir andando —y se apretó contra él.

—No tiene importancia —el periodista notaba el perfume de Lucie—. Suba usted.

El periodista se acomodó el último, oyendo cómo Lucie daba las señas al chófer. ¿Por qué ocultar que era feliz? Se acordó de París, Ciudad de la Luz. Se acordó de Magdy. Otro recuerdo que entró en el automóvil fue la visita al millonario Fermín Gutiérrez. Llegó con los dos puritos color chocolate. «¡Qué gentes! —murmuró para sí el periodista—. No saben gastar su dinero.»

Lucie cogió del llavero la llave de su cuarto y subió delante de Julio y el periodista. Entraron los tres en una habitación invadida de «fotos», que cubrían las paredes. En el centro estaba la cama donde dormía Lucie. A un lado de la cama había un diván, en el que dos muñecos de seda tenían las piernas desarticuladas. También había revistas de espectáculos y ropa femenina. En el espejo del armario se copiaban las fotografías de las paredes y los muñecos del diván. En medio de dos balcones estaba el lavabo, y debajo del lavabo había un bidé y un gramófono.

Lucie descansó en un borde de la cama, después de dejar sentados en el diván a Julio y al periodista. Miráronse los tres en una media sonrisa, y Lucie se

levantó para sacar del armario varias fotografías, que mostró sentada en el centro del diván.

—Está usted divina —comentó el periodista, después de hacer una selección— . Voy a apartar ésta.

—¿Y su novela? —preguntó Lucie.

—En el hotel. ¿Quiere usted que vaya a buscarla? —explicó por pura cortesía.

—Desde luego —y Lucie parecía no darse cuenta de lo penoso que era para el periodista cumplir aquel mandato—. En unos minutos estará de vuelta.

—Si le parece, lo dejaremos para mañana —sugirió el periodista, enseñando una cara en la que ya asomaba la tristeza.

—No; usted irá ahora mismo a buscarla —y empujaba suavemente hacia la puerta—. Estoy deseando leerla.

Sin haberlo evitado, el periodista se encontró en la escalera, luego en la calle, y entonces trató de orientarse para marchar a su hotel. Sufría un dolor vago y confuso. Era como si su cuerpo careciese de esqueleto y anduviera como un objeto inflado. Tomó un taxi, y se desplomó dolorido. El auto olía mal. Olía a sudor de hombres vulgares, a polvos y maquillaje de mujeres viejas. Olía... El periodista suspiró como un animal cansado. Sentía que un poder misterioso amenazaba su existencia, y por más que trataba de tranquilizarse, de lo desconocido le avisaban que tuviera cuidado. «¿De dónde llegaría su desgracia? No era Magdy... Tampoco sus negocios de publicidad... Era...»

Se asió a un nombre, y volvió a suspirar. ¿Era posible que Julio?

El interior del taxi era como un gran baúl que hubiera guardado ropa vieja; basura. El periodista tuvo que bajar los cristales. Uno se escondió totalmente dentro de la ranura. El otro cristal no funcionaba, y en vano luchó por bajarlo. Llegó a oprimir violentamente la manivela..., como si golpeara a un enemigo...

Lucie se levantó de la cama, dejando a Julio con los ojos perdidos en la colección de «fotos» que cubrían las paredes. Abrió la tapa del gramófono, e hizo que la música de un tango llegara a los oídos de Julio.

—Es lo último que se canta en París —y Lucie manipuló en el lavabo.

Julio no hizo ningún comentario. Continuaba mirando las fotografías, y empezó a pensar que aquellos gimnastas que sonreían al lado de un trampolín, y los artistas vestidos de smoking, tenían algo que ver con Lucie y con aquella habitación.

—¡Qué extraño! —ahora Lucie se retocaba el pelo—. Hace más de una hora que marchó tu amigo. Tal vez ya no me traiga su novela —terminó diciendo, dando a su cara una expresión de malicia.

Ella estaba desnuda, y Julio observó el cuerpo de la bailarina. La miró a los ojos, y encontró en ellos una gran calma, y hasta una indiferencia natural. A Julio le parecía casi imposible que todo hubiera terminado.

—Debes levantarte —pidió Lucie, mientras se vestía—. Yo necesito ir a ensayar. ¡Oh, qué fastidio de ensayos! Tenemos media hora de gimnasia. Después hay que comenzar con las danzas. ¿Pero no te levantas? —concluyó, con una leve irritación de sus palabras.

Julio se levantó con pesadez, como si lo hiciera después de una larga noche de sueño. Empezó a lavarse.

—Estás muy bien de cuerpo —elogió Lucie—. ¿Haces gimnasia?

—No —respondió Julio cansadamente.

—Si pesaras más, estarías como éste —Lucie señaló un retrato, donde había un atleta de boca sonriente.

—¡No me interesa la gimnasia! —afirmó Julio, evitando mirar el retrato del atleta.

Lucie había terminado de vestirse, y se fue al diván. Julio lo hacía todo tan despacio que ella acentuó sus propósitos de quedar sola.

—Estoy esperando que me llamen por teléfono. El agente me ha dicho que seguramente me firmarán un contrato para trabajar en el Brasil. ¿Tú has estado en ese país?

Paró el gramófono, y añadió, al ver que Julio no respondía a su pregunta:

—Me han contado que es un sitio maravilloso. Muchos artistas regresan ricos.

Cuando Julio se ponía el gabán, ella se aproximó presurosa.

—¿Me das un beso? —y aunque era notable que mentía, añadió—: Yo iré a buscarte al restaurante.

La despedida se hizo en la misma habitación. Julio sintió cerrar la puerta con alguna prisa. Dentro quedaba ella con su vida desconocida y con unos retratos también desconocidos. Lucie ya no volvería a su encuentro, y, sin embargo, Lucie pudo ser su gran amor. Cuando se hallaban en el lecho, él estaba dispuesto a explicarla multitud de cosas..., pero Lucie se había cansado en seguida. La cosa ya estaba terminada.

## EL SEÑOR SAN JUAN PLANTEA LA CUESTIÓN

Cuando Julio entró en el saloncillo del «Hotel Miroir» se bailaba al compás de un vals, y los bailarines eran el joven Ramírez con la muchacha tímida y el periodista con Magdy. Julio saludó al periodista, encontrando en él escasa cordialidad. En cambio, Magdy lo recibió con verdadera alegría. Después del vals fue el joven Ramírez el que estrechó la cintura de Magdy para bailar un tango. Parecía que el periodista no se sentía molesto porque el joven Ramírez se llevaba a Magdy. Los vio danzar, y los sonrió confiado.

—Comprenderá usted —dijo a Julio— que lo de esta tarde es un poco desagradable. Enviarle por una novela...

—Estuvimos esperándolo —indicó Julio seriamente—. Ella dijo que tenía mucho interés por leer su libro.

—¡Pamplinas! —soltó el periodista, de mal humor—. ¿Cree usted correcto largarme en busca de una novela? Porque..., ¡vamos!, usted no habrá estado hablándole de la luna.

—Usted se marchó sin decirme nada. ¿Qué iba a hacer yo, sino esperar?

Julio puso una cara tan sincera que el periodista dio su opinión.

—Usted no tiene ninguna culpa de todo esto. Ha sido mi exceso de educación; debí darme cuenta de que esa señorita era una zorra vulgar.

El periodista hablaba tranquilo, lo que demostraba que lo de Lucie había pasado a la historia. Cruzó la mirada con el joven Ramírez, y lo hizo como un viejo amigo. El joven Ramírez obligó a Magdy a girar en dirección del periodista, y al llegar al sitio convenido explicó:

—Magdy ya domina el vals. Mañana empezaré con usted.

El periodista agradeció las palabras del joven Ramírez. Vio alejarse a la pareja; pero antes había protegido a Magdy con una mirada significativa.

—¿Sabe usted una cosa? —preguntó el periodista a Julio.

—¿A qué se refiere usted?

En lugar de responder, el periodista guiñó su ojo derecho, arrugó su espléndida nariz y tiró de Julio. En silencio, los dos llegaron hasta la escalera. En ese sitio dijo el periodista:

—¡Esta noche voy al «cine» con Magdy!

Julio significó su asombro, y el periodista le hizo andar dos pasos.

—También irá con nosotros la señora Lafont —fue la segunda noticia.

—Es usted un hombre de suerte. ¿Cómo ha conseguido esto? —preguntó Julio, dispuesto a seguir la comedia.

—Querido amigo —el periodista hizo un gesto misterioso—. Ahora vamos al salón, no sea que a Magdy le extrañe mi salida.

Efectivamente, Magdy miró a los que entraban, pero pareció que la mirada no era por el periodista.

Cuando el alemán que cuidaba del gramófono apartó la aguja del disco, Magdy se acercó al periodista.

—Voy a pedirle un favor —empezó Magdy, acariciándole las solapas de la americana—; invite a su amigo, y así mi madre tendrá compañía en el «cine».

El periodista tardaba en responder, y Magdy simuló que se incomodaba.

—Bien —balbució el periodista—. Iremos los cuatro. ¿Usted no tendrá inconveniente? —preguntó a Julio.

—Quisiera acostarme pronto...

—¿Por qué eso? —el periodista quería decir: «Hace usted muy bien en no acompañarnos.»—. Nada; usted nos acompañará al «cine».

—Es usted muy simpático —dijo Magdy por el periodista.

Después de este elogio, el periodista comenzó a sentir algo parecido a la emoción. Magdy se alejó, en busca del joven Ramírez. Se trataba de perfeccionar los pasos del vals.

—¿Por qué quería usted acostarse temprano? —preguntó el periodista, todavía bajo el influjo de las palabras de Magdy.

—Pensé que no le sería agradable mi acompañamiento.

—¡Qué tontería! —y el periodista miró furtivamente a Magdy—. Vamos a mi habitación —propuso de repente.

Salieron del salón, y Julio observó que el periodista se había cambiado de traje. En lugar del gris que llevaba en casa de Lucie, ahora vestía un flamante traje azul marino, al que acompañaba una corbata oscura, llena de lunares blancos.

—Quisiera que usted fuera franco conmigo —inició el periodista, una vez que cerró la puerta de la habitación—. Desde luego, lo de la francesita Lucie tiene tan poca importancia que si ahora lo recuerdo es por pura casualidad.

Julio escuchaba sentado; el periodista hablaba de pie, inclinado ligeramente hacia adelante.

—Para mí, usted es un excelente amigo —guardó unos segundos de silencio, y continuó—: Ahora quisiera saber si yo soy para usted lo mismo.

—¿Por qué me pregunta eso? —y Julio hizo ostensible lo impertinente de la pregunta—. ¿Ha notado algo que le haga sospechar?

—¿Sospechar? ¡Qué ingenuo es usted! ¿Qué interés iba yo a tener por esa zorra —después de aludir a Lucie el periodista se miró los pantalones y siguió recitando su papel—. Precisamente fui yo el que sugirió lo de buscar la novela.

Julio notó poca fortaleza en la explicación, asegurándose que el periodista debía de guardarle algún rencor. Le vio sonreír de un modo muy particular, y después de la sonrisa, el periodista abrió el armario y sacó una caja de cartón.

—He aquí mi compra. Me han costado caras, pero son estupendas.

El periodista mostraba cuatro peras del tamaño más grande que podía encontrarse en una frutería de lujo.

—Elija usted dos —invitó con toda formalidad.

Julio sólo cogió una pera.

—Vamos, tenga otra. Entre los dos debe haber una gran confianza. ¿No le parece?

Este «no le parece» sonó a hueco. Julio se sentó, teniendo en las manos las peras. El periodista guardó la caja, se volvió con lentitud y bromeó con alguna frialdad en la mirada.

—¿Qué hace que no se guarda las peras? Está usted para retratarlo... ¡Tendría mucha gracia que le vieran en esa postura!

En aquel instante el periodista estaba dispuesto a formular su gran pregunta. Quería dejar aclarado lo de Magdy. Pero su impulso fue batido por la idea de que su pregunta entrara en un terreno ridículo.

Para ir al cinema, Magdy se había puesto un traje de sastre. No se podía negar que su silueta ganaba en elegancia con ese vestido. El periodista se aproximaba a la hija del señor Lafont para aspirar un perfume regalado por él días antes. Aunque parecía que solamente se preocupaba de Magdy, más de una vez atisbo por el lado de

Julio. Le agradó que éste diera conversación a la madre de Magdy.

Al comenzar el espectáculo, Magdy preguntó:

—¿De dónde es esta música, monsieur Jean?

—¿Por qué me llama de ese modo? —respondió el periodista, sin preocuparse de lo de la música.

—¿Cómo quiere que le llame?

Magdy se aproximó tanto que el periodista articuló, emocionado:

—Llámeme Jean; solamente Jean.

Inoportunamente, Magdy se volvió del lado de Julio.

—Escuche, Magdy —pidió suplicante el periodista—. El señor Ramírez me ha dicho que usted ya baila muy bien.

Consiguió que ella le prestara alguna atención, y lanzó, en un verdadero suspiro:

—¡Si yo pudiera dominar el vals!

—Vaya usted a una academia —aconsejó Magdy.

—¿A una academia? —La película seguía su desarrollo—. Sí; tal vez vaya a una academia.

En la pantalla maniobraban buques de la escuadra norteamericana.

Después de esta demostración vino un desfile de cadetes de la Escuela Militar de West Point. El periodista se complacía en observar cómo muchos pantalones blancos movíanse matemáticamente. Al frente de los cadetes, y con el mismo paso marcial, el abanderado llevaba flotando al viento la insignia estrellada. Al periodista se le volvió la carne de gallina. Escuchando el himno de los Estados Unidos se aproximó a Magdy.

—¡Qué hermoso espectáculo!

—¿Ha sido usted militar? —preguntó Magdy, sin quitar los ojos de la pantalla.

—Naturalmente. ¿Qué había pensado usted? He servido en Caballería. Desnudo di noventa y cinco de tórax —terminó por declarar.

En el noticario cinematográfico salió un campeón de tenis; después, una casa de modas; luego, una sesión de la Sociedad de Naciones.

También hubo desfile de políticos europeos; las fieras de un parque zoológico, y, para final, una rubia patinando sobre una pista helada.

—¿Sabe usted patinar? —interrogó Magdy.

—No. Eso debe de ser muy difícil.

—¿Y su amigo? —preguntó por Julio.

—No lo creo. Es decir —agregó con molestia—. Nunca me ha hablado de ese deporte.

Magdy se interesó desde las primeras escenas de un film de gangsters. A los primeros disparos, Magdy se sobrecogió, y se inclinó del lado de Julio. Este movimiento fue advertido por el periodista, a pesar de la oscuridad. Igualmente notó como un suspiro. Un gran malestar se apoderó del periodista. Un malestar que le obligó a mirar reconcentrado el lienzo sonoro. En el curso de la película se volvió a Magdy, siendo inútil que repitiera la maniobra muchas veces. Aunque estas miradas le producían vergüenza, por lo que tenían de impertinentes, él no podía dominar su deseo de averiguar que Magdy debía de estar apretada a Julio.

«Basta ya —se dijo con cólera—. Esta noche es necesario dejar aclarada esta situación. He sido un imbécil en no decirle la verdad cuando lo de las peras.»

En el descanso salió primero el periodista, notando que Julio parecía rezagarse. No dio un paso hasta que Julio abandonó la butaca.

—¿Un cigarrillo? —invitó el periodista.

—No quiero fumar. He salido por no dejarle solo.

El periodista jugó con su cigarrillo, como pensando en algo extraño a las ganas de fumar.

—¿Por qué no se ha quedado en la sala? —y el periodista no parecía darse cuenta de lo absurdo de su pregunta—. Le hice señales de que saliera, creyendo que usted esperaba un pretexto para dejar a la vieja.

Para no contestar, Julio se puso a mirar unas fotografías. El periodista fue detrás, y preguntó:

—¿Qué le ha parecido el desfile de los cadetes de West Point?

—Una estupidez.

—¿Es que no le agradan las cosas militares? —interrogó el periodista, en el colmo de la extrañeza.

—En lugar de estos desfiles —aclaró Julio—, esa casa de películas debía fotografiar las barbaridades que hace Norteamérica en Nicaragua y en los demás países de América del Sur.

Sonaron los timbres, indicando el final del descanso. El periodista desistió de hacer más preguntas. Es decir, hubiera hecho solamente esta única pregunta: «Dígame: ;a usted le gusta Magdy?»

La despedida se hizo en la puerta del «Hotel Miroir». Ya solos Julio y el periodista, éste propuso:

—Voy a acompañarle un rato —y con el tono más lento, casi grave, continuó— : Tenemos que hablar.

Los primeros pasos se perdieron en la noche sin que ninguno de los dos añadiera nada nuevo. El suelo brillaba como un río de aguas oscuras y dormidas, y la noche iba a entrar en la madrugada, llena de frialdad y de silencio. El alma del periodista absorbió aquella soledad de las calles, encogiéndose como un pájaro aterido. Pero su cerebro estaba caliente,

dispuesto a polemizar. Vio cruzar a unos ciclistas de la policía, e incorporó esta escena a uno de los capítulos de su novela *París, Ciudad de la Luz*.

«Esto le dará mucho carácter», fue la definición que estuvo a punto de soltar en voz alta.

El periodista empezó a hablar de películas, de automóviles, de la «calefacción que se sentía al entrar en el hotel». Pero las palabras que utilizaba para esta conversación carecían de esqueleto; salían de su boca sin ningún sentido vital. Debía de influir en sus sentidos el color rojo, porque al contemplar el edificio del periódico *Le Matin* se empapó todo su ser a la vista del caserón colorado. La cuestión, la gran «cuestión», fue abordada inmediatamente.

—Esta tarde he querido preguntarle sobre algo que me interesa —hizo dos segundos de silencio, y continuó—: ¿Qué siente usted por la hija del señor Lafont?

Se quedó mirando de tal forma que hubiera sido inútil cualquier vaguedad. Julio contestó:

—No tengo que ver nada con Magdy —y preguntó—: ¿Es que es su novia?

En el rostro del periodista floreció una sutil sonrisa. Julio entendió el gesto, y aunque sabía que Magdy estaba muy lejos de amar aquella blanca nariz, elogió la cosa como es debido.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes? Tiene usted una gran suerte; la hija del señor Lafont es una preciosidad.

—Voy a explicarle —empezó el periodista— cómo ha sido todo. Esta tarde hablé con ella. ¡Magdy es tan rara! En fin, no quiero darle la pelma. Gracias por todo —y dio una palmotada en un hombro de Julio.

Se continuó la marcha en medio de un nuevo silencio. Aquella manera de explicarse que había usado el periodista encerraba su misterio.

—¿Vendrá usted mañana por el hotel? —preguntó, por puro formulismo—. Si le parece bien, puede visitarme. Ahora, buenas noches. Antes de acostarme

quiero trabajar en mi nueva novela. ¿Sabe usted cómo la voy a titular? —y antes de que se le respondiera, reveló—: Se titulará *París, Ciudad de la Luz*.

Julio cogió una mano que le ofrecía el periodista, la estrechó sin ninguna cordialidad y, andando en sentido contrario, enfiló la calle solitaria.

Si hubiera vuelto la cabeza, habría observado cómo el periodista, después de detenerse, miraba pensativo por el sitio que él iba caminando.

## EL POEMA DE «LA ETERNA FELICIDAD»

Llegó hasta cerca de su hotel; pero entonces cambió la idea de meterse en la habitación por la de entrar en un café de la plaza Pigalle. Se sentó con el abrigo puesto, como si el quitarse aquella prenda fuera para él un gran esfuerzo. Algunas mujeres buscaron su mirada. Julio demostró su deseo de que se le dejara en paz. Sin pensar, sin apenas mirar a los otros, permaneció sobre el asiento. Tomó el café frío. El camarero le había traído el servicio, le había llenado el vaso, y él no reparó en que el café empezaba a enfriarse. Este café era el cuarto de aquel día. Dos había tomado en compañía del periodista. El periodista le habló de su nueva novela, de Magdy, de los cadetes de West Point...

Reflexionó que lo más acertado era no volver por el «Hotel Miroir». Ahora se confirmaba lo estúpido de su marcha de Saint-Nazaire. Reconoció que Orlando era muy superior al periodista, al millonario Fermín Gutiérrez y a los habitantes del «Hotel Miroir».

Miró el vaso, con su contenido de café, abandonado definitivamente. Cuando levantó los ojos reparó en un hombrecillo que con una carpeta bajo el brazo acercábase a las mesas ocupadas. Delante de los clientes abría su carpeta y mostraba unos dibujos. Pero la gente le despedía con gestos negativos. Le llegó el turno a Julio, y repitió el procedimiento de abrir la carpeta. Julio no aceptó el hacerse una caricatura. En lugar de alejarse, el dibujante se quitó un sombrero arrugado, y suspiró:

—Déjeme que le haga la caricatura —pidió casi con humildad—. Usted me dará lo que quiera.

—No se moleste —indicó Julio, sin ganas de nada.

—No sea usted como éhos —y señaló a los de las mesas—. Hay que proteger el arte.

El dibujante echó un vistazo al vaso de café. Pareció que pretendía sorberlo con los ojos. Llevaba el gabán raído de tal forma que todo eran hilillos y zurcidos. Al accionar descubrió que no usaba camisa. Una bufanda verdosa cubría el cuello, confundiéndose el color de la bufanda con la barba de varios días, que le oscurecía el rostro demacrado. El dibujante se puso el sombrero; pero demostraba las pocas ganas que tenía de tomar la calle.

—Tiene usted un gran perfil —deslizó el dibujante—. Si usted quiere, es cosa de segundos. Además, yo no pido mucho dinero.

Julio torció el gesto, y el dibujante reincidió con una tenacidad lamentable.

—Aunque sólo sea por un café. Quisiera calentararme el estómago.

Julio le señaló un asiento, y llamó al camarero. Al tener en la mesa el vaso colmado de café humeante, el caricaturista se echó el sombrero hacia la nuca; después se entretuvo en azucararse el café. Lo bebió rápidamente, y sacando un pañuelo, que parecía un trapo de cocina, se limpió con calma.

—Esto está cada día peor. En París solamente triunfan los que claudican. Los rebeldes nos encontramos sin dinero. Es cierto que tenemos libertad; sin embargo, es necesario resistir.

—¿Gana usted mucho con las caricaturas? —interrogó Julio, como si no se diera cuenta de que su pregunta resultaba una burla.

—Nada de eso. Gano poco. Y lo peor es que estoy casado y tengo dos hijos. Muchas noches nos acostamos sin haber cenado.

Al sonreír, el dibujante enseñó unos dientes sucios y cavernosos. De la manga derecha le colgaban pellejos de tejido.

—¿Es usted italiano? —preguntó a Julio.

Al enterarse de que Julio era español, explicó:

—Cuando gane dinero haré un viaje a su patria. Creo que allí la comida está muy barata. ¿Es verdad?

—Por lo menos más barata que en Francia.

El dibujante habló del dinero y de los alimentos con un interés que resultaba dramático oírselo en aquel momento. Julio evitaba que sus miradas cogieran el aspecto que ofrecía el sombrero y el gabán del dibujante.

—Tengo un amigo que ha estado en España —descubrió el artista—. Es un luchador, y hace muy buenos versos. Ha escrito un poema que se titula ¡La Eterna Felicidad! Pero para triunfar hay que resistir.

—¡Ciento! —afirmó Julio, casi conmovido por la ruina soñadora del dibujante.

El artista rebuscó en uno de los bolsillos del gabán; sacó el forro, y, al sacudirlo, cayeron al suelo algunas partículas de tabaco. También quitó de las junturas del forro un hilo de basura gris.

—¿Tiene usted un cigarrillo? —solicitó, después de embutir el tejido del bolsillo.

Julio hizo ademán de que no tenía tabaco. El dibujante se puso triste, pero esta tristeza se alejó inmediatamente. Julio se acordó del purito que le había regalado el millonario. Lo extrajo del chaleco y lo entregó.

—¡Qué cosa más fina! —comentó el dibujante—. Muchas gracias.

Encendió el cigarro, fumó ávidamente y contempló el vaso vacío.

Aún quedaba una cortina amarillenta. Se llevó el vaso a la boca y bebió gozoso.

—Le voy a dejar a usted. Daré una vuelta por otros cafés. Hay que continuar la lucha —otra vez la sonrisa de sus dientes deplorables—. Mi amigo, el poeta que ha escrito La Eterna Felicidad, tiene un poema que empieza de esta manera:

Ella tiene los ojos azules...

Y siempre que los miro los encuentro lejanos y desconocidos.

El dibujante echó a andar, merodeando por las mesas. Ellos y ellas estaban ocupados en cosas ajena al arte deficiente del artista. A pesar de este fracaso, el hombrecillo de las caricaturas miró a Julio para decirle adiós, agitando la carpeta de los dibujos. Cerca de la puerta sonrió por última vez y desapareció.

2

Después de la marcha del dibujante, Julio encontró el café detestable. Pagó al camarero y salió. En la calle se acercó un tipo, mostrándole un sobre.

—Escuche, señor; tengo el amor en cuatro posturas.

El vendedor sacó del sobre unas postales.

—¡Las vendo muy baratas! ¡Quince francos las cuatro!

—No me interesa —y Julio apretó el paso.

El hombre marchó detrás. Empleó su último recurso.

—¡Observe esta fotografía! ¡Vaya, doce francos! ¿Está bien?

Julio no respondió. Cruzó la calle rápidamente, y el vendedor quedó con el sobre en una mano y las fotografías en otra. Todavía esperó una vacilación de Julio. Pero esta esperanza se vino abajo en cuanto el vendedor observó que Julio se alejaba cada vez más.

De seguir la discusión, él hubiera dejado «el amor en cuatro posturas» en diez francos. Puede que en ocho francos. Desde luego, ni un céntimo menos de este último precio.

## VIII

### SABINO FERNÁNDEZ, AGENTE DE NEGOCIOS

#### 1

Para suprimir el gasto del almuerzo, Julio se levantó a las seis de la tarde. No apareció por el «Hotel Miroir». Destruido todo aquel aparato de la publicidad, a Julio no le quedaban ganas de ver al periodista. Si acaso, un débil recuerdo venía de la mano de Magdy. De la noche anterior guardaba las preguntas del periodista acerca de la hija del señor Lafont. Otro recuerdo era el conocimiento que había tenido con el caricaturista del café.

Julio marchaba despacio, a pesar de una lluvia fina que descendía de un cielo turbio. Llegó a estar muy cerca de un portal; leyó un letrero que anunciaba un hotel, y sintió que un ligero temblor invadía su cuerpo.

No tuvo voluntad para alejarse de aquel lugar, y entró en un pequeño café que había enfrente del hotel. Tomó asiento junto a un ventanal, descorrió un visillo amarillento y miró la fachada de la casa de enfrente. En aquella casa vivía Lucie.

Del portal salió un hombre envuelto en un impermeable. En ese momento, Julio pensó si no habría llegado la ocasión de escribir a Madrid y solicitar dinero. Pero, con la cantidad pedida, llegaría una carta escrita por su hermano. En esta carta se le hablaría de las buenas costumbres, con esa dialéctica que su hermano empleaba en las conversaciones. Al estar en Madrid escucharía a sus padres cosas de gran trascendencia, como, por ejemplo, la descripción del argumento de la última comedia de Muñoz Seca. Para final, su hermano dejaría flotando en la reunión su frase conocida de «Esto es una cosa muy turbia».

Julio se preguntó por qué en un hogar tan exacto, donde las preocupaciones no eran europeas, sino madrileñas, había nacido un hombre como él. Como de costumbre, mezcló en estos pensamientos su vida de Saint-Nazaire. «¿Qué haría Louise en aquellos momentos?» A Orlando lo adivinaba jugando a las cartas en el «Café des Colonies».

Miró el balcón que daba a la alcoba donde había de dormir Lucie aquella noche. Bajó la vista hasta tropezar con el letrero del hotel, y, por último, contempló el suelo de la calle, iluminado débilmente por las luces grises de los faroles. A dos metros del hotel de Lucie había parado un taxímetro.

El chófer miraba impasible, a través del parabrisas, cómo caía una lluvia continua.

—¡Eh! —dijo Julio con una voz velada.

Se acercó el camarero; pagó y salió del café. Ahora se trataba de encontrar un restaurante de ocho francos cubierto, con pan a discreción.

El dueño del hotel llevó una factura a nombre de Julio Montana.

Ascendía la cuenta a 140 francos. El dueño, con la factura en una mano, subió la escalera de su propiedad, y delante de la puerta número 32 produjo unos golpecitos. Del interior llegó un ruido, que daba a entender que Julio se levantaba de la cama. En cuanto abrió la puerta, el dueño se anticipó con estas palabras:

—Monsieur Montana: será necesario que abone usted esta nota. Observe: son 140 francos.

—Guárdeme esa factura unos días —en su cabeza había aún restos de sueño— . Espero que me envíen dinero de España.

El patrón frunció sus enormes cejas. Conocía el argumento «del dinero que había de llegar de España» por otro cliente que se fugó del hotel sin abonar la factura. Aquel extranjero se había largado incluso llevándose el equipaje. De todo esto el único culpable fue el dueño del hotel, al consentir ciertas cosas. Aquel cliente abandonaba el hotel por las mañanas con el cuerpo extrañamente abultado. De haberlo registrado, el dueño hubiera descubierto cómo aquel cliente llevaba bajo la trinchera dos magníficos pantalones y dos chaquetas; y detalle de hombre distraído: aquel caballero se había puesto encima de la camisa una segunda camisa.

El dueño dejó estos recuerdos, y preguntó a Julio con una voz respetable:

—¿Cuándo recibirá usted ese dinero?

—¿Mañana es lunes?

—Sí, señor; mañana es lunes —afirmó el dueño, de mal talante, creyendo que allí había algo de broma.

—La próxima semana cobrará usted la factura. Creo que dentro de cinco días.

El dueño notó que Julio hablaba con un sentido poco real. Aquella vaguedad le hizo preguntar:

—¿Por qué dice usted que cree? ¿No está seguro de recibirlo?

—Naturalmente, el martes o el miércoles cobrará usted.

El dueño miró en redondo, notando el escaso vestuario de Julio. Movió los gruesos hombros y se despidió:

—Bien. El miércoles subiré a cobrar —y abandonó la habitación.

Julio cerró la puerta, regresó a la cama y se dejó caer como un fardo. En la mesa de noche tenía tres francos. Junto al armario estaba tirado un periódico, que envolvía restos de la cena que había tenido lugar la noche anterior.

Ahora pasaba hambre, y la comida la hacía en la habitación.

Los alimentos eran pan, mantequilla o chocolate. Sus labios eran los que padecían el efecto del pan. Los tenía resecos y cortados.

Dejó la cama para pasear por la habitación. Una vez abrió el armario y sacó otra novela dedicada por el periodista. Sin que para él tuviera alguna importancia, Julio leyó en la primera página: «A Julio Montana, hombre original y atrevido. En este París, que es para los artistas españoles su segunda patria. El Autor.»

3

Era la segunda vez que Julio entraba en aquella casa.

En la puerta existía la misma chapa dorada, en la que se anunciaba:

*Sabino Fernández*

*Agent d’Affaires*

Julio llamó. Tenía pocas esperanzas de que esta visita tuviera un efecto práctico. Sin embargo, era necesario obtener algún dinero. Hacía cuatro días que se alimentaba de pan y mantequilla. Pasaba hambre y un intenso frío, que le hacía tiritar cuando deambulaba por las calles mojadas.

—¿Puedo ver al señor Fernández? —preguntó a una criada.

—El señor Fernández está comiendo.

—En ese caso, esperaré —y Julio entró decidido—. Diga que está aquí su amigo Montana.

La criada le dejó en un gabinete, y Julio recordó haber estado en aquel sitio en el verano de su llegada a París. Se dio cuenta de que estaba sentado en un sitio donde había demasiada luz para su traje arrugado y sus zapatos deficientes.

Sin hacer el menor ruido se colocó en una parte donde la penumbra cubría el aspecto de su ropa.

—¡Amigo Montana! —gritó desde la puerta el señor Fernández.

Aparecía el agente de negocios con la brillantez de haber celebrado una excelente comida. Enseñó una figura cuidada y resplandeciente. Allí estaban presentes treinta y ocho años despreocupados y despiertos. Poco pelo en la cabeza; pero en cambio, unos ojillos que llegaban siempre más allá de las cosas.

Desde el instante que se entraba en su casa, que se recorrían las habitaciones y que se oía el tono de su voz, cualquiera percibía que en la vida de Sabino Fernández existía un misterio. Julio sospechaba de este misterio; pero sus ideas se reducían a obtener del agente de negocios el dinero con que pagar la cuenta del hotel.

—¿Ha estado fuera de París?

—Sí —respondió Julio—. Ahora, que todo me ha salido malamente —terminó, con ánimo de enfocar la cuestión al motivo de su visita.

—¿Negocio? —indicó el señor Fernández, con un dejo indefinible.

—Trabajos de publicidad. He acompañado al enviado de una revista asturiana. Yo percibía el veinte por ciento de los contratos.

—¿Y han ganado muchos francos?

—Muy pocos; la publicidad está muy mal.

Al otro lado de la puerta hablaban dos mujeres. El agente de negocios prestó atención al diálogo y se levantó:

—Perdone un momento. Voy a despedir a mi mujer.

Al aparecer de nuevo, preguntó a Julio:

—¿Quiere tomar café?

—Gracias —dijo Julio, con ganas de no alargar la visita.

—Pues pierde usted la ocasión de tomar un excelente café. Fuera de casa yo no bebo más que agua mineral. Ya no está mi estómago para bromas.

Julio se preparó para formular su petición. Observó al señor Fernández y dio comienzo.

—Temí no encontrarlo al venir a su casa.

—¿Pensaba usted que me hubiera mudado?

—Sí; no sé por qué, me pareció que usted viviría en otra parte... Hoy mismo, al salir del hotel...

—Pero dejar esta casa —interrumpió el agente— hubiera sido una barbaridad. En cualquier otro sitio tendría que pagar doble de lo que pago aquí.

—Yo no estoy mal en el hotel donde vivo... Me encuentro a diez minutos de la Opera —Julio quiso acabar en ese momento—. En París los hoteles son muy caros. Yo pago veinte francos por una habitación que en Madrid me costaría tres pesetas.

—¡Madrid! —y el señor Fernández dio calidad a su exclamación—. Hace ocho años que faltó de España.

—España marcha algo retrasada —empezó Julio de nuevo—. Pero allí se conoce gente, tiene uno amigos.

—¿Tiene usted mucho que hacer? —y el agente de negocios miró su reloj de pulsera.

—Hoy es domingo —aclaró Julio, ya desalentado del rumbo que había tomado la conversación.

—Entonces, acompáñeme. Vamos a ver —se le acercó discretamente— a mi amiga. Ahora perdone que salga un minuto.

El agente de negocios salió del gabinete, y Julio decidió que en cuanto apareciese el señor Fernández le plantearía la dichosa petición. Se contó a sí mismo: «Señor Fernández: estoy en un verdadero compromiso. Si no pago la

cuenta del hotel, el dueño me denunciará a la policía. Hoy he tenido una escena violenta, etc.»

—¿Vamos? —dijo al aparecer el agente de negocios.

A Julio le faltó el valor, pero le consoló el pensamiento eje que paseando podría explicar su estado económico.

—Mi amiga —empezó el señor Fernández, bajando la escalera— es una excelente muchacha. Calcule usted que hace seis años que nos conocimos. Es tan discreta que nunca ha dado motivo para que se enterara mi mujer de esta aventura.

En la calle se esperó a que cruzara un taxi. Julio dominó un ligero estremecimiento.

—Quisiera confesarle una cosa— indicó, inseguro.

—¿De qué se trata? —preguntó el señor Fernández, subido en el borde de la acera. Pareció que sus ojillos habían sufrido un achicamiento. Julio creyó que el agente se ponía en guardia, pero no iba a callarse ahora, que ya le era fácil continuar.

—Hoy me ha dicho el dueño del hotel que si el martes no le abono la cuenta de la semana me denunciará a la policía.

—¿Y usted hace caso de esa amenaza? —fue lo único que se le ocurrió responder al agente de negocios.

—Es que el dueño me ha hablado seriamente —argumentó Julio, para entibiar la frialdad del señor Fernández.

—¿Cuánto debe usted?

—Ciento cuarenta francos.

El señor Fernández iba a contestar, cuando surgió el esperado taxi. Mandó parar, dio unas señas y subieron.

—Hoy —declaró Julio— no he probado nada. Si usted me presta algo, iré a un restaurante.

—Eso no está bien. Un hombre hambriento es incapaz de resolver nada interesante. Cuando lleguemos al café pida usted unos bocadillos.

—No he podido afeitarme —añadió Julio—. No cortaba la hoja.

El agente de negocios se echó a reír, demostrando que el suceso le hacía mucha gracia.

Julio percibía el ambiente con alguna tranquilidad. Aunque su estómago continuaba en el mismo estado de abatimiento, la invitación que le habían hecho de comer bocadillos surtió en él un efecto animador.

—Yo creo —opinó Julio— que no es muy difícil conquistar París. Lo importante es entrar en su mundo.

El agente de negocios entornó la vista, acogiendo aquellas palabras con una sonrisa impregnada de dudosa benevolencia. Exteriormente no dijo nada; pero en su cabeza debió de fraguarse algún comentario acerca de Julio.

En el ánimo de Sabino Fernández debió de influir que Julio cayera simpáticamente al ser presentado. Le agradó que su amiga encontrara una inofensiva distracción, que pusiera un poco de entretenimiento en aquellas citas.

Cuando Julio había consumido la merienda, entró en el café un señor que andaba cojeando de la pierna derecha.

El agente de negocios lo presentó como un capitán retirado, que había hecho toda la campaña de la guerra europea. El capitán tenía aspecto de hombre fuerte. Su cabeza cuadrada incrustábase en un cuello de toro. Sus manos, cuidadas y poderosas, reposaban sobre sus nalgas redondas. En la solapa tenía una cintita roja, que se destacaba como una estría sangrienta en su traje

oscuro. A partir de la entrada del capitán, Julio quedó algo aparte. En aquella tarde escuchó por primera vez el nombre del financiero Samuel Gerard. Este señor fue sacado con frecuencia a lo largo de la conversación.

El capitán solamente permaneció en el café un cuarto de hora. Se despidió ofreciendo una mano cuadrada, y salió con su cojera de inválido.

El agente de negocios llamó al camarero y pagó las consumiciones, incluso la del capitán. Salieron los tres, y el agente dejó a su amante en un cinematógrafo.

—Vamos ahora hacia la Opera —dijo Sabino Fernández, cogiendo a Julio por un brazo—. La cita es a las cinco en punto.

Julio no se enteró con quién era la cita, pero esto, para él, no era de gran importancia. Estaba tranquilo en lo que tocaba a la factura del hotel. Todavía no tenía el dinero; pero aquella manera de tratarlo que usaba el agente de negocios le sugería un buen presentimiento.

—Ese capitán que ha estado con nosotros —indicó Sabino Fernández— es un hombre excelente. Se relaciona con todo lo que brilla en París. Es necesario que usted se trate con gente de esta clase. Ellos pueden abrirle todas las puertas.

Julio aprobó sonriente. No pudo aguantar esta contestación:

—Estoy seguro que en cuanto me relacione con gente de importancia podré resolver mi vida. Lo difícil es resistir.

—No hay que asustarse. Yo llevo en París algunos años, y llegué a esta ciudad con dinero para vivir veinte días. Además, yo tengo que mantener a dos mujeres. Mi señora, por un lado, y Gaby, por otro, no tienen más preocupaciones que pedirme dinero para vestidos y sombreros. El agente señaló la portada de un bar americano.

—¿No ha estado usted aquí?

—No. Supongo que esto será un sitio muy caro.

Julio observó que en la puerta había un empleado con anchos galones dorados, que le circundaban la gorra de plato y las bocamangas de un abrigo que casi rozaba el suelo.

Sabino Fernández eligió un sitio al fondo del bar.

—¿Quiere usted un cóctel? —preguntó el agente al ver que llegaba el camarero.

Julio aceptó la bebida, haciendo esta observación:

—¿Espera usted a algún amigo?

—Espero a la mujer de un embajador.

Como Julio mostrara alguna sorpresa, el agente de negocios se congratuló de haber provocado aquella extrañeza.

—Se ha separado del embajador hace un mes —sus ojillos brillaban reveladores—. Ahora está con un financiero; un tal Samuel Gerard. Esta misma noche le presentaré a él.

Julio injirió el licor, que invadió su cuerpo como una llamarada.

—Me citó en este sitio —reveló Sabino Fernández— porque a este bar no vienen ni su marido ni el financiero.

Observó a Julio con algún detenimiento, y preguntó:

—¿Qué edad tiene usted?

Al oír que Julio confesaba sus veinticuatro años, Sabino Fernández explicó:

—Le voy a dar un consejo; usted debe buscar una vieja que tenga dinero. Un amigo mío es el amante de una señora que tiene más de sesenta años. Este loro —seguía refiriéndose a la señora— obliga a mi amigo a asistir a los estrenos que se celebran en París.

En el bar entró una pareja compuesta por un viejo elegante y una jovencita. Julio vio sentarse la grácil silueta, y sintió una tristeza inoportuna.

El agente de negocios pidió otros dos cócteles.

—No quiero beber más —y Julio parecía pensativo—. Casi estoy borracho.

—Espero que sea obediente —respondió el señor Fernández, y señaló al camarero que podía traer lo pedido.

La que había sido mujer de un embajador se destacó en la puerta. Descubrió la mesa de Sabino Fernández, y avanzó con su alta figura. En Julio produjo una grata impresión la rubia cabeza de la dama. A poco de sentarse, la dama contempló a Julio con unos ojos poblados de cosas desconocidas. En la mirada había un gran cansancio.

—Las cosas de su país parece que no marchan bien. El fusilamiento de esos dos capitanes me ha producido mucha emoción.

Como Julio no tenía noticia de este fusilamiento, Sabino Fernández hizo un breve relato del levantamiento de Jaca hasta llegar al fusilamiento de los capitanes Galán y García Hernández.

La dama no llegó a estar con ellos más que unos minutos. El señor Fernández la acompañó hasta la puerta, y regresó con una cara reveladora de que su conquista llevaba buen camino.

—Ese periodista amigo suyo —ya habían hablado del señor San Juan—, ¿es hombre inteligente? Quiero decir si se trata de un tipo despierto.

Instintivamente, Julio receló que debía elogiar a su antiguo colaborador. Contestó dando a sus palabras un aire profesional.

—Es un hombre hábil, pero no ha tenido suerte en París.

—¿Podría encontrarlo en estos momentos?

—Creo que sí —y Julio pensó en el salón donde se bailaba.

—Entonces vamos en su busca.

Sabino Fernández echó en la mesa un billete de cincuenta francos. Se guardó la vuelta, y después de saludar al barman y de despedirse del portero de la gorra galoneada, tomó un taxi, en el que dejó que Julio entrara primero.

—¿Qué he de decirle a mi amigo? —preguntó Julio.

—Se trata de publicar unos artículos en periódicos de Valencia —y como pensando en una nueva idea, continuó—: Es mejor que hable yo con ese señor. Esperaré dentro del taxi.

Antes de llegar al «Hotel Miroir», Sabino Fernández añadió este detalle, sabiendo la importancia que tendría para Julio:

—Usted percibirá una buena comisión.

Encontró en el saloncillo a todos, menos al que buscaba. Magdy acudió presurosa.

—¿Qué le ha ocurrido? Hace días que no viene por aquí.

—He estado enfermo— Julio giró los ojos por el saloncillo y preguntó—: ¿y el señor San Juan?

—Está en su habitación.

Julio se despidió de Magdy, saliendo en busca de la escalera.

—¿Se puede? —dijo, a punto de abrir la puerta.

El señor San Juan notó con agrado que le hablaban en español.

—¡Adelante! —gritó con júbilo.

Julio halló al periodista envuelto en un batín verde.

—¿Usted por aquí? —preguntó, todavía sorprendido de la visita.

—Póngase la americana y baje conmigo —el periodista escuchaba con los ojos abiertos—. Lo buscan para un negocio. Creo que es para publicar unos artículos en periódicos valencianos.

El periodista se quitó el batín, y Julio enredó más la cosa.

—Conocerá usted a la mujer de un embajador. ¿Qué piensa usted? Yo no he parado desde el día que nos sepamos. Abajo nos esperan en un taxi.

El periodista se puso la americana y el gabán. Era como si después de un gran sueño despertara a la realidad. Cogió un flexible, y antes de abrir la puerta señaló hacia la mesa donde había un montón de papel.

—Ya estoy en la cuartilla sesenta y cuatro —y levantando el tono, terminó—: Mi novela va a dar mucho juego. Ya verá usted...

Descendieron los pocos escalones sin prestar la menor atención al jaleo del entresuelo. En la calle, Julio señaló el taxi, y abrió la puerta para que entrara el periodista. Las presentaciones se hicieron sin ninguna comodidad, y entonces el agente de negocios expuso este programa:

—Se trata de que aparezcan en periódicos de Valencia unos artículos que digan poco más o menos: «El gran financiero francés Samuel Gerard tiene el propósito de visitar estas regiones, para hacer efectiva la compra de toda la producción de naranja.»

—¡Pero ese Samuel Gerard debe de tener muchos millones! —comentó el periodista.

—Naturalmente —apoyó Julio, dándose cuenta de lo banal de la exclamación.

—Usted enviará esos artículos a Valencia y Alicante —el agente de negocios exponía fríamente su programa—. Diga a los directores que no le interesa cobrar esas colaboraciones, y de esa manera darán rápidamente sus trabajos. No olvide que la rapidez es lo que más interesa en estas cuestiones.

—Si le parece bien —el periodista sintió un ligero sudor en las palmas de sus manos—, esta misma noche escribo esos artículos.

—Perfectamente —elogió Sabino Fernández, sin demasiado calor—. Ahora conocerán ustedes al financiero Samuel Gerard. Es un hombre que tiene una clara visión de los negocios. Ha realizado grandes empresas en Europa, en África, y, sobre todo, que acierta siempre en los negocios que emprende.

El periodista miró complacido. Ya era una verdadera prisa lo que tenía porque parara el auto. Una prisa que empezaba a alterar sus nervios.

—Quiero hacerles una última advertencia —señaló Sabino Fernández—. Es necesario que hasta que esté totalmente realizado este negocio guarden ustedes el más absoluto silencio.

Samuel Gerard despachó el informe de los artículos en menos de quince minutos. Escuchando a aquel caballero de las finanzas, el periodista comprendió fácilmente que un hombre así tuviera que dirigir grandes empresas. Otra deducción hecha por él era que el financiero había tenido buen ojo al elegir a un hombre de su clase para hacer efectiva la compra de la naranja española. Por otra parte, era admirable la soltura que demostraba el financiero en ofrecer su magnífica pitillera de oro para regalar cigarrillos fabricados especialmente para su consumo. Samuel Gerard les enseñó parte de su lujosa residencia. Detrás del dueño de la casa iba primero el periodista; luego Julio, y sin gran curiosidad por las palabras del financiero, quedaba rezagado Sabino Fernández. La visita se dio por acabada en la sala de juego. Samuel Gerard tenía hasta este detalle de hombre mundano. Jamás hubiera adivinado el periodista que un financiero tuviera en su casa una ruleta de casino, tapete verde y montoncitos de fichas con las cifras esmaltadas en oro. Como cosa singular, tomaron todos asiento alrededor de la mesa. Otra vez

brilló la pitillera de los largos cigarrillos. Con el tabaco recién encendido se escuchó a Samuel Gerard:

—¡Vamos, señores! ¡Juguemos un instante! ¡Ya pueden hacer sus posturas!

El financiero imprimió velocidad a la ruleta, observando ligeramente que Sabino Fernández colocaba diez francos a pares. El periodista imitó al agente de negocios, y puso quince francos a rojo. Se dio cuenta de que Julio no hacía ninguna postura, y le dijo al oído:

—¿Hacia dónde marcha usted? —y el periodista no ocultó el deseo de terminar allí mismo.

—¿Yo? —exclamó Julio, como si no encontrara natural esa pregunta.

—Es que estoy invitado a cenar con Magdy —¡con qué acento dijo esto!—. Resulta que se han empeñado en que los acompañe a cenar.

Julio no respondió nada.

—Me agrada muy poco comer entre viejos —todavía estiró su argumento—. Ha sido Magdy la que me ha obligado. Ella no piensa lo molesto de estas cenas.

Julio continuó callado, y el periodista contó hasta quince pasos.

—Me ha dicho usted en la sala de juego —el señor San Juan estaba dispuesto a vender aquel mutismo— que sólo tenía una pieza de dos francos. ¿Me permite que le deje algún dinero?

El periodista buscó en la acera un poco de luz, y contó hasta cuarenta francos.

—Esto —y entregó el dinero— es hasta mañana, que arreglemos lo de ese financiero.

Ahora era imprescindible alejar a Julio del «Hotel Miroir». Por lo tanto, el periodista expuso su intención:

—No hace falta que venga por el hotel. Mañana por la tarde le espero en el «Café de Madrid». Estaré a las cuatro en punto.

Se reanudó la marcha; pero el periodista sintió vagos temores de que Julio apareciese delante de Magdy. Se contempló los botines con mirada agresiva, y no levantó los ojos hasta hacer esta pregunta:

—¿Va usted hacia allá? —y señaló el rumbo contrario al que conducía al «Hotel Miroir».

No era el camino que le convenía a Julio; sin embargo, mirando al periodista, presintió todo el proceso que había allí dentro.

—Precisamente ésa es mi dirección.

Se despidieron, y el periodista echó al aire la nota clara de sus botines. Unos minutos después tenía lejos el «fantasma» de Julio. Suspiró feliz, con un contento excesivo. Para que su imaginación pudiera trabajar, se paró en una esquina. Con una gran suerte, empezó a murmurar: «Ha llegado la hora de una efectiva aproximación entre España y Francia.»

«Un hombre trabajador, un espíritu abierto a todos los horizontes, capaz de muy grandes empresas, visitará nuestra patria muy en breve, con el fin de prestar su colaboración en un negocio magno, que ha de reportar pingües beneficios a los agricultores de la región...»

Medio chiflado por aquella facilidad que habría de permitirle escribir rápidamente sus artículos, el periodista apretó el paso y cruzó calles, sorteó automóviles y desapareció en la grandeza nocturna de París.

Aquella noche, Julio regresó al hotel completamente borracho. Se tumbó en la cama, pero no pudo conciliar el suelo. Abrió la ventana, y respiró el aire húmedo de la noche. La calle estaba encalmada en multitud de silencios. Estuvo asomado hasta que escuchó el ruido de chatarra que produjo un taxi. Cuando había cerrado la ventana llenó el lavabo de agua caliente. Sacó del

armario una camisa que yacía arrinconada junto a unos calcetines inservibles, la hundió en el agua del lavabo y esperó a que la tela adquiriese blandura.

El alcohol que todavía anidaba en su cabeza le hizo empezar el enjabonamiento sin ninguna habilidad. Contempló la mugrienta camisa y la empujó al fondo del lavabo. «El agua era como un charco formado por una enorme tristeza.»

Julio hizo un esfuerzo para poder continuar el trabajo. Sin embargo, él era capaz de hacer algo fundamental, algo superior a aquel enjabonamiento que le coronaba las manos de una espuma miserable.

## NUEVAS DISCUSIONES

## 1

La cita era a las cuatro, pero ya eran las cinco, y aún no había aparecido el periodista en el «Café de Madrid». A las cinco y media Julio salió del café para dirigirse al «Hotel Miroir». Cuando iba a entrar en el saloncillo, el señor Lafont le llamó desde su pupitre.

—El señor San Juan —expuso el dueño seriamente— me dio esta carta para que se la entregase a usted. También me dijo que no vendrá al hotel hasta la hora de acostarse.

Había un tono tan ceremonioso en las palabras del padre de Magdy, que Julio sospechó el que hubiera sucedido algo. Con la carta en una mano entró en el saloncillo, notando inmediatamente la frialdad con que le saludaba el joven Ramírez. Fue al rincón donde estaba la mesa de escritorio, y de espaldas a los alemanes y al joven Ramírez —aún no habían aparecido las mujeres—, abrió el sobre para leer estas líneas que le dirigía el periodista:

«Señor Montana: Sin duda, usted se ha equivocado al buscarme a mí para realizar los trabajos solicitados por ese señor Gerard. Quiero pensar que usted me ha llamado ignorando que ese financiero es un mal sujeto, demasiado conocido en los tribunales de justicia.

»Utilizo este medio de comunicación por parecerme el menos violento. Por otra parte, como es posible que regrese a España en esta misma semana, me despido de usted, deseándole muchos éxitos en esta hermosa ciudad.

»Saludos de

Pedro San Juan.

»P. D. Puede usted estar seguro de mi absoluta discreción.»

Su primer deseo fue abandonar el «Hotel Miroir». Era muy cierto que el periodista había comunicado a toda aquella gente algo desfavorable sobre su persona. Otra cosa cierta era que el periodista se hallaba en su habitación esperando la noticia de que el visitante, después de leer la carta, había abandonado el hotel con la cabeza baja.

Julio dio la cara al joven Ramírez. Este hablaba con los alemanes, pero miraba de reojo los movimientos de Julio. Sin duda, era ésta la absoluta discreción de que hablaba el periodista en la carta.

Julio siguió impasible en su rincón. Demasiado sabía que todos esperaban su huida; pero esta misma idea lo hizo permanecer apoyado en el escritorio.

La situación se agravó al aparecer el señor Lafont. El padre de Magdy no entró en el saloncillo, sino que desde la puerta lanzó una mirada hacia el sitio de Julio. Después de esta significativa mirada, el señor Lafont dio media vuelta y desapareció.

Ahora el joven Ramírez levantó la voz de forma que sus palabras llegaran perfectamente a oídos de Julio.

—Lo de España no tiene ninguna importancia —decía a los alemanes—. Con esos dos fusilamientos todo quedará tranquilo.

Julio se acercó lentamente. Profirió algo nervioso:

—Según mi opinión, esos dos capitanes son dos héroes, y Alfonso XIII es un perfecto degenerado.

Este final fue fulminante en el cuerpo del joven Ramírez. Hasta un alemán se puso de pie, imitando el gesto del español.

— ¡Le advierto —gritó el joven Ramírez— que usted se halla hablando con un alférez del Ejército español!

—¿Y a mí que me importa todo eso?

El joven Ramírez quedó pálido y tembloroso. Reflexionó en un segundo la trascendencia del momento, y asegurándose de la presencia de los alemanes, empezó, emocionado:

—Caballero: usted ha insultado a mi rey, y esto me obliga a exigirle una reparación.

—Yo no tengo que darle ninguna reparación, porque no soy un caballero —los alemanes escuchaban perplejos—, sin embargo, si usted quiere, vamos a la calle y nos daremos de bofetadas.

Julio hizo ademán de salir, pero los alemanes se interpusieron entre los dos; a Julio lo llevaron a un extremo del saloncillo. El joven Ramírez gritó desde su sitio:

—Comprenderá usted que ésa no es la forma de arreglar este incidente. Yo no acostumbro a pegarme como los carreteros.

En aquel instante alguien subía por la escalera. Aquel ruido de pasos enfrió el altercado, y al aparecer el señor Lafont acompañado de Magdy, cada cual disimuló lo conveniente. El señor Lafont hizo un movimiento con la cabeza, y dejó a Magdy, para meterse en su despacho.

—¿Quiere usted que bailemos? —propuso el joven Ramírez, para demostrar su ascendiente sobre Magdy.

—Dentro de un rato —se excusó Magdy—. Vengo un poco cansada.

Hizo un gesto de fatiga para acentuar su embuste, y se llegó hasta Julio.

—¿Hace mucho que está usted aquí?

—No —respondió Julio, esperando que ella ignorase lo de la carta.

—Su amigo —hablaba del periodista— me ha dicho que usted es un hombre muy extravagante —terminó Magdy, con un aire muy admirativo.

—¿Le ha dicho eso ese pobre imbécil? —y habló alto para que lo oyera el joven Ramírez.

—¿Por qué habla de su amigo en esa forma?

—Digo la verdad, Magdy; mi amigo es perfectamente tonto. España —aquí elevó la voz— produce una gran cantidad de tontos y de caballeros. Los tontos, a veces, escriben novelas, y los caballeros se dedican a vivir a costa del pueblo.

Magdy lo contempló con sus hermosos ojos azules. No transigía con aquella manera de pensar; pero le cautivaba la soltura en lanzar frases que tenía Julio. Además, daba la casualidad de que ni el periodista ni el joven Ramírez eran capaces de hablar en ese tono.

A un alemán se le ocurrió colocar un disco, y el gramófono emitió una alegre y movida música. Podía suceder que Magdy iniciase la retirada, y Julio decidió llevar sus propósitos hasta el final.

El joven Ramírez miró con insistencia a Magdy; Julio descubrió estas miradas. Es más, buscó la manera de que ella fuera invitada a bailar, para entonces él consumar sus deseos. Pero Magdy no se alejaba de su sitio. Sentía en el cuerpo un vago placer escuchando la voz de Julio, descubriendo que, aparte de aquel placer, otro deseo la empujaba a acariciar las manos largas y pálidas de Julio. Magdy lo llevó donde las luces daban perfectamente. Le cogió una mano, y llena de emoción por su atrevimiento, afirmó, sonriendo:

—¡Voy a averiguar su porvenir!

Magdy recorrió las líneas que cruzaban la mano de Julio. Sentía que por su cuerpo resbalaba un sutil escalofrío de placer, como si miles de partículas de acero picaran deliciosamente en sus muslos. Magdy no sabía mucho de aquella ciencia misteriosa; pero continuó diciendo simpáticas tonterías hasta que Julio provocó el incidente.

—¿Cómo tiene usted las manos tan estropeadas? —y oprimió dos manos en las que había huellas de sabañones.

Magdy enrojeció, mientras dejaba caer la mano de Julio. Quiso disimular, y sólo consiguió hacer más ostensible su vergüenza.

—Tengo que ayudar a mi madre —explicó, dolorida.

—Y siendo su padre un hombre rico, ¿consiente que usted friegue platos?

Magdy intentó responder, pero no pudo articular palabra. Sintió ganas de llorar donde no la vieran, donde su llanto pudiera confortarla. Escondió sus manos a la luz, y miró por donde estaba el joven Ramírez.

—Para mí sería una vergüenza tener dinero y que una hija mía enseñara esas manos —y Julio señalaba implacable hacia donde Magdy ocultaba lo que había dado origen al suceso.

Ella agitó su cuerpo en un movimiento de sofoco, lo miró abatida y exclamó, a punto de llorar:

—¡Es usted un mal educado! —y huyó del salón, ante la expectación de todos, especialmente del joven Ramírez.

Julio no demostró ninguna inquietud, y eso que el joven Ramírez y los dos alemanes le observaban con manifiesta hostilidad. Muy al contrario, hizo ver a aquella gente que ahora no se marchaba mientras no apareciese el periodista.

Espera inútil, porque el señor San Juan estaba en la habitación número 18 redactando estas líneas: «Los viajeros que descienden del tren en la estación de S... encontrarán, antes de entrar en el pueblo, una humilde casa de campo, donde juegan unos niños, picotean el suelo algunas gallinas, y un burro blanco relincha ante la proximidad de la primavera...»

En el bar no estaba Sabino Fernández, pero, en cambio, encontró a la amante del agente de negocios. Julio se sentó, y la francesa le dijo si venía en busca de Sabino.

—Hace una hora que estoy esperándole —agregó Gaby.

Julio dio cuenta de su visita al financiero Samuel Gerard.

—¿Ha escrito su amigo esos artículos? —interrogó Gaby, demostrando que se hallaba enterada del asunto de la naranja.

—No los escribirá ya —descubrió Julio—. Mi amigo ha salido para España. Le han llamado de su revista.

Con esto se ahorraba explicar lo de la carta, y evitaba un posible rozamiento con el agente de negocios.

—Pero una vez en España puede escribir esos artículos —argumentó razonadamente Gaby.

—A mi parecer —en ese momento entraban Sabino Fernández y el capitán—, creo que no le ha interesado este asunto.

El capitán tomó asiento, y Sabino Fernández, sin estar todavía sentado, pidió una botella de agua mineral.

—¿Qué ha ocurrido con su amigo? —preguntó después de haber levantado a Julio.

—Creo que está en España. Al despedirse me encargó que le comunicara que no aceptaba lo de los artículos.

Los ojillos del agente de negocios se comprimieron cuanto podían. Con este gesto concluyó sus averiguaciones, y cogió una silla, donde se sentó tranquilamente. Se llenó un vaso de agua mineral, bebió hasta la mitad y dijo para el capitán:

—De lo de Valencia ya no hay nada que hacer.

El capitán hizo una mueca y se puso a jugar con el rabo de una cucharilla. Su enorme mano parecía que trataba de engañar a aquel mango de metal para que no se diera cuenta de que podía doblarlo en cuanto le apeteciera hacerlo.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —preguntó el agente a su amante—. ¿Te parece bien el ir a un «cine»?

Gaby acogió con agrado lo del «cine», y Sabino Fernández se volvió al capitán.

—¿Quiere usted acompañar a Gaby?

El capitán inclinó la cabeza, y Sabino Fernández indicó que había que apresurarse si querían ver completo el programa. Entregó dinero a su amante para las entradas, y ella salió en compañía del capitán. Este anduvo cojeando, produciendo un ruido como si bajo el pantalón llevara un aparato metálico.

El agente de negocios pidió servicio de escribir, y trazó una carta. Al terminar bebió medio vaso de agua mineral, y afirmó rotundamente:

—¡No hay nada tan difícil como escribir una carta de amor!

Metió la hoja de papel en el sobre y lo dejó cerrado sobre la mesa.

—¿Usted no tendrá inconveniente de entregar esta carta?

—¿Hay que llevarla ahora mismo? —ofreció Julio.

—Dentro de un rato. No tiene usted más que entrar en el portal y dársela al conserje.

Cuando Sabino Fernández pagó al camalero, apartó quince francos, ofreciéndoselos a Julio con gran camaradería.

—Acepte esto... Estoy esperando resolver unas cosas.

—Hoy he bajado la escalera del hotel procurando no ser visto por el dueño. Mañana subirá a pedirme el dinero —añadió Julio, por si aquello todavía tenía arreglo.

—No se preocupe por eso —aconsejó el agente de negocios—. Puede usted decirle que aguarde unos días.

Sabino Fernández señaló la necesidad de marchar. Ya en la calle, orientó a Julio para que llevara la carta.

—Venga mañana al bar —dijo en la despedida—. Puede que lo de su hotel quede solventado.

Julio agradeció este posible arreglo, alejándose presuroso para cumplir el encargo de la carta.

Hoy había solucionado la comida, y esto, en su vida, era una cuestión elemental. Sin apenas notarlo, iba reduciendo sus necesidades al sólo hecho de poder entrar en un restaurante, aunque fuera una vez al día.

3

El martes no subió a su habitación el dueño del hotel. A la caída de la tarde, Julio descendió por la escalera, confiado en no ser descubierto. Pisaba los escalones procurando que la madera no hiciese ningún ruido. De esta forma llegó hasta el último rellano, y en aquel momento pensó que sólo le quedaban media docena de peldaños para cruzar frente a la puerta por la que se podía entrar a las habitaciones del dueño. No se oía más que el ruido que producía su respiración. Julio descendió rápidamente, y ya pisó la alfombrilla que terminaba en el portal. Hasta vio el color gris de la casa que había frente al hotel.

—¡Eh! —gritó una voz en sus espaldas.

Julio se volvió, y antes de que hablara, el dueño del hotel le demandó irritado:

—¿Qué hay de la cuenta? ¿Me va usted a pagar?

—¿Qué duda cabe de que le pagaré? —contestó Julio, aún cogido por la sorpresa.

—¿Todavía no le ha llegado el giro? —y el dueño no disimuló que no creía en nada.

—No, señor... Todavía no ha llegado.

—¡Bah! ¡Bah! —refunfuñó, escamado—. Usted no tiene idea de lo que es un hotel. ¿Cree usted que yo puedo estar esperando a que llegue su giro? Hace un mes que he hecho reformas, y he tenido que pagar las facturas... ¡Esto no es serio, señor!

—Ya le dije que mañana tendrá usted su dinero.

El dueño cabeceó, indeciso, como si le molestara la falsa blandura de Julio.

—¡Yo no puedo esperar hasta mañana! —declaró con fuerza—. ¿Qué sería de mí si todos me contaran la misma historia? Si usted entra en un comercio y compra un objeto, ¿no tiene que abonar lo que marque la etiqueta?

—Desde luego. ¿Acaso piensa usted que yo tenía la intención de no pagarle?

Un caballero cruzó en busca de la escalera.

—¡Desde luego que usted tiene que pagar! —vociferó, para que sus palabras no fueran perdidas por el cliente, que empezaba a montar escalones—. En mi hotel paga todo el mundo, de la misma manera que yo tengo que pagar al Ayuntamiento, al fontanero, si hay necesidad de arreglar una tubería, y al albañil, cuando hay que reformar una habitación.

—Bien —dijo Julio, después de este desagradable discurso—. Mañana quedará arreglado todo.

Hizo ademán de ir hacia la puerta, y este intento de salida excitó enormemente al propietario.

—¡No! —gritó colérico—. De ninguna manera puedo esperar. Ya le di tres días de plazo. Usted ha podido fácilmente solucionar lo del hotel en estos tres días. Es decir, no son tres días; hay que tener en cuenta toda la semana pasada. Creo que usted ha tenido tiempo de sobra para recibir el giro.

El tono con que hablaba atrajo a una mujer gruesa, que surgió con un cazo en una mano. El recipiente debía de contener algún líquido, porque lo sostenía con cuidado.

—¿Qué te ocurre? —preguntó la gorda.

—Algo importante —contestó el dueño—. Que aquí no vale la pena de ser educado. Se trata de la cuenta de este señor —y soltó un señor bastante despreciable.

—Ah, ya comprendo —expuso la mujer—. Usted —y miró a Julio rabiosamente— se levanta al anochecer. Para arreglar su habitación, el mozo necesita esperar que usted salga a estas horas.

La gorda agitó el contenido del cazo con una cuchara de cuerno.

—Eso es lo de menos —arguyo el patrón—. Este caballero puede levantarse cuando lo crea conveniente. Pero para eso es necesario pagar. ¡Comprenda usted que hay que pagar!

Julio observó lo que se veía a través del cristal de la puerta; creyó que no tardaría en llover.

—¡Y bien! —terminó gravemente el dueño—. ¿Quiere usted abonarme la nota?

—Bueno, Ferdinand —intervino la mujer—; espera hasta mañana.

—Bien. Esperaré a mañana —y empujó a la mujer para entrar los dos en las habitaciones de la planta baja.

Julio salió a la calle, y diez minutos más tarde llegaba al bar donde acudía Sabino Fernández.

En el sitio de costumbre estaban la amante del agente de negocios y el capitán. Julio notó que Gaby mostraba los ojos enrojecidos. Saludó a la pareja, y el capitán le devolvió el saludo, como si lo hiciera a un subordinado. Después habló a Gaby de que era necesario entrevistarse con un abogado. Ella escuchó con los ojos fijos en algún pensamiento doloroso. Dos gruesas lágrimas resbalaron sobre el maquillaje, y Gaby se apresuró a secárselas. Percibió que Julio se daba cuenta de su estado, y entonces dijo con una voz cansada:

—¿No sabe usted? Esta mañana han apresado a Sabino.

—De todas formas —intervino el capitán—, yo voy a entrevistarme con ese canalla de Samuel Gerard. Es necesario que retire la denuncia.

Gaby se tranquilizó. Tenía la piel irritada por efecto de las lágrimas, pero ella no hacía nada por retocarse los ojos y la cara.

Se abandonó el bar cuando las luces iluminaban la calle. Julio marchaba detrás de Gaby y del capitán. Observando la corpulencia del militar, trató de provocar la despedida para alejarse de todo lo que se le venía encima, producido por la inesperada detención del agente de negocios. Ya solamente una idea desagradable le ponía de manifiesto que el dueño del hotel subiría a su habitación para cobrar lo que él no podía pagar.

Gaby seguía con el capitán. Andaban lentos, y el capitán parecía que remolcaba su pierna averiada. Julio pensó en los calcetines que llevaba puestos. Los pobres estaban demasiado usados. Torció la cabeza y se miró los talones. En el lado derecho descubrió un agujero del tamaño de cinco céntimos.

—Óigame —el capitán se le acercó, ladeándose por la parte de la cojera—. Nos despedimos de usted...

—Hay que solucionar lo de Sabino —dijo Gaby, que llegó detrás del capitán.

Julio estrechó dos manos; la última pertenecía al capitán, y sintió al tocarla una molesta opresión de superioridad. Los vio alejarse con el presentimiento de que se hundía en él toda posibilidad de arreglo.

Otra vez estaba solo y con una calle demasiado larga para sus pensamientos. Sin saber cómo tropezó con un transeúnte, y estuvo a punto de hacerlo caer sobre el arroyo. El hombre pudo recobrar el equilibrio, para gritar entre unos bigotes lacios:

—¿Va usted en la luna?

Julio lo miró sin interés, lo que motivó en el otro una segunda explosión.

—¡Me ha reventado un pie, camarada!

El dueño del hotel sacó un grueso reloj de un bolsillo del chaleco.

—Me parece —dijo para su mujer— que ya es hora de que suba a ver a ese español.

—¿Y por qué has aguardado tanto tiempo? Debiste hacerlo esta misma mañana.

—Es igual, mujer. Quiero demostrar que en este hotel sabemos tratar a los clientes.

Todavía no se había metido el reloj en el chaleco. Palpaba el cristal roto por una reciente caída.

—¡Bueno, voy para allá! —terminó por decir.

Al estar en el primer piso, se aseguró que, debido a la rotura del cristal de su reloj, había penetrado polvo en la esfera numerada por signos ya algo borrosos. «No tenía más remedio que llevarlo a componer, porque de no hacerlo así, podría ser culpable de que la suciedad entrara en la maquinaria, y en ese caso la cosa iba a ser más grave.»

En el piso segundo habitaba Fifí, «una muchacha que se levantaba al anochecer y tenía la mala costumbre de escupir por todas partes».

El dueño se pasó unos segundos en el rellano del piso segundo, y no pudo ahogar el pensamiento culpable que le descubría su amor por Fifí. Guardaba en lo más profundo de su ser que aquella muchacha, que regresaba a las cuatro o las cinco de la mañana, era deseada por él en los momentos en que tenía en la cama el cuerpo fenomenal de su mujer.

Continuó la ascensión por la escalera. En el piso tercero habitaba Julio el cuarto número 32. Antes de llegar a esta puerta, el dueño cruzó por la número 26, mirando rencoroso la puerta que ocultaba los fritos repugnantes que hacía monsieur Jules sobre un aparato de petróleo.

Lleno de preocupaciones, tropezó con el número 32, y llamó sin ninguna cortesía. Oyó crujir los muelles de una cama, y desde el otro lado dieron una vuelta a la llave.

—Buenas tardes —dijo el dueño, entrando en el cuarto.

En el suelo había restos de pan, periódicos atrasados y alguna colilla. La habitación olía a sudor y a falta de limpieza. El propietario miró la figura delgada de Julio, y paró los ojos al llegar al rostro poblado por una barba de ocho días que tenía su inquilino. Presintiendo que allí no existía ningún dinero, el dueño se tocó en el bolsillo donde reposaba su reloj. En la mano libre se destacaba un papel.

—Aquí está la factura. No he subido esta mañana, sabiendo que usted se levanta muy tarde.

Dicho esto, observó que Julio se escudaba en un silencio revelador.

—Siento mucho no poder abonarle esa cuenta —dijo Julio por fin.

—¿No va usted a pagarme?

—Hoy me será imposible. Déme usted unos días de plazo.

Julio se expresaba en una voz somnolienta, incapaz de convencer a nadie.

—¡Ayer me dijo usted que subiera hoy a cobrar!

—¡Pero ya lo ve usted! —lamentó Julio—. Aún no ha llegado el giro.

—¡Ah, no! ¡Esto es demasiado! —aquí empezó a gritar—: ¡No faltaba más! ¿Qué sería de mí si todos hicieran lo de usted?

El dueño se vio copiado en la luna del armario. Su frente abombada fue invadida por una cantidad de sangre. Después de contemplar esta transformación vociferó indignado:

—¡Esto no puede continuar ni un momento más! A mí me gusta la gente seria, ¿comprende usted?

—¿Y quién le dice que yo no soy serio? Lo que ocurre es que mis negocios no marchan bien...

—¡Sus negocios! —y el dueño creó una sonrisilla casi graciosa—. Vístase usted ahora mismo y no vuelva por este hotel hasta que traiga el dinero que me debe.

—Entonces —explicó Julio, resignado—, ¿no podré dormir aquí esta noche?

—¡Naturalmente! —exclamó el dueño, sentándose en la única silla de la habitación.

Julio entendió aquella actitud del dueño, y decidió vestirse inmediatamente. Mientras se lavaba, el dueño contempló las maletas que estaban encima del armario. Si hubiera sabido que se hallaban vacías, el escándalo habría surgido en aquel mismo instante.

Julio terminó de vestirse, y antes de ponerse el gabán se dirigió al armario para bajar las maletas.

—¿Qué va a hacer usted?, —y el dueño dejó la silla con la indignación y la sorpresa en los ojos—. Esas maletas quedarán aquí hasta que pague la deuda.

Julio se enfundó el gabán y fue hacia la puerta. El dueño lo acompañó, colocándose detrás. En cuanto descendieron algunos escalones, censuró con la voz irritada y fuerte:

—La culpa de todo esto la tengo yo; ¡únicamente yo! No se puede fiar uno de gente que no conoce. Sea usted un hombre honrado; dedique sus ahorros a construir este hotel, que después vendrán clientes que le dirán cuando reciban la factura: «Espere a que llegue mi giro... La semana que viene tendrá usted el dinero.»

En la planta baja esperaban la mujer del dueño y un sirviente. Debían de tener conocimiento del suceso, porque miraban de mala manera.

—¿Cuándo vendrá a pagar? —preguntó el dueño delante de todos.

Julio contempló a los tres, y, cosa rara, recordó que en el museo de Grevin había visto figuras parecidas a aquellas que lo miraban seriamente.

—¡Le he preguntado cuándo vendrá a pagar! —soltó el dueño, en el colmo de la desesperación.

Julio se subió el cuello del abrigo, miró la salida y partió sin decir la última palabra.

## TERCERAS ESCENAS

## Otras amistades

1

Marcel iba delante.

—Dentro de un cuarto de hora cierran las puertas del asilo —explicó, sin dejar de andar.

Julio recogió la declaración, aumentando la velocidad que desarrollaban sus piernas. Había dormido dos noches agazapado en una boca del Metro, y ahora recordaba aquel sueño desesperado que duraba unos minutos, o si acaso una media hora.

Hubo un instante en que sintió pinchazos en el lado del hígado; intentó descansar, pero Marcel lo impidió, tirando de él.

—¿Quieres quedarte en medio de la calle?

Julio hizo un verdadero esfuerzo por continuar. Se desabrochó el abrigo, porque el calor era ya inaguantable, a pesar del frío que despedía la noche.

Las filas de faroles encendidos le causaban un enorme desaliento, como si la calle se prolongara indefinidamente a causa de ellos.

Aflojaron el paso cerca de un portalón, por el que entraban siluetas de hombres. Unos pasos más, y se unieron a los que, formando en una fila, pasaban por delante de una garita, donde tenían que entregar sus documentos de identidad. Bajo una luz escasa, Julio contempló rostros taciturnos. Observó caras que miraban con unos ojos en los que había una ligera frialdad. Al acercarse a la garita los cogía la luz de plano, y veíase en ellos una resignación animal. Todos tenían hambre y deseos de descansar. Acaso existían, más allá de la garita, los grandes hoteles de los Campos Elíseos, las

queridas de los millonarios y los buenos abrigos de pieles. Sin embargo, para la mayoría de aquellos hombres, el mundo se había reducido enormemente, hasta el extremo de que en aquellos instantes sólo pensaban en tener alguna calderilla, en desear un poco de comida y en esperar el lujo de los días de verano, en que puede dormirse bajo las estrellas.

2

Marcel y Julio entregaron sus papeles de identidad y se unieron a los grupos que marchaban detrás de unos empleados. Pasaron a una nave que despedía una humedad pegajosa. Allí les ordenaron que se desnudaran, para llevar toda la ropa a la desinfección. Casi todos mostraron cuerpos encorvados, con los huesos a flor de piel, como viejos caballos. Uno empezó a toser cerca de Julio. Llegó a ponerse rojo, y se ladeó cuando fue a escupir.

—¡Vamos! —gritó un empleado—. ¡Pasan a las duchas!

Enfrente de la fila estaban los departamentos para ducharse. Tenían un metro de fondo por otro de ancho. Julio empujó una puertecita y se coló en su sitio. Desde fuera alguien le pasó una escobilla por todo el cuerpo. La escobilla chorreaba un líquido pegajoso, que descendía por el pecho de Julio en un color moreno. Empezó a fregotearse la piel con verdadera furia; estaba tan lejos el último baño que había tomado en el hotel que ahora sentía una extraordinaria alegría. Y se puso a cantar.

— ¡Eh! —le gritaron con voz de mando—. Aquí no se viene a cantar.

De una tubería fijada en el techo brotaron cientos de hilos de agua muy caliente. Instintivamente, Julio empujó la puertecita para librarse del agua, pero su esfuerzo fue inútil. No había otra solución que aguantar aquel vapor, que producía sofoco y que ya coronaba toda la nave en una nube pringosa. Olía a carne humana, y se percibía el aliento de los encerrados.

Al salir de las duchas les entregaron unas toallas. Con la respiración excitada comenzaron a secar sus cuerpos. El viejo de la tos buscó dónde sentarse, y manejó la toalla sin ninguna pericia sobre su escuálido esqueleto. También se rascó el sexo, pero lo hizo mirándose sus pies deformados.

Cuando le entregaron su camisón de dormir, el viejo se lo puso sin ninguna prisa. La prenda era un saco blanco, hecho de tela basta y acartonada, que, abrochándolo en el cuello, caía hasta el suelo.

Un empleado se colocó a la cabeza, ordenando a los asilados que le siguieran hasta el dormitorio. Según fueron cruzando delante de las camas, iban recibiendo un trozo de pan oscuro. Ya provisto del pan, el asilado se dirigía a su cama, aguardando que los demás hicieran lo mismo. Julio y Marcel iban a dormir en dos camas contiguas. En la cabecera del lecho de Julio había esta inscripción: «Saint Louis».

A la entrada de la nave levantábase un cuadrado de madera, desde el cual se podía dominar a todos los asilados. En este montículo subió un sacerdote, y demandó silencio. Todos tuvieron que escuchar puestos de pie. Hecho el silencio, el sacerdote inició un rezo, que fue acompañado por los asilados. Lo que brotaba de aquellas bocas era un torpe simulacro. «Para rezar se necesitan dos cosas —pensaba entonces Julio—. Hay que tener dinero en los bancos o poseer un alma muy cándida.»

El viejo de la tos bisbisaba unas camas más allá de la de Julio. Hacía su rezo apoyado sobre el colchón, mientras con los dedos de la mano derecha desmenuzaba el trozo de pan.

Sobre el tablado, y encima el sacerdote, pendía un Cristo clavado en la cruz.

Con la cabeza doblada por el sufrimiento contemplaba a aquellos hombres que rumoreaban una oración en distintos idiomas.

El sacerdote descendió del pedestal, y esto fue la señal para que los asilados se metieran en sus camas. Casi todos mordieron en silencio sus trozos de pan. Otros lo escondían bajo la almohada, reservándolo para el día siguiente. El viejo de la tos demostraba que no tenía prisa por tumbarse. Sentado en un borde de la cama, mordía como un ratón su pedazo de pan. La gran funda

blanca le estaba grande, y le hacía pliegues enormes sobre su encogido esqueleto. Por el cuello del camisón surgía su menguado cogote de ave vieja. Al concluir el pan apartó la ropa y se escondió en el lecho. Entonces observó que el que dormía a su derecha tenía los pies fuera de la cama, por efecto de su larga estatura. El viejo le tocó en un hombro, y señaló el suceso. El otro lo miró agriamente, y se volvió del otro lado.

—Ahora pienso —empezó Marcel en voz baja— que esta gente me va a entregar mañana mi ropa hecha una lástima.

—¿Dónde la guardan? —preguntó Julio.

—En la caldera de la desinfección. Ya estará empapada de vapor.

Un vigilante demandó silencio, y todo el mundo dejó de hablar.

—Hasta mañana —terminó Marcel, arrastrando la voz.

Julio estaba boca arriba. Cansado por el baño y con un retraso de sueño, cerró los ojos y se durmió.

Marcel tardó más tiempo, porque tenía que atar los últimos cabos al plan que iba a llevar a efecto cuando saliera del asilo. En lo último que pensó fue en componer el desplanchado de su ropa. Si el día siguiente traía un poco de sol, todo se arreglaría fácilmente con sólo exponerse a los rayos del astro.

En ese instante apagaron las luces, dejando encendida una bombilla.

Marcel se hundió de costado, y así esperó dormirse.

El viejo de la tos rezongó allá en un rincón. Sabía que el sueño le llegaría tarde y con poca fuerza. Se puso a pensar en cosas viejas y harto manoseadas. «Si su buena Jeanne levantara la cabeza, habría de reñirle por estar en aquel sitio. Le aconsejaría ver a unos parientes, y al salir de casa le pondría un pañuelo limpio en el bolsillo.»

La noche fue desfilando sin ninguna prisa. Los asilados roncaban placenteramente, viviendo, por fin, unas horas de abandono total.

Sólo el viejo de la tos tenía los ojos abiertos y la memoria vigilante. «Jeanne no hubiera consentido esto. ¡Jeanne..., mi pobre Jeanne!...»

3

Marcel lanzó una mirada a la niebla lejana que taponaba el cielo. No eran todavía las siete de la mañana, y esto le hizo deducir que la gasa húmeda que cubría al sol acabaría por disolverse.

—¿Qué hacemos a estas horas? —preguntó Julio.

—Tenemos tres francos. Uno hay que reservarlo para esta noche.

—¿Y qué piensas hacer con ese franco?

Marcel lo miró sonriente.

—Esta noche me voy a Burdeos —y agregó seriamente—: Allí tengo amigos.

—¿Y con un franco piensas pagar el viaje?

—Con un franco hay bastante para que tú me acompañes.

—¿Pero cómo nos arreglaremos?

—Entonces, ¿estás dispuesto a acompañarme? —y Marcel no ocultó la alegría del proyecto.

—Te acompaño —aceptó Julio—. ¡Estoy harto de París!

A Julio le pareció que con este viaje iba a formalizar su desorden. Preguntó con gran interés:

—¿No se podría hacer publicidad en Burdeos?

—¿Publicidad? ¿Qué es eso?

—Buscar anuncios para los periódicos. Conozco bien ese asunto; te enseñaré, siquieres.

En vez de responder, Marcel retrasó la marcha, sacó un limpiauñas y se hizo un breve trabajo de manicura.

Estaban en el faubourg Saint-Antoine, y su ancha calle rebosaba trabajadores. Los tranvías cruzaban atestados de viajeros, y algunos taxis iban en busca de los primeros clientes. Los dos amigos vieron la plaza de la Bastilla. El espigado monumento tenía un color terroso al perfilarse sobre un cielo blanquecino. Aquella energía que empezaba a manifestarse poblaba de ruidos la calle, el interior de los bares y los oídos de los obreros y oficinistas. Un dependiente, cubierto con un guardapolvos, descorrió un cierre metálico; luego se hundió en el interior del almacén, para surgir de nuevo con unos cartones, que fijó en sitios a propósito. Todo el mundo podía leer sin necesidad de pararse: «¡Novios! ¡Dormitorios por 1.999 francos! ¡Comedores por 1.115!»

En lugar de preocuparse de estas gangas que ofrecían los comerciantes del faubourg Saint-Antoine, Julio pensaba en Louise. «Puede que en aquellos momentos estuviera al lado de un contramaestre. De no hallarse roncando, el buen hombre la confesaría: «¡Qué muslos más soberbios tienes! Sólo una mujer que conocí en Buenos Aires se parecía a ti. ¡Lástima que fuera tan fría!...»

Ahora andaban con pasos de tortuga. Hasta que llegara la noche había que malgastar horas y horas. Marcel consiguió corregir la raya del pantalón. Le irritaba aquella blandura pegajosa que había adquirido su ropa por efecto de la desinfección.

—¿Qué harás tú en Burdeos? —preguntó Julio.

Antes de contestar, Marcel calculó sus palabras. Ahora le fue más fácil decir su opinión.

—Tengo representaciones de algunas casas comerciales. Pero ya te dije que en Burdeos conozco buenos amigos.

Cerca de la estación de Saint-Lazare, Marcel enseñó dos francos.

- Vamos a tomar un café en el mostrador —y señalaba la puerta de un bar.
- Julio sacó de un bolsillo el trozo de pan que le dieron en el asilo, y expuso a su camarada:
- Lo repartiremos para mojar en el café —y agradeciendo una sonrisa de Marcel, terminó—: Lo guardé anoche pensando en esta mañana.

4

A las seis de la tarde no podían dominar aquel cansancio que les adormecía las piernas. Ya habían desfilado por las salas de espera de algunas estafetas de Correos. En la del bulevar de los Italianos llegaron a permanecer tres horas. En ese tiempo, Marcel explicó cómo en Francia era fácil viajar sin billete, a condición de hacer el recorrido de noche. En las horas nocturnas el revisor apenas si hace control, dejando que los viajeros se adormezcan en los asientos.

Ahora pasaban muy pocos minutos de las seis. Para la marcha faltaban cerca de tres horas. Julio seguía a Marcel como si arrastrara las piernas.

—Vamos a las Galerías Lafayette —indicó Marcel, que sufría el efecto de la espera.

Como Julio hiciera un gesto de extrañeza, Marcel aclaró:

—En uno de los pisos hay un salón para escribir; allí podemos estar un par de horas.

Tomaron ese camino, y, al llegar a los grandes almacenes, Marcel pasó delante. Conocía perfectamente aquellos pasillos, transitados por un enjambre de compradores y simples curiosos. Al fondo de las galerías estaba la escalera que conducía a los pisos. Julio y Marcel aparecieron en el escritorio con sus gabanes hechos una lástima. Un empleado de uniforme los contempló

recelosamente. Una manga le colgaba vacía, y en el lado izquierdo del pecho exhibía una medalla militar.

—Me acuerdo de una vieja que me regalaba hojas Gillette. A veces me daba para ir a un «cine». Dejé a la vieja de las hojas Gillette y encontré otra señora. Esta era una viuda que tenía una taberna. A mi nueva amante le daba porque yo engordara. Tenía la costumbre de regalarme cualquier cosa si yo no dejaba nada de comida en los platos. ¡Era una gran administradora! —incluyó, como exclamación—. Los días de subasta en el Monte de Piedad acudía mi amor y compraba cortes de traje a precios inferiores. Después tenía que ir con ella a un sastre barato.

—Entonces, tus amigos de Burdeos, ¿tienen todos su mujer?

—Ciento. Hay algunos que administran dos mujeres. «Pivot», por ejemplo, ha llegado a tener cuatro «taxis».

—¿«Taxis»?

—Es una forma de nombrarlas a ellas.

Doblaron una esquina, y surgió ante los dos la estación del Quai d'Orsay. Julio parecía melancólico. Pensaba en Louise, y afirmó:

—Yo no podría querer más que a una mujer.

—¿Pero quién habla de querer? ¡Se las aguanta, nada más! ¿Enamorarte? Entonces ella te pegará y te obligará a levantarte a las cuatro de la mañana para que vayas a la calle a comprar un pollo frío. Hum... Me parece que tú necesitas algunas lecciones. ¡No tienes idea de nada!

Entraron en la estación. Marcel sacó dos billetes de andén, y pasaron a las vías. El tren estaba formado y con viajeros asomados a las ventanillas.

—Faltan doce minutos —dijo Marcel—. Subiremos cuando esté a punto de arrancar.

Pitó una locomotora, y Julio sintió como un calambre. La mayoría del público que ahora montaba a los coches eran viajeros de primera clase. Subían sin prisa, y después miraban asomados a las ventanillas con esa placidez que da el

tener dinero. Los mozos cruzaban por los pasillos de los vagones transportando equipajes. Colocaban las maletas en la red y después recibían la propina, llevándose una mano a la visera de la gorra. Ya no faltaban más que dos minutos. Marcel hizo una señal, y Julio le acompañó con alguna desconfianza. Marcel observó el estado de los compartimientos. Encontró uno sin viajeros, y se volvió a Julio.

—Aquí estaremos perfectamente —y sonrió con aquella dentadura que tanto agradó a la dama de las Galerías Lafayette.

Como Julio no quitaba la vista del andén, indicó el otro:

—Ahí no está el peligro. Si ocurre algo, vendrá por ese pasillo.

Oyeron la señal de partida, y Julio se pegó al asiento.

El tren arrancó lentamente. Algunas siluetas que transitaban por el andén quedaron olvidadas al meterse los coches en la boca del túnel.

Julio suspiró, estiró las piernas y se arrinconó placenteramente. París quedaba encima de su cabeza como un mal sueño, donde sólo se ven cosas desesperadas, calles largas, transeúntes mojados y cielo hostil a los ojos de los hombres sin fortuna.

II

El mundo de Marcel

1

Julio soñaba en la pequeña alcoba que todavía estaba recostado en el departamento del vagón. Se despertó al escuchar el golpe de una puerta. En el umbral había una mujer joven y agradable. Julio se aseguró de que estaba cubierto por la ropa, y preguntó:

—¿Hace mucho que se ha levantado mi amigo?

La mujer indicó que Marcel se hallaba en el baño. Sacó de un armario alguna ropa blanca y se despidió con una sonrisa.

No tardó en entrar Marcel. Llegó perfectamente rasurado y con los pantalones planchados.

—Hace un momento ha estado aquí una mujer —y Julio se puso de pies en el colchón.

—Es la amiga de Albert —aclaró su amigo.

Julio se puso los pantalones, extrañado de que Marcel los tuviera impecables.

—Me los he planchado mientras dormías. Si quieres, te caliento una plancha.

Julio abandonó lo del planchado para lamentarse:

—Siento no tener una muda limpia.

—Espera. Voy a decírselo al «jefe» —dijo, por Albert.

Salió, para regresar con Albert. Este era un tipo delgado, con el pelo rubio, pero de un rubio dorado. Gastaba un bigote muy fino que le daba un aire de

galán de comedia burguesa. Su aspecto, en general, era el de un hombre fríamente calculador.

Albert abrió el armario, sacando una camisa y unos calzoncillos. Julio se probó la ropa. En cuanto el «jefe» observó que le estaba bien, indicó para Marcel:

—Iréis a comer a un restaurante. Aquí daríais mucho trabajo a la «chica» —dijo, por su amante.

Abandonó la habitación, y entonces Marcel condujo a Julio al cuarto de baño, indicándole dónde tenía los chismes de afeitar. Para no estorbar, Marcel se fue a un rincón y trató de quitarse algunos pelos que le sombreaban el entrecejo.

## 2

Saliendo del restaurante, Julio pidió a Marcel:

—¿Por qué no vamos al puerto?

—¿Para qué? —preguntó Marcel, extrañado.

—Quisiera ver los barcos —confesó Julio, creyendo que esto era razonable.

Marcel movió la cabeza, exagerando la gracia que le producía tal petición.

—¿Los barcos? Ya los verás otro día. El «jefe» llegará al café dentro de media hora. Conocerás a algunos amigos míos. Nosotros nos reunimos en el «Café Français», pero hay otro grupo que va al «Coq d'Or». Ahora conocerás a «Pivot», y verás por qué procedimiento ha enamorado a su última mujer.

—¿Cuál es ese procedimiento?

—No tengas prisa —y Marcel sonrió levemente, para añadir—: Es un procedimiento que no le ha fallado nunca.

«Pivot» tiene esa estatura que le permite mirar a los demás por encima del hombro. Es serio, con una seriedad seca y cortante. No es que sea guapo, pero es un hombre cuidadoso: siempre afeitado; con la boca y los zapatos constantemente limpios. «Pivot» usa cuello duro, y procura que sus camisas sean de un color rosado o malva. No es agradable para él confesar que ya ha cumplido los cuarenta y cinco; sin embargo, debido a sus cuidados, y tal vez a su seriedad característica, siempre está como rejuvenecido. Sus trajes son famosos por lo bien que cuelgan de sus hombros. «Es la percha», afirma él cuando recibe el elogio de una mujer.

Cuando Marcel ha dicho a Julio que a «Pivot» no le ha fallado nunca su procedimiento no ha revelado nada inútil, sino que ha descubierto una gran verdad. «Pivot» puso en práctica un procedimiento después de haber pensado mucho en estas cosas: «La mujer es un objeto estúpido, con una mentalidad igual o parecida a la de un árbol, una casa o un tranvía. Esta imagen del tranvía es exacta, puesto que «ella» necesita un conductor que la frene o la haga arrancar. La mujer no se enamora de la inteligencia, sino de un traje bien cortado, de un cuello duro o de una gran estatura. Si el hombre que lleva este traje, este cuello y esta estatura sabe dar a su rostro mucha seriedad, entonces la mujer cree que está frente al genio. Por lo menos “ella” piensa que el genio reúne estas características.»

«Pivot» afirma y quiere convencer a todo el mundo de que la mujer es tal cual él la pinta. Todo lo demás... es ganas de gastar saliva.

En el «Café Frangais» hallaron a dos amigos. Uno de ellos era «Pivot».

Todavía no había llegado Albert, y Julio notó que hasta que no apareciese el «jefe» la reunión carecía de lo más importante. Por lo menos se hizo un comentario a la tardanza de Albert, demostrando que la última palabra dependía de él.

Julio quedó sorprendido al conocer a «Pivot». Se había imaginado un hombre lleno de simpatía, y se encontraba frente a un tipo frío y cansado.

—¿Y Margot? —preguntó Marcel a «Pivot».

—La tengo haciendo la feria de Rouen —y como si hubiera ya hablado bastante, pagó lo que había consumido y salió del café.

Poco más tarde entró Albert, observando detenidamente a Julio; después hizo lo mismo con Marcel. Seguro de que había hecho las debidas apreciaciones, preguntó a Julio:

—Tú, ¿sabes recitar poesías?

—¿A qué viene eso? —y Julio creyó que se le hablaba en broma.

—Tenemos dos mujeres —descubrió Albert—. Una es Suzi; esta chica necesita que su hombre le recite versos. La otra es Rose; tú ya la conoces —dijo a Marcel—. Con ella hay que usar un método duro. La pobre carece de inteligencia...

El que Julio no recitara bien versos franceses ocasionó el que le fuera destinada Rose. A Marcel le tocó Suzi. Al quedar todo ultimado, Albert se despidió de sus amigos, y marchó con su traje flamante. Al estrecharle la mano, Julio vio unas uñas perfectamente cuidadas.

Al rato, Marcel propuso a Julio:

Puedes ir a dar una vuelta. A las cinco y media vendré a recogerte a este café, para cenar juntos.

Julio aceptó unos francos que le ofrecía Marcel, y en cuanto estuvo en la calle tomó la dirección del puerto.

En lugar de preocuparse por su situación, por aquella desconocida Rose, con quien tendría que dormir en lo sucesivo, Julio afirmaba sus pies y marchaba en busca del puerto. Divisó mástiles de veleros, chimeneas rojas, amarillas, y el ruido bronco de una sirena le hizo estremecerse. Por el muelle paseó despacio y respiró profundamente, hasta nutrirse del olor salobre que despedían las aguas que cercaban a navíos y remolcadores. El horizonte comenzaba a decaer sin sangre, sin el dolor de los cielos de verano. El humo de los barcos ascendía lento, destacándose a poca altura como un brochazo impuro en la suavidad gris del atardecer. Cuando Julio estaba próximo a emocionarse se unió a un grupo de curiosos que estaban esperando a que zarpara un barco mercante.

La sirena pitó dos veces; la última, largamente. En el grupo hubo un movimiento de sorpresa. Por la cubierta del barco danzaban los marineros, maniobrando con los cables y maromas. Se escuchó un ruido de agua agitada por la parte de popa. El barco empezó a moverse con lentitud hasta apartar la proa del muelle. Estando en el centro del puerto, aumentó la velocidad, y fue alejándose de los mirones, que quedaban en el muelle con un aspecto de fracaso total.

Julio notó en la boca un sabor áspero, como si acabara de masticar un fruto agrio. Esta sensación le obligó a regresar al «Café Françáis».

La presentación de Rose se efectuó en un hay cercano a la plaza de la República. A Julio le habían destinado una mujer excesivamente delgada. En esta primera entrevista sólo se trataba de simpatizar el uno con el otro, con el detalle importante de que ella debía aceptar lo que le fuera presentado.

De todas formas, la francesa acogió con agrado a Julio, al ver el pelo abundante que cubría la cabeza del español.

Marcel tardó menos tiempo en dejar solucionado su caso. Aquella misma madrugada tendría que dormir con Suzi. Julio lo haría a la noche siguiente. Rose le explicó que había de arreglar lo de la habitación.

Al salir del café las dos mujeres, Julio formuló esta protesta:

—¡No me agrada esa mujer! Está muy flaca.

—Eso no es un inconveniente —arguyó Marcel—. Lo interesante es que te lleve a casa muchos francos.

Unos minutos más tarde, y a propósito de mujeres, Marcel dio una serie de consejos.

No olvides esto —y Marcel apagó su sonrisa—: Rose es una mujer parecida a las demás mujeres. Quiero decir que tendrás que golpearla de vez en cuando. Sobre todo procura ser tú el que diga siempre la última palabra. En general, la mujer sólo tiene un deseo, y es que la sepan encarrilar convenientemente. En cuanto a las bofetadas, repártelas en el instante en que tú tengas razón. Jamás perdona una mujer que se la golpee sin que exista un motivo —y sin que para Julio fuera muy clara esta definición, Marcel terminó fríamente—: En estos aspectos las mujeres son iguales a los elefantes.

Marcel se separó de sus amigos dejando una deuda de cuarenta francos. De no haber tenido que marchar en busca de Suzi, aún hubiera podido quedar en paz. Pero Suzi estaba en casa consumiéndose de impaciencia. Hacía veinte minutos que ella se había contemplado en la luna del armario, viendo su cuerpo grácil y su rostro exangüe rodeado por una melena dorada. Todos los muebles de la alcoba conocían los círculos morados que rodeaban los ojos de Suzi, y en un mudo lenguaje se decían una y otra vez: «Esta Suzi, la de las poesías.»

Marcel hizo una entrada discretamente estudiada. Apareció con un gesto melancólico, la besó sin apretar demasiado y tiró sobre la cama un objeto pequeño. Suzi descubrió que era un libro de versos.

Ahora fue Suzi quien besó a Marcel y dispuso unos bocadillos de jamón cocido y cerveza. Sentada sobre la cama, ella mordía el pan y el jamón, y sus piernas movíanse nerviosas, enseñando una blancura de cera. Marcel terminó en seguida con su bocadillo, y comenzó a desnudarse. Al ir a guardar su traje descubrió en el armario unos billetes. Sonrió, lleno de orgullo, y se quitó la camisa y los calzoncillos. Suzi contempló el cuerpo atlético de Marcel, y, por efecto de unas comparaciones, resultó que su nuevo amante era una verdadera alhaja, muy superior a todo lo que ella había conocido.

Suzi explicó con una voz dulzona que en el armario estaba la colonia, y que el agua del lavabo quemaba, de caliente que corría.

Esto fue lo más vulgar que Suzi dijo aquella noche. Todo lo que habló después correspondió a cosas espirituales y bellas. Marcel recitó versos, la amó pasionalmente, y, por último, volvió a la declamación. Y Suzi fue feliz. Tenía en sus ojos adormecidos un brillo triste, que no engañaba. Este débil fulgor decía en un lenguaje de sueño: «Tú eres Suzi, la de las poesías.»

Las cosas empezaron a tomar grandes proporciones en cuanto el reloj del bar indicó que Julio tenía que marchar a casa de «ella». En el trayecto se le cruzó el disgusto que le producía la delgadez de Rose. Con una desgana que hubiera scandalizado a Marcel, subió la escalera y entró en la habitación. Era la primera noche, y Rose no había llegado aún.

Después de pasear, de sentarse sobre las dos sillas y de observar el bidé —éste era portátil, y enseñaba dos desconchaduras— decidió desnudarse y meterse en la cama.

En vano esperó la llegada de Rose. No encontró otra solución que apagar la luz, lo que originó que se durmiera, a pesar de los esfuerzos que hizo por estar alerta. En pleno sueño le despertó un doble ruido; Rose acababa de dar al interruptor de la luz.

—He venido más tarde de lo que pensaba —empezó Rose, mientras se desnudaba rápidamente—, por causa de un pelma, que no ha querido dejarme hasta el último momento. Ya habrá tomado el tren de Bayona... Creo que es un viajante.

Antes de entrar en la cama Rose manipuló con un irrigador. Julio procuró no escuchar los ruidos que hacía ella. Aquel jaleo explicaba con demasiada claridad lo que sucedía en la habitación.

Cuando Rose acabó sus lavados se acercó a la cama con el bolso de calle, lo abrió y sacó unos billetes, que puso encima de la mesilla de noche. Tocó en un hombro de Julio, para que volviera la cabeza y observara el dinero.

—Está bien —dijo, sin interés, y añadió—: Acuéstate; tendrás mucho sueño.

—¡Ojalá pudiera dormirme en seguida! Todavía tardaré en cerrar los ojos.

Rose llenó un vaso de agua, se tomó dos píldoras blancas y bebió un sorbo.

—Si no fuera por esto —Rose se refería a las píldoras— no podría dormir.

Se acostó pegada a Julio, y respiró como si se hallara cansada.

—¡Qué hombre ése! —se trataba del viajante—. No ha parado en toda la noche. Y tú esperando, ¿verdad, niño mío?

Rose dio unos besos en la cara de Julio. Aunque la alcoba estaba caliente por la calefacción, el rostro de Rose parecía helado.

Pégate a mí —pidió ella—. ¿No sientes? Tengo frío.

Como si el viajante fuera para Rose una obsesión, volvió a sacarlo en sus palabras.

—Todavía quería que le acompañara a la estación.

- ¿Por qué me hablas de ese hombre? —y Julio no ocultó su irritación.
- ¿Te molesta que hable del viajante?
- ¡Naturalmente que me molesta! ¿Acaso necesito saber lo que has hecho durante la noche?
- Sin embargo, bien esperabas mi dinero —confesó Rose, casi alterada.
- ¿Tu dinero? ¿Quién te ha dicho que yo espero tu dinero?
- Entonces, ¿por qué estás conmigo?
- Bien... Bien... —Julio estaba próximo a gritar—. Estoy por tu dinero, pero ahora déjame dormir.
- Julio se separó, buscando un extremo de la cama. Rose se descompuso al notar el movimiento.
- ¿Por qué me tratas así? —gritó con la voz rota.
- Si te dijera la verdad, no ibas a entenderme... Es preferible que durmamos.
- ¿Pero qué es lo que yo he hecho? —clamó Rose, llena de indignación—. ¿Es que te doy asco?
- No, no me das asco; pero prefiero que me dejes dormir. Además, ya es de día —y señaló la vaga claridad que venía de fuera.
- Hace falta ser tonto para decirme eso —aclaró Rose, con ánimo de arreglar la cosa—. Tú no necesitas madrugar... Ahí tienes mi dinero.
- Julio guardó silencio, pero un silencio mortificante.
- ¿Por qué callas? ¿Te has vuelto bobo? Necesito que hables. ¿O creerás que voy a quedarme conforme con esta manera de portarte conmigo? —terminó, a punto de llorar.
- Julio siguió sin responder, pero no transcurrió mucho tiempo cuando Rose volvió a la carga:
- Al fin y al cabo, estoy en mi casa.

Y antes de que añadiera otra cosa, observó cómo Julio se levantaba todo alterado. Cogió su ropa, y empezó a vestirse con una nerviosa rapidez.

—Supongo que lo de vestirte es una broma —dijo Rose, viendo que él ya se había puesto el chaleco y la americana.

Julio no respondió. Se puso el abrigo y alcanzó la puerta.

Rose recibió la marcha verdaderamente sorprendida. ¡Todo era tan extraño! Lo que más la llenaba de confusión era que Julio no la había golpeado. Toda aturdida, abandonó la cama y abrió el balcón en el justo instante que Julio salía del portal y marchaba calle adelante. Rose lo llamó una vez, dos veces; pero Julio no volvió la cabeza. Rose no tuvo otro remedio que regresar a la cama. Ya acostada, volvió a levantarse para cerrar el balcón; pero antes miró la calle por donde Julio había pasado. La calle estaba desierta, y un sol amarillo sacaba reflejos a multitud de cosas que en aquel momento no tenían para Rose el más mínimo interés.

Después de lo sucedido con Rose, hubiera sido una necesidad ir en busca de Marcel. De ahí que tratara de olvidar lo que le había pasado por la mañana.

A mediodía consiguió comer en una taberna de la calle Kléber. Pagó la comida con cuatro francos que guardaba del día anterior. La cosa se agravó por la noche al no poder alquilar una cama. Creyó que paseando podría consumir las horas heladas de la noche; pero antes de las doce decidió entrar en un hotel de aspecto casi miserable y pedir una habitación. El dueño le mostró un cuarto, e inmediatamente solicitó el importe del alquiler. Julio alegó varias razones: habló de que tenía un cheque, que haría efectivo a las diez de la mañana. El dueño meneó la cabeza y le señaló la puerta. Tanto le molestó el que trataran de engañarlo que ya lo echó sin ningún miramiento.

A las dos de la mañana se cobijó en un portal; pero el aire helado lo entumeció completamente. Volvió a andar medio desfallecido, hasta que llegó el amanecer envuelto en una niebla que mojaba como una lluvia menuda. Sobre las diez fue al Consulado de España; pero su visita no fue eficaz, ya que un empleado supo alejarlo con media docena de palabras.

Julio bajó al puerto, buscando un sitio donde diera el sol de mediodía. Por todos lados encontró obreros en pleno descanso. Algunos caballos, enganchados a los carromatos, trituraban plácidamente su pienso, entornando los ojos en un guiño feliz.

Un vagabundo subió a un barco mercante, y descendió en seguida con un bote colmado de rancho. Julio vio la escena, y trató de convencerse de que debía hacer lo mismo que había hecho el vagabundo. Pero una estúpida cobardía lo hizo retroceder cuando ya había encontrado una lata de conserva. Tiró el cacharro y se sentó al sol. A dos metros de él el vagabundo bebía, más que masticaba, lo que sacaba del bote. Julio lo observó, hasta que el vagabundo cruzó la mirada. En aquellos ojos brillaba una lucecilla de felicidad.

### III

#### La salida

1

Primero puso en venta su cartera, y recibió doce francos. Cuando cambió su sombrero por una gorra que le ofreció un marinero obtuvo en este cambio dos francos. Anterior a estas operaciones, efectuó la venta de su abrigo. Pero el dinero se había evaporado rápidamente.

Día y noche merodeaba por el puerto. Cada barco que atracaba en los muelles le daba ánimo para no ir en busca del centro de la ciudad.

Sobre todo, el mundo de Marcel le producía malestar. Hubiera tenido que volver con Rose, y ésta le habría hablado de los hombres que se acostaban con ella.

Una noche —cuatro antes de embarcar para España— se agregó a unos marineros que salían de una taberna. El resto de la noche lo pasaron visitando establecimientos de bebidas y prostíbulos. Los marineros bebían como bárbaros, y Julio se embriagó totalmente.

—Escúchame —dijo en francés a uno de ellos—: ¿de qué barco sois vosotros?

El marinero hizo una mueca de extrañeza, y habló en un idioma incomprensible. Como Julio insistiera, el marinero llamó a un compañero, cruzando los dos algunas palabras. De este breve diálogo no salió nada en limpio. Los dos marineros hicieron señas a Julio de que no entendían francés.

Subieron a una casa para seguir bebiendo. Al rato cada marinero se fue a una habitación, acompañado de una mujer. Julio quedó solo en medio del salón. Todo lo que había bebido le puso pesado y tristón. Alguien cantaba en algún cuarto, y una mujer reía estrepitosamente. Julio llenó una copa, y bebió, a

pesar de molestarle aquel champaña de bajo precio. La mujer de la risa volvió a abrir la boca, y Julio se echó de bruces sobre la mesa. En esa postura le sorprendieron dos mujeres. Una lo creyó dormido, y, dándole un empujón, le dijo, ofreciéndole una copa:

—¿Quieres beber?

Julio aceptó, a pesar de notarse mareado. Terminó apurando lo que había en las botellas, y más tarde apenas sintió que le cogían para sacarlo del salón. Le hicieron andar por un pasillo hasta llegar a la puerta de la calle. Entre las dos mujeres lo dejaron a unos cien pasos de la casa, quedando Julio sentado en el arroyo. Notó que lo abandonaban, y después oyó el golpe de una puerta al ser cerrada.

Miró por todos lados. La noche, fría y silenciosa, dormía, untada de niebla. Se movió un poco, y se sentó sobre el canto de la acera. Allí quedó embrutecido, como si todo él fuera una masa insensible. Escuchó ruido de pasos, y creyó que aquel transeúnte se acercaría a atenderlo, preocupándose de su estado. Pero los pasos se extinguieron entre la niebla, y Julio ya no tuvo a su alrededor más que un silencio helado y envolvente.

Empezaba a clarear por entre los mástiles de unos veleros. Las grandes grúas perfilaban en la mañana la solidez de su único brazo, mientras los barcos, inmóviles sobre las aguas oscuras, iban tomando proporciones reales. De un lado para otro cruzaban siluetas que se perdían entre los almacenes de los muelles. Faltaba muy poco para que el sol iluminase aquel horizonte poblado de detritus de nubes sucias.

Julio, con la cabeza un tanto despejada, cruzó el muelle del carbón, y llegó adonde se hacía la descarga de los barcos de madera. Encontró algunos descargadores, que hablaban en un corillo, echando bocanadas de aire

caliente. No se unió a ellos, sino que continuó paseando, para evitar que el frío lo entumeciese. No tardaron en aparecer los capataces, y en ese momento los descargadores formaron frente a ellos en un semicírculo. Julio formó en un grupo, esperando que lo seleccionaran para la descarga. El capataz recorrió a todos en una mirada breve, y con un movimiento de cabeza elegía sus preferidos. El seleccionado, entonces, daba unos pasos, colocándose junto al capataz. Entre los rechazados figuraba Julio. A su lado quedaron cinco hombres. De los cinco, dos eran muy viejos, y los otros tres exhibían unos cuerpos de escasa fortaleza. Detrás de los seis fracasados el cielo tomaba un tinte mate. La mañana iba a ser pobre de sol.

Julio se sentó en una pila de tablones de pino, viendo a los descargadores distribuirse sobre la cubierta de un barco danés. Una mancha roja se alargaba en el horizonte. El sol iba a aparecer de un momento a otro, y Julio sintió lo inútil de este acontecimiento. El frío lo echó de aquel sitio, y le obligó a recorrer el puerto con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

### 3

A media mañana fue al Consulado. El mismo oficinista que lo recibió la otra vez lo contempló de arriba abajo, preguntándole qué buscaba en aquel sitio.

Julio explicó sus deseos de hablar con el cónsul, y el oficinista cortó la explicación, alegando que el cónsul estaba muy ocupado.

—Si está ocupado, esperaré.

—Venga usted otro día —y el empleado volvió a observar el aspecto de Julio.

—¿Que venga otro día? —Julio no ocultó su irritación—. Mañana puedo haberme muerto de hambre —manoseó la gorra con nerviosidad, y terminó—: No saldré de aquí sin hablar con el cónsul.

El empleado dio media vuelta y pasó a una habitación donde debía de estar el despacho del representante de España.

—El señor cónsul —dijo el empleado al regresar— no puede recibirlo.

Julio iba ya a abandonar su posición; pero observó la frialdad que había en el rostro del oficinista, el menosprecio que brillaba en sus ojos, y con la voz levantada explicó:

—Le repito que me es necesario hablar con el cónsul. Por lo menos ese señor debe escucharme un par de minutos —vio que el empleado hacía ademán de llevarlo a la puerta de la escalera, y continuó con gran escándalo—: He venido al Consulado porque tengo hambre. ¿Me oye usted? Pero el señor cónsul no puede atenderme porque se halla muy ocupado. ¿Quiere usted decirme qué es lo que hace en estos momentos el señor cónsul?

Se abrió una puerta, y aparecieron dos señores. En el rostro del que estaba en primer término había una carga de indignación.

—¡Basta de escándalo! Salga de aquí ahora mismo, si no quiere que llame a la policía.

Por la puerta abierta del despacho se veía un retrato de Alfonso XIII. Julio se dio cuenta de la pintura, y contestó:

—No hace falta que llame a la policía. Podría serle desagradable la escena a Su Majestad. Ese señor —y señaló al retrato— tiene la culpa de que en el extranjero un español signifique menos que un piojo —y dando un portazo salió en busca de la escalera.

En la calle no supo elegir un camino, y quedó indeciso a unos metros del Consulado. Antes de echar a andar se le vino encima el caballero que acompañaba al cónsul en el momento del incidente. Julio temió algo desagradable, y esperó el final.

—Pensé que ya estaría lejos —fue lo primero que dijo el caballero—. Me ha sido usted simpático por la manera de contestar al cónsul. Pero esto no interesa ahora. Creo que nos conviene más un buen almuerzo.

Completamente tranquilizado, Julio observó a su acompañante. A su lado tenía a un hombre de grandes espaldas, con un rostro colorado, que acababa en un cuello poderoso. A pesar de la cordialidad que había en sus ojos y en sus palabras, se notaba en él un aire de mando, que lo hacía respetable. No llevaba abrigo, pero cuando Julio estrechó su mano percibió un calor agradable.

Al entrar en un restaurante de aspecto lujoso, Julio señaló el estado de sus ropas.

—¡Déjese de niñerías! —comentó el caballero, con una simpática autoridad.

Al comenzar la comida, el que le había invitado declaró que era capitán de la Marina Mercante, y que se hallaba en Burdeos para remolcar un barco hasta Santander.

—Si usted quiere —indicó el capitán—, yo le llevo a España, y además le doy un sueldo de tres duros diarios.

Julio sonrió con gran contento, y el capitán continuó:

—Como vamos remolcados, no podremos hacer más de cinco o seis millas por hora.

—¿Y cuál será mi trabajo? —preguntó Julio, en plena efervescencia, producida por aquel inesperado viaje.

—Usted ayudará al cocinero y turnará en las guardias para vigilar el cable del remolcador. Salimos al anochecer —dijo el capitán, alegre del efecto que causaba en Julio.

—¿Vamos a ir al puerto ahora mismo? —preguntó éste, después de limpiarse el sudor que le producía la comida.

—En cuanto terminemos de comer. A las tres llegará el remolcador.

Julio dominó apenas su emoción, y comió el postre con prisa. Su estrella surgía de nuevo graciosamente, y ahora en forma de un viaje por mar. «De todas maneras, era una lástima que Orlando no participara de aquel viaje.»

## 5

Sobre la cubierta del Marseille había tres marineros. El capitán dejó a Julio entre estos únicos tripulantes, que serían sus compañeros hasta que llegaran a Santander, y abandonó el barco. A Julio le había dado algunas órdenes; una de ellas era que pusiera en condiciones la cocina.

Julio se dedicó a esta primera limpieza. Después de quitar la ceniza, que estaba como petrificada sobre la parrilla de los hornos, metió unos trozos de leña y un trapo encendido que despedía un fuerte olor a aceite quemado. Después echó carbón, y, como si este trabajo tuviera mucha importancia, sonrió victorioso.

Ahora se dedicó a limpiar los estantes que guardarían más tarde las provisiones. Hecho todo esto, salió a cubierta y contempló los barcos anclados cerca del Marseille. Cuando volvió a la cocina sintió agradablemente el aspecto de curiosidad que había producido con su trabajo. Este aspecto de la cocina surtió su efecto en el capitán cuando regresó acompañado del cocinero. Se distribuyeron las provisiones, llenando unos cajones de patatas, de huevos, de latas de conserva, etc.

Mientras se preparaba la salida, el cocinero mandó limpiar a Julio uno de los camarotes, ya que en él iba a dormir el capitán. Después de este trabajo, Julio preguntó al cocinero:

—¿Qué hago ahora?

El cocinero le entregó un cubo lleno de patatas, para que las mondara. Por primera vez en su vida, Julio se dispuso a hacer ese trabajo. Mondó algunas con tan poca habilidad que sintió vergüenza de aquel desmenuzamiento inútil. La sexta patata le salió aceptable, y ya continuó su faena confiado y dispuesto a exhibir su trabajo. Comenzó a silbar una cancióncilla —el calor de la cocina se pegaba al cuerpo y producía cosquillas de gusto—, procurando que las patatas fueran mondadas lo más perfectamente posible. De cubierta llegaron voces de mando, y se escuchó el pito de un remolcador. Julio dejó el cuchillo y salió de la cocina. El capitán estaba en el puente de mando, y en el timón de popa maniobraba un marinero. El remolcador arrancó sin brusquedad, y el cable de amarre surgió del agua, hasta quedar completamente tenso. El Marseille avanzó su casco, cubierto de liquen, cruzando ante los demás barcos. Con la maquinaria enmohecida, con la sirena inútil, el Marseille fue avanzando sin ninguna arrogancia, como si presintiera que a su llegada a Santander iba a ser destripado, para que lo utilizaran como almacén de carbón. Como única nota de vitalidad, la chimenea del Marseille arrojaba un poco de humo. Pero éste era tan endeble que apenas se hacía destacar sobre la despintada chimenea. Además, aquel humo provenía de la cocina, donde un fuego mediocre calentaba un caldero de patatas.

## IV

### En alta mar

1

Por la noche, de diez a doce, Julio fue avisado para que hiciera su primera guardia. Tenía que relevar a un tal Pedrote. Este marinero se había dado cuenta de la inexperiencia de Julio, y trató de hacerle fácil el trabajo.

Pedrote se alejó de proa, y Julio quedó vigilando el cable del que tiraba el remolcador. El mar parecía oculto en la noche cerrada, y se fundía con el cielo, ennegrecido por nubes inmóviles. En aquella oscuridad sólo se destacaba la luz roja del remolcador. Julio se sentó sobre un cabo, pero no tardó en levantarse, obligado por una viva inquietud. Se asomó por la proa, y escuchó cómo el mar golpeaba el casco del Marseille una y otra vez. Su cuerpo, y hasta su espíritu, se balanceaban suavemente, pegados a la vieja borda, mientras de abajo, del agua misteriosa, subía una canción primitiva. Julio lanzó su pensamiento muy lejos, como una onda de radio que, después de resbalar por el mundo, vuelve al sitio de origen. Este pensamiento le hizo estremecerse y apretar aquel trozo del Marseille donde estaba descansando.

2

El cocinero llegó minutos antes de medianoche. Se cambió la guardia, y Julio se fue a descansar. A él, como a los demás tripulantes, le habían destinado un camarote de oficial, ya que todos estaban vacíos. Se acostó con ánimo de

dormir; pero una hora más tarde continuaba despierto. Uno de los obstáculos para conciliar el sueño era el recuerdo del ruido del mar.

También pensaba si habría un Dios que diera impulso a aquello que lo había llenado de sorpresa en la proa del Marseille.

Julio dejó el camarote y salió a cubierta. Encima del Marseille se había aclarado el cielo, hasta dejar que la luna filtrase su blancura fría a través de una gasa alargada. Abajo seguía llameando la luz roja del remolcador.

Después de no dar ninguna solución a sus pensamientos, Julio regresó para acostarse. En un camarote que no era el suyo vio la puerta abierta. Se asomó por simple curiosidad, y vio a Pedrote leyendo a la luz de una lámpara de petróleo.

—¿Tienes algo para leer? —preguntó Julio, cerrando la puerta;

Pedrote buscó en un estante, y cogió unos folletos.

—¿Eres comunista? —Julio había descubierto el nombre de Lenin en uno de los libritos.

—Sí —contestó Pedrote—. Pertenezco al partido desde hace un año.

Se hizo un corto silencio, y ahora fue Pedrote el que preguntó:

—¿Cuáles son tus ideas?

—Desde luego, estoy con vosotros —dijo Julio, sintiendo que se descargaba de sus preocupaciones anteriores.

—Pero tú no tienes tipo de obrero —afirmó Pedrote.

—Soy estudiante. En mi casa hay dinero. Mis padres esperan que termine los estudios para ponerme una clínica.

—¿Y no te agrada eso? —supuso Pedrote.

—No.

—¿Entonces prefieres andar por el mundo?

—Creo que esto es más interesante.

Callaron, como si ya se hubieran revelado todo, y después fue Julio el que habló primero:

—Hace un momento estaba en cubierta pensando si existe Dios.

—¿Te preocupa mucho eso?

Julio no contestó, sino que empleó su silencio en mirar el folleto de Lenin. De fuera les llegó una canción que alguien silbaba con gran delicadeza. El marinero lo hacía bastante bien; pero esto duró muy poco, y la canción se fue apagando, hasta morir por el pasillo de los camarotes.

—¿Qué va a ser de tu vida cuando lleguemos a Santander?

—Todavía no lo sé —respondió Julio—. Puede que vaya a Madrid a ver cómo marcha mi familia —esto último lo dijo con cierta sorna.

—Yo te daría un consejo —y Pedrote pensó unos segundos esta continuación—. ¿Por qué no ingresas en el Partido Comunista?

Julio tenía en una mano el folleto que le había prestado Pedrote. En la portada resaltaba la cabeza poderosa de Lenin.

—De todas maneras —empezó Pedrote, al observar que Julio no había respondido a su invitación—, comprende que alguien tiene que sacrificarse para dar la vuelta a este paraíso burgués. Los que vengan detrás de nosotros encontrarán todo como nuevo.

—Sin embargo —expuso Julio—, tú te sacrificas para que después goce de la vida comunista un albañil cretino o un profesor mediocre.

—Yo no pienso ahora en el albañil cretino o en el profesor mediocre —y Pedrote hablo con un tono de reconvención—. Yo ayudo a mis camaradas para evitar las guerras y la desigualdad económica, que permite que cualquier imbécil goce de todo lo que producen los trabajadores, mientras hay desgraciados que no pueden comer.

Julio dejó a Pedrote para descansar hasta que lo llamaran para hacer la guardia. El mar brillaba a babor, debido a una luna fría que acompañaba al Marseille en aquel viaje, en el que el barco francés navegaba con una aburrida lentitud. Julio trató de ver en la noche el retrato de Vladimiro Ilitch (Lenin), y después marchó a su camarote.

A la cuarta noche que el Marseille llevaba de navegación, Julio entró de guardia a las cuatro de la mañana. Sobre las cinco divisó por la parte de estribor un haz de luz. Esta luz rasgaba el cielo, y desaparecía unos segundos, para volver nuevamente. La señal se fue haciendo más viva, hasta que surgió del mar como una doble luna. La gente del Marseille se puso en movimiento. A proa acudió el cocinero, Pedrote, otro marinero y el capitán. Este dijo para todos:

—Ahí tenemos el faro de cabo Mayor. ¡Estamos en Santander!

En todos hubo la alegría natural; pero pasados unos minutos dejaron a Julio otra vez solo. Aún tenía que continuar la guardia hasta las seis de la mañana. Paseó por el poco espacio de que disponía, mientras el mar hacía cabecear al Marseille en blandos movimientos. En este corto paseo le sorprendió una lenta claridad, que empezaba a apuntar por cima de las aguas. A la luz espectral del amanecer vio abrirse el mar en vacíos inmensos, que después se transformaban en montañas de un topacio brillante. Las señales del faro seguían rasgando las últimas sombras ante el próximo nacimiento del sol. En

medio de aquellas dos claridades, Julio aguantaba el viento, que sabía a mar, ofreciendo su cabeza desnuda. Carecía de eso que llaman vanidad; pero en aquellos momentos se sintió más importante que algunos hombres. «Por lo menos más importante que el cónsul de España en Burdeos.»

5

Al dejar la guardia fue a la cocina, se preparó un tazón lleno de café y marchó a su camarote, para beberlo tranquilamente. Julio buscó un papel y un lápiz; dejó todo dispuesto; pero abandonó la idea de llenar de palabras aquella hoja de papel. Bebió hasta la mitad del tazón, y se puso a pasear los tres metros escasos del camarote. Para él aquello de escribir unos versos despidiéndose del viejo Marseille no dejaba de ser una cosa nueva. «Tal vez fuera mejor explicarse en prosa vulgar.» Julio bebió más café, paseó otro rato, y con el recuerdo de la conversación sostenida con Pedrote y aquel otro recuerdo de las guardias hechas a proa se sentó en la única silla, y fue escribiendo despacio líneas de palabras, que en seguida eran tachadas, por parecer le que no traducían su pensamiento. Por fin, consiguió acabar su trabajo, y leyó varias veces esta especie de despedida:

#### AL BARCO «MARSEILLE»

1

No conozco tu origen

ni lo demás.

Ahora voy en tu último

viaje por el mar.

2

Cuatro millas por hora,  
—lo ha dicho el capitán—.

Exactamente  
lo que un caballo viejo  
que apenas puede andar.

3

Cuatro millas por hora.  
Sin bandera, sin humo,  
sin estruendo y sin velocidad.

4

Cuatro millas por hora.  
Abajo, en las turbinas,  
un corazón de acero  
que no puede marchar.

5

Ni una racha de viento;  
ni niebla, ni tormenta,  
ni una ronca sirena  
para pitir.

6

Cuatro millas por hora.  
Un capitán, tres marineros;  
yo, un falso aventurero

que empieza a navegar.

7

Cuatro millas por hora.

Buena velocidad

para estudiar a Lenin

y pensar.

8

¡Adiós, viejo Marseille!

La vida se prolonga

indefinidamente

lo mismo que este cielo y este mar.

9

¡Adiós, viejo Marseille!

Hasta la eternidad.

A la cuarta vez que leyó lo que había escrito, le pareció que su inquietud era muy superior a todo aquello deduciendo que los poetas eran hombres limitados, o lo más, pequeños falsificadores de grandes cosas.

Hizo una pelota con el papel manuscrito, salió a cubierta y arrojó al mar su despedida al Marseille. Los versos flotaron sobre un lecho morado, y luego se confundieron con la espuma de una ola rota por el casco del barco francés.

Contempló aquel único cadáver de la travesía, y volvió la cabeza. El faro de cabo Mayor había cesado de lanzar su manga de luz blanca, y Santander iba surgiendo en la fría mañana como una ciudad virgen y misteriosa.



## CUARTAS ESCENAS

## Comunistas y anarquistas

Hasta las nueve de la mañana no atracó el Marseille en el puerto de Santander. Julio aprovechó el fuego de la cocina para calentar un cubo de agua y hacerse un lavado general. Lo dejaron al cuidado del barco hasta cerca de mediodía, que regresó el capitán acompañado de unos señores. Estuvieron inspeccionando el Marseille, y Julio observó que hacían cálculos acerca de lo que podría venderse como maquinaria utilizable, aunque la mayor parte de lo que componía las entrañas del barco iba a formar montones de chatarra.

El capitán se acercó a Julio y le entregó cien pesetas.

—Ahí tiene usted —dijo el capitán—. Ya puede dejar el barco, porque yo he de esperar hasta que venga el guarda que ha de cuidar del Marseille.

Julio estrechó la mano del capitán, y abandonó la cubierta. Todavía contempló, ya pisando el suelo del muelle, el viejo casco del barco francés. Allí quedaba lo único que podía recordarle sus días de Saint-Nazaire, sus días de Burdeos y la hermosa cabeza de Louise.

En el paseo de Pereda preguntó por la calle de Atarazanas. Al llegar a esta calle buscó un número que correspondía a una casa cercana a la cuesta de Gibaja. Subió al segundo piso, y llamó en una puerta, que le abrió un niño de unos nueve años. Julio preguntó por Pedrote; pero el pequeño no parecía comprender, cuando llegó el mismo Pedrote.

Toda la casa olía a guisado, y una mujer, que hacía la limpieza de una habitación, estaba cantando *La Internacional*.

—Vamos a meternos aquí —aconsejó Pedrote, entrando en un cuarto—. Dentro de unos minutos habrán arreglado mi habitación.

Allí había una cama pintada de negro, un armario de pino, un baúl y un palanganero. En la pared estaba el retrato de Pedro Kropotkine. Debajo de este retrato habían pegado con migas de pan un recorte de periódico, en donde podía leerse un poema alusivo a los mártires de Chicago.

Julio tomó asiento encima del baúl. Pedrote habló desde la cama.

—En esta habitación vive un camarada anarquista. Trabaja de carpintero.

Entró en el cuarto el niño que había abierto la puerta a Julio. Miró al visitante con ojos despiertos, hasta que su desconfianza se trocó en franca amistad. Con la cara sonriente se colocó junto a Pedrote; pero se cansó pronto de continuar en la habitación, y se largó, en una corta carrera.

—Tiene cara de listo —dijo Julio, por el pequeño.

—Se llama César —y después de revelar el nombre agregó, con un tono de pesar—: Su padre fue asesinado en Barcelona por las bandas de Martínez Anido. La madre de César cuida de nosotros. Somos seis, cuatro anarquistas y dos comunistas. Con lo que pagamos viven la madre y el hijo.

Pedrote fue a preguntar si estaba hecha su habitación. Al volver indicó a Julio que le acompañara. El cuarto de Pedrote, en lo que se refería a espacio y amueblamiento, era igual al que habían dejado poco antes. También en la pared había un retrato. Pero en vez de Pedro Kropotkine, Julio contempló una fotografía de Lenin.

Pedrote se apoyó en la cama. Julio lo hizo sobre el baúl; pero antes paseó por el cuarto, se asomó a la ventana, y, finalmente, miró por segunda vez la fotografía del revolucionario ruso.

—Para mí —dijo, señalando a Lenin— ese hombre es superior a Napoleón.

—¿Conoces la vida de Lenin? —preguntó Pedrote, con una sonrisa de gratitud.

—Recuerdo los días que pasaba encerrado en el Instituto Smolny preparando el asalto al poder, mientras Kerenski le ordenaba entregarse. Lenin quedará

como algo enorme y desproporcionado. Es la primera vez que un solo hombre absorbe toda la historia de una revolución.

Pedrote observó que Julio no continuaba, y satisfecho del todo, llamó a la madre de César. La mujer llegó agarrada a su hijo, y Julio la vio vestida de luto. Inmediatamente pensó en el luchador desaparecido.

Pedrote, como los demás obreros que habitaban la casa, comían y cenaban en una taberna de la cuesta del Hospital. Pero Julio dio dinero a Martina —éste era el nombre de la viuda—, y aquel mediodía se celebró la comida en una habitación. Se reunieron Martina, Julio, Pedrote, un anarquista vegetariano, llamado Dionisio, y el pequeño César.

—El camarada Dionisio —dijo Pedrote, por el anarquista vegetariano— rehúsa nuestros filetes. El ya tiene su comida.

Dionisio extendió en una parte de la mesa un paquete, donde había plátanos, almendras, nueces, cacahuetes y uvas pasas. Como complemento tenía también un pequeño pan integral.

Dionisio se afeitaba de veinte en veinte días —esto era para él un gran suplicio—; no llevaba corbata, y la camisa, de cuello bajo, destacaba un tronco de gigante. Para sonreír al comentario de Pedrote enseñó unos dientes poderosos, en los que había una excelente limpieza. Todavía existía en Dionisio otra cosa que le hacía más singular. Eran unos ojos que llamaban la atención por su gran tamaño. Dos ojos que al fijarse en alguien atraían sensiblemente.

Dionisio apartó el plátano más hermoso, y lo puso en el sitio de César. Su cabeza, enmarañada, movíase en silencio, y de vez en cuando sonreía al hijo de Martina.

La sobremesa fue breve, porque Dionisio tenía que marchar al taller de carpintería. Julio se despidió de él hasta que se vieran en la taberna de la cuesta del Hospital, donde había de cenar con los otros revolucionarios.

Dionisio llegó al pasillo, cogió su sombrero hongo y, cubriendose la cabeza, regresó, para mascullar un «Hasta luego». Después desapareció, con sus enormes espaldas.

Julio hizo un comentario acerca del sombrero hongo de Dionisio.

—Ese sombrero lo ha traído de Francia —aclara Pedrote—. El verano pasado, a la gente, le chocaba verlo con alpargatas y hongo de burgués. Es un gran hombre, pero, como la mayoría de los anarquistas, nunca hará nada eficaz. Dionisio da demasiada importancia a su régimen vegetariano. Los domingos marcha al campo; si siente calor, practica el desnudismo, y de vez en cuando hace poesías a la madre Naturaleza. Yo discuto con él, le señalo nuestra manera de actuar como comunistas, y Dionisio se irrita. El cree que si mañana estalla la revolución se puede implantar un comunismo libertario donde no existan guardianes, donde no haya un ejército para defensa de los mismos obreros y donde el hombre marche libre como un pájaro. Le señalo que ese comunismo, por ahora, es imposible; que primeramente es necesario someter por la fuerza armada a los enemigos de los trabajadores; que no habrá otro remedio que encarcelar, que fusilar, y Dionisio responde que odia al poder, que aborrece el militarismo, sea de la clase que sea, y que le repugna la coacción.

Pedrote dejó de hablar, para pasarse una mano por la cara. Todavía agregó a la explicación anterior:

—Cuando señalo a Dionisio el esfuerzo realizado por los camaradas rusos, él contesta que en la U. R. S. S. hay policía y ejército. Es inútil que le aclare que los soviets han tenido que luchar y vencer en ocho frentes, que necesitan mantener un estado de fuerza si no quieren entregar la revolución a la burguesía internacional.

—Tienes toda la razón —contestó Julio—. Sin embargo, en España los anarquistas han ido siempre a la cabeza de todos los movimientos revolucionarios.

—¡Cierto! —refrendó Pedrote con calor—. Es gente decidida, pero carecen de un claro programa político o social. El anarquista es heroico; siempre está dispuesto al sacrificio; pero con un triunfo revolucionario en las manos haría lo que un niño a quien le hubieran encargado la construcción de un ferrocarril. A Dionisio le repugna la disciplina, y sin disciplina se puede hacer una revolución, pero nunca se podrá consolidar esa misma revolución.

Pedrote interrumpió sus comentarios al aparecer Martina. Después de escuchar un recado, Pedrote se despidió de Julio hasta la hora de cenar. Martina quedó en la habitación. La viuda pronunció algunas palabras, en las que hizo mención al frío que se sentía en la casa. Puede que no tuviera más de treinta años; sin embargo, todos los rasgos de su rostro denotaban una gran decepción. Al mirar, dejaba fijos sus ojos; entonces se observaba que Marina guardaba en un sitio muy profundo el recuerdo de su compañero.

—¿Dónde se halla César? —preguntó Julio, para salir de aquel silencio.

—Estará en la habitación de Dionisio. Es el que le enseña a leer y escribir. César tiene que aprenderse la lección si no, Dionisio le regañará cuando regrese del taller.

Julio quiso sorprender a César, y marchó a la habitación. El pequeño discípulo de Dionisio estaba sentado sobre una banqueta. Al ver a Julio pasó por un breve azoramiento, se corrió la lengua por el labio superior y trató de salir.

—Amigo César —Julio hablaba sonriente—. Acércate, y hablaremos de lo que tú quieras.

César se llegó hasta Julio, y aguardó lleno de naturalidad.

—¿Sabes leer? —continuó Julio.

—Sí.

—¿Y escribir?

César hizo un movimiento afirmativo.

—¿Quién te enseña eso? —preguntó Julio, disimulando que sabía quién era el profesor.

—El camarada Dionisio.

Martina cruzó la puerta, observó complacida durante unos segundos, y luego se fue sonriendo.

—¿A quién quieres más de los que viven aquí?

A mi madre —respondió rápido el pequeño César.

—Bien. Eso ya lo suponía yo. Me refiero a los compañeros. ¿A cuál de ellos quieres más?

César miró confiadamente, y respondió:

—A Dionisio.

—¿Y por qué quieres más a Dionisio?

César quedó preocupado frente a la pregunta, pero al fin dio esta respuesta:

—Dionisio siempre me cuenta cosas. Me ha enseñado a coger grillos; también me enseña a leer y a escribir.

César se había colocado en el centro de la habitación. La luz que entraba por la ventana hacía muy visible el estado de sus botas. Julio vio esto, y le acarició la alborotada cabeza.

—Está bien, César; eres un hombre aplicado. ¿Querrás acompañarme a dar un paseo?

A César le brillaron los ojos, y salió a comunicar a su madre la proposición de Julio. Regresó peinado y con un pañuelo limpio en el bolsillo de su pelliza. Dio la mano a Julio, y salieron con alguna precipitación, por parte de César.

—¿Dónde vamos? —preguntó Julio.

—Vamos a ver los barcos.

—Lo mismo estaba pensando yo.

Julio fue mirando los escaparates de los comercios hasta encontrar una zapatería. Entró con César, y encargó a un dependiente que le probara unos zapatos. César veía todo muy asombrado. Cuando el dependiente miraba en una estantería, César dijo a Julio:

—Tengo un agujero en este calcetín.

Julio tiró del calcetín, y lo dobló bajo la planta del pie. Le probaron dos pares, y cuando César se vio en la calle con sus zapatos nuevos preguntó, feliz:

—¿Por qué me has comprado esto? ¡Ya no tendrás más dinero! Le diré a Dionisio que te dé de comer.

—Pues sí; tendrás que decirle eso a Dionisio —apoyó Julio, encantado del diálogo.

—¿Cómo te llamas tú?

—Julio.

—Dionisio —y César no dijo lo que le parecía el nombre de Julio— me enseña a hacer esculturas. Dice que la migaja que hay dentro del pan no debe comerse. Dionisio dice que la migaja la venden los panaderos para que los niños aprendan a hacer esculturas.

—¿Dice eso?

—Sí. Dice que el sol y la lluvia son cosas buenas, pero que los curas y los guardias civiles no hacen falta para vivir.

—Eso es verdad, César.

—¿Por qué eso es verdad?

—¿Tú puedes vivir sin beber agua? —inquirió Julio, mirándole a los ojos.

—Sin beber agua no se puede vivir.

—Y sin que existan curas y guardias civiles, ¿puedes tú vivir?

César reflexionó rápidamente, y formuló su opinión.

—Los curas y los guardias civiles no hacen falta para vivir. Dionisio me ha dicho que tampoco hacen falta los soldados y los cañones.

En cuanto César vio los barcos atracados al muelle olvidó los consejos de Dionisio. Lo único que persistía en él era una gran preocupación por sentar los pies donde no corrieran peligro sus zapatos. Julio lo dejó marchar delante, mientras él recordaba la casa de Martina. Ahora descubría que era la madre de César quien en aquella mañana había cantado *La Internacional*.

### 3

En la taberna encontró a Dionisio. Estaba con unos amigos, y Julio extrañó no ver entre ellos a Pedrote. Dionisio explicó que a las nueve se celebraba un mitin comunista y que Pedrote tenía que sentarse en la presidencia. Debido a esto, había cenado rápidamente, para marchar al lugar de la reunión.

Dionisio presentó como anarquistas a los dos camaradas que estaban con él.

—César está muy alegre —empezó Dionisio, después de la presentación—. No hace más que mirarse sus zapatos.

Julio pidió su cena, y se despidió de uno de los anarquistas. Este compañero trabajaba en el puerto, y al despedirse explicó que tenía que madrugar.

—¿Vienes de Francia? —preguntó a Julio el otro anarquista que quedaba junto a Dionisio.

Julio asintió, y el otro pareció meditar. Era un tipo muy delgado, y mostraba un pelo que le caía hasta el cuello de la chaqueta, en una melena blanca y desigual. Los ojos, de un color de acero, parecían desear descanso, pues los entornaba continuamente. El brazo derecho lo tenía apoyado en un

montoncito de folletos, y Julio pensó que se ganaba la vida vendiendo aquella clase de publicaciones.

—¿Has estado con los grupos de París? —preguntó el de la melena blanca.

—Nuestro amigo —aclaró Dionisio— no milita ni en el anarquismo ni en el comunismo; es un simpatizante nada más.

—No sabía nada —alegó el de la melena.

Después de decir esto cerró los ojos, y sin doblegar la cabeza entró en un extraño sueño. Dionisio no dio la menor importancia al pequeño suceso.

El sueño duró unos quince segundos. El anarquista abrió los ojos con gran naturalidad y enlazó a lo anterior:

—Es una lástima que no hayas visto en París a nuestros camaradas. Allí hay gente de talento —y volvió a cerrar los ojos y a respirar, como si durmiera un sueño normal.

Dionisio sacó de un bolsillo unos higos y se los fue comiendo, moviendo las mandíbulas muy despacio.

El de la melena blanca volvió a la realidad; cogió sus folletos y se levantó.

—Me voy al mitin —declaró—. No espero vender mucho, porque esos comunistas dicen que estos escritores —y señaló a los autores de los folletos anarquistas— son todos unos pequeños burgueses.

En cuanto salió de la taberna, Julio indicó a Dionisio:

—¿Por qué no se va a dormir? Apenas puede tenerse en pie.

—No tiene ninguna clase de sueño —aseguró Dionisio—. Está enfermo, y esa enfermedad, que lo hace dormir, aunque sea en medio de la calle, le viene de la cárcel. Ha estado siete años encerrado en presidio. En esos siete años se le cambió el color del pelo, y ha salido hecho una lástima.

Dionisio vio en la cara de Julio un gesto de malestar, y agregó:

—A veces te habla entusiasmado, pero de pronto se duerme, y luego se despierta como si no hubiera pasado nada.

Dionisio cesó de hablar; reparó que había terminado con los higos, y ahora empezó con las nueces. Para partirlas se colocaba un par en la palma de la mano derecha, y, cerrando el puño, se oía el chasquido de la dura corteza.

Julio terminó de cenar.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Dionisio no daba su opinión, y Julio propuso:

—¿Vamos al mitin comunista?

—¿Para qué? Todo lo que digan, yo me lo sé de memoria. Si quieres ir, te acompañaré hasta la puerta. Pero no creo que tú aprendas mucho en ese mitin —y Dionisio continuó partiendo nueces.

Fuera de la taberna declaró Julio:

Yo tampoco voy al mitin. Si te parece bien, vamos al teatro.

Dionisio acogió esto sin ningún entusiasmo.

—¿No te gusta el teatro?

No. El teatro español está completamente envilecido.

Me agrada tu opinión. Precisamente...

—Si triunfa el comunismo —continuó Dionisio, sin permitir que Julio acabara la frase— no habrá otra solución que inutilizar a estos autores de hoy. Esa gente no hace más que manosear los mismos asuntos con las mismas frases. Si acaso, varían los nombres de los personajes. Escucharás siempre en el primer

acto lo que relatan unos criados acerca de sus señores. Te enterarán de que el señorito es un calavera que llega tarde al lecho conyugal. Otro detalle que agrava la cosa es que la mujer recibe un anónimo descubriendole que su marido está en relaciones con una pantalonera castiza y madrileña. En el segundo acto la esposa pide consejo a un sacerdote, después, a una amiga, y ésta le aconseja que se entreviste con una adivinadora...

Dionisio estaba parado a dos pasos, metidas las manos en los bolsillos de su chaqueta.

Puedes reírtelo que gustes —y Dionisio reanudó la marcha. Pero lo que te he contado es la pura verdad. El teatro español tiene una psicología representativa de todo lo mediocre que anida en este país. En el teatro español contemporáneo se elogia el mantón verbenero, el julepe, los toros y la mujer española. Se estrenan obras en las que aparecen Manolillo y Rocío hablando a través de una reja. En la ventana hay unos tiestos con flores, lo que es utilizado por el autor para que Manolillo hable en verso acerca de las flores que semejan la bandera española.

—Entonces, ¿cómo harías tú una obra teatral?

—Sencillamente, copiando de la realidad. ¿Tú has estado en Andalucía?

—Sí.

—¿Y tú has visto que un hombre diga a su novia esas tonterías de que las flores amarillas y los claveles rojos parecen la bandera española? Yo pienso escribir una cosa en un acto —soltó Dionisio de repente—. «El» es un vagabundo que se ha construido una choza en las afueras de la ciudad capitalista. Una noche llena de estrellas, en que cantan los grillos en la oscuridad, «él» regresa a su albergue llevando a la espalda un cesto con comida. Creo que este personaje se llamará Spartaco: ¿te parece bien el nombre?

—Sí; está bien ese nombre —y Julio temió que aquello ya hubiera terminado.

—En esa hermosa noche de verano Spartaco camina pensativo, cuando de pronto oye unos aullidos, que más bien parecen gritos humanos. Spartaco

busca a la luz de la luna, y encuentra un perro. El animal continúa quejándose, y, haciendo un esfuerzo, se levanta y lame una mano a Spartaco. El vagabundo carga con el animal, y, una vez en la choza, lava la herida que tiene el perro y lo venga con un trozo de su única camisa. Después salen de la choza y se reparten la comida. Encima de ellos las estrellas siguen luciendo su luz de plata. Spartaco mira el fulgor que flota sobre la ciudad capitalista, y queda pensativo. Se da cuenta de que el perro le está besando las manos. Spartaco acaricia al animal, y explica a su nuevo compañero la causa de que ellos sean como dos despojos de aquella ciudad, que brilla a unos kilómetros de la choza.

Como Julio quedara pensativo, Dionisio tuvo que aclarar:

—Antes de empezar la función se repartirán unos folletos, donde, aparte de otras cosas, se explicará que el vagabundo es un propagandista del anarquismo y que el perro representa al pueblo, esclavizado y hambriento.

Hecha esta aclaración, Dionisio se quitó el sombrero para rascarse en su revuelta cabeza. Después volvió a cubrirse con el hongo. Al pasar bajo los faroles proyectábase su silueta como una masa enorme. Tenía la costumbre de dar unos pasos, pararse, y en seguida reanudar la marcha. Como es natural, Julio quedaba delante, y podía observarlo a su gusto.

Acordaron entrar en un cinematógrafo de precios reducidos.

Dionisio justificó el meterse en un local barato afirmando que en estos sitios se encontraba uno con la clase más virgen de la humanidad.

Le habían tendido un colchón en el cuarto de Pedrote. Julio regresó del cinematógrafo, se desnudó y se acostó. Antes de que se durmiera apareció Pedrote. Preguntó si él había estado con Dionisio en el mitin. Julio dijo que no,

pero sin revelar que habían preferido entrar en un cinema a asistir a la reunión de trabajadores.

Ya acostado Pedrote, y con la luz apagada, preguntó de nuevo:

—¿Por qué no has ido al mitin?

Julio se excusó débilmente; habló de Dionisio, de la taberna y del anarquista de la melena blanca. Pedrote le escuchó en la oscuridad.

—Créeme —dijo, fraternal—; vale la pena molestarte. Algun día, esto estará de otra manera.

Pedrote se durmió primero. Julio, más tarde, con un sueño agitado, como si en la habitación alguien continuara desarrollando pensamientos avanzados. Aunque nadie podía ver en aquellas tinieblas, en la pared seguían vigilantes los ojos inmóviles de Vladimiro Ilitch (Lenin).

## Nuevas dificultades

El billete para trasladarse a Madrid costaba bastante más de las veinte pesetas que le quedaban de las cien que le había entregado el capitán del Marseille. No quiso pedir ayuda a Pedrote y a los demás amigos, pareciéndole mejor dejar que todo lo arreglara la casualidad. Pero la casualidad no le arregló nada, y terminó gastándose las últimas veinte pesetas. Verdad que de esas veinte tuvo que emplear ocho en comprar a César una bufanda, una gorra y unos guantes. El pequeño discípulo de Dionisio no salía de su asombro desde el día que Julio le había comprado los zapatos. Ahora, regularmente equipado, César sentía un vivo placer en marchar a la calle a hacer cualquier recado. Hasta Dionisio estaba encantado de que su único discípulo hubiera adquirido aquel aire de colegial pudiente. El pequeño César manifestó a Julio su agradecimiento —aquí se veía la mano de Dionisio— entregándole una figurita hecha con migas de pan. La diminuta creación era todo un símbolo. Se trataba de un trabajador con el puño en alto y las piernas en posición de marcha.

—La hemos hecho entre Dionisio y yo —explicó César—. Vamos a hacer otra cosa más grande —y César indicó con las manos hasta unos quince centímetros de largura.

Después de obsequiar a Julio con la figurita, César marchó a estudiar al cuarto de Dionisio. César no podía suponer que su amigo Julio no iba a volver por aquella casa. De haberlo adivinado, César se habría echado a llorar.

Con las últimas pesetas cenó y pagó el alquiler de la cama, donde durmió hasta las seis de la mañana. Llegó al puerto con las primeras luces del día, yendo directamente al muelle, donde habían atracado dos barcos noruegos. Julio se acercó a una caseta, donde bebió un té con unas gotas de aguardiente. A su alrededor charlaban varios trabajadores. Tapando la estufa, que mantenía caliente el depósito del té, había dos vagabundos. Los dos hombres se contentaban con aspirar el vaho tibio que se escapaba del depósito. Cuando un trabajador pedía alguna cosa, los vagabundos miraban con gesto envidioso, y continuaban aspirando las gratas emanaciones. El grupo de obreros dejó la caseta para llegar adonde aguardaban otros compañeros. Julio iba en el grupo, y al aparecer el capataz formó en una fila, hecha precipitadamente. Los descargadores movíanse nerviosos, temiendo no ser seleccionados.

Con una cabezada, el capataz indicó a Julio que estaba admitido. Formada la brigada, el capataz distribuyó a la gente para hacer la descarga, y se empezó a trabajar. A excepción de Julio, todos los descargadores llevaban en el hombro izquierdo una almohadilla. De esta forma las dos tablas que correspondían a cada descargador descansaban encima del paño, y no producían molestia. Julio comenzó el trabajo lleno de voluntad. Delante y detrás de él se movían los hombres, cargados o de vacío. El viaje de vuelta al barco lo utilizaban algunos para canturrear o para hablar con el compañero. Julio empezó a sentir un dolor caliente en el hombro. A media mañana este dolor era inaguantable. Como no era cosa de quitarse la chaqueta, el chaleco y la camisa para verse la parte dolorida, Julio continuó bajando tablas y entregándoselas a un compañero, que las iba apilando ordenadamente.

A las doce sonaron las sirenas, y los descargadores se desparramaron, en busca de la comida. Julio simuló que marchaba a comer, y en cuanto estuvo lejos de los que habían trabajado con él acortó el paso y dio unas vueltas al

barrio de Puerto Chico. Sentía hambre, pero el dolor del hombro casi le hacía olvidar lo del estómago. Entró en un cafetín de pescadores, y fue directamente adonde había una puerta con un letrero indicador. Julio entró en el retrete, se quitó la ropa y, violentando la cabeza, descubrió en su hombro izquierdo una llaga medio reseca. Se palpó la herida, y un escozor semejante a una quemadura le hizo apartar la mano. Antes de media hora tenía que volver a empezar el trabajo. Encerrado en la letrina trató de hacerse una pequeña cura, para aliviarse de aquel dolor, que le quemaba el hombro.

Se notó acorralado en el escaso sitio del retrete. Desde la otra parte alguien tiró del picaporte. Julio dijo algo, y el otro se alejó rezongando.

Se orinó en un trozo que había arrancado de su camisa y se lavó la herida. Después se vistió y salió del cafetín.

Se dirigió a los barcos medio mareado, pero dispuesto a terminar la jornada.

Antes de acabar el trabajo, uno de los tripulantes habló a Julio en francés. Al darse cuenta de que era entendido, propuso, guiñando un ojo:

—Cuando acabes no te vayas. Quiero hablar contigo.

Julio creyó que el marinero llegaría a proponerle algún negocio de contrabando, y en cuanto dieron la orden para dejar el trabajo cobró su jornal y esperó, paseando por el muelle. El marinero le hizo señas de que subiera a bordo, y Julio cruzó la pasarela, recorrió la cubierta y entró en el rancho de proa, donde estaba cenando parte de la marinería. Julio aceptó de buena gana un plato de comida.

—¿Conoces las casas de mujeres? —le preguntó un fogonero.

Julio no tenía idea de dónde estaban esas casas, pero confió en preguntar más tarde a cualquier obrero. Contestó afirmativamente, y todos agradecieron la contestación.

—Si nos acompañas —terció uno—, nos costará más barato, y no nos engañarán.

Julio habló poco; pero, en cambio, llenó su estómago convenientemente.

El hombro le seguía doliendo. Ahora con menos violencia que cuando la descarga de la madera. Sin embargo, aguantó el escozor delante de aquellos hombres, que no cesaban de contemplarlo, como si él fuera un tipo importante.

Las casas que iban a ser visitadas estaban en la calle de Rúa Menor; pero en esta calle había establecimientos donde se podía beber. Los marineros convencieron a Julio de la necesidad de alegrarse un poco antes de ver a las mujeres. Julio trató de no beber, y un marinero le entregó dos duros a cambio de que se echara a la garganta un vaso de aguardiente. Este mismo tripulante se acercó a Julio, obligado por la borrachera, y le dijo, con el aliento cargado:

—Mis amigos —y señaló a sus compañeros— también te darán dinero..., pero llévanos a una casa limpia. Todos nosotros somos muy buenos..., y tú eres un buen amigo mío.

Julio dejó que continuaran bebiendo.

Con las diez pesetas que acaban de entregarle y lo que él guardaba ya tenía cuatro duros, cifra respetable si se tiene en cuenta que aquella cantidad significaba la mitad del billete para efectuar su viaje a Madrid. Como se hallaba sentado y casi aparte de los demás, uno gritó que se levantara y fuese al mostrador, donde ya tenía dispuesto un vaso.

—Escúchame —pidió a Julio el marinero, con una voz de súplica—: préstame cinco pesetas de las diez que te di... Después arreglaremos cuentas.

Julio entregó un duro, y el otro lo arrojó al mostrador para que cobrara el dueño. El marinero cogió la vuelta y la metió en un bolsillo de la chaqueta de Julio.

—¡Ahí tienes! —dijo, entusiasmado—. Después arreglaremos cuentas.

El más joven de todos se había ido a un rincón, se había sentado en una banqueta y, tapándose la cara con las manos, bamboleaba su cabeza lentamente.

—¿Crees tú que ése se está mirando los pies? —dijo a Julio el que le había pedido las cinco pesetas—. Ahora verás...

El marinero tiró de Julio hasta llegar al sitio convenido. Entonces se oyeron los sollozos del muchacho.

Regresaron los tres al mostrador. Julio quiso precipitar la salida de la taberna.

—Ahora mismo nos vamos —dijo el que estaba completamente ebrio.

Este marinero pidió más bebida, mojó su garganta y propuso a Julio:

—Déjame otras cinco pesetas. Te pagaré todo en la casa de mujeres. ¿Crees que no digo la verdad? —terminó, al descubrir en Julio una sonrisa de desconfianza.

### III

#### Un pianista que no conoce a Stravinsky

##### 1

El recorrido terminó en una casa de la calle de Rúa Menor.

Aquí había un gran salón, en el que estaban bailando algunas parejas. La llegada de Julio con los marineros fue seguida de la presencia de nuevas mujeres. Todos eligieron una compañera, y empezaron a dar vueltas, en un bailoteo desigual.

Julio no quiso bailar (su conocimiento de este deporte era muy escaso), y se colocó cerca del pianista. Al contemplar a aquel hombre, que oprimía unas teclas roídas como dedos de fumador, Julio descubrió que era ciego. El pianista vestía un traje negro, ya muy viejo, y su rostro, pulcramente rasurado, hacía buen contraste con el pelo de la cabeza, un pelo largo y peinado, que le daba un aspecto de hombre limpio y cuidadoso.

Los marineros se cansaron muy pronto del baile. Ya debían de haber hecho sus cuentas, puesto que llamaron a Julio para que sirviera de intérprete entre ellos y la dueña. La conversación se llevó a efecto en el comedor. Solamente un marinero discutió el precio. Los demás no deseaban otra cosa que entrar en una habitación y echarse en la cama. Las mujeres aguardaban junto a los marineros. Una era muy joven, y Julio la vio sonreír de la escena con un rostro lindo e inocente. El marinero que iba a marcharse con ella la apretaba en un hombro con unos dedos dobles que los de Julio. Tenía la vista vacilante, demostrando que había bebido demasiado.

Salieron del comedor, y la dueña los fue distribuyendo por las habitaciones. Julio regresó al salón, sentándose al lado del pianista.

Un obrero se acercó al músico, le dio un cigarro y habló algo que Julio no llegó a entender.

El pianista lió el tabaco en otro papel, lo encendió y, sin quitárselo de la boca, empezó a tocar un tango. Sin duda, era esto lo que había solicitado el obrero.

La música no salía muy bien de aquella vieja caja, y esta misma torpeza causó en Julio una estúpida tristeza. Se notó empequeñecido, como algo desprovisto de valor. Por lo menos, no había sido capaz de impedir el que un marinero se hubiera llevado a la muchacha que le había sonreído en el comedor. Sobre todo, aquella inocente sonrisa le calaba ahora como un doloroso recuerdo.

La gente seguía dando vueltas; las parejas, gritando o haciendo bruscas arrancadas, pasaban próximas a él, produciéndole un fastidio inaguantable. En todo momento, hombres con tipo de obreros o empleados, se aprovechaban de las mujeres. Ellas aguantaban la acometida, defendiéndose con poca fuerza, demostrando que lo que ellos querían no tenía aquella enorme importancia.

Julio ya estaba dispuesto a abandonar el salón, cuando se le cruzó en la salida la dueña de la casa. La mujer se le echó encima toda sonriente.

—Acompáñame —y tiró de él, hasta llevarlo al comedor. Allí le dio una copa de vino dulce y le entregó cuatro pesetas—. Por cada marinero que traigas a mi casa —le propuso con todo interés— te daré una peseta.

Julio guardó el dinero. Como parecía ocultar su agradecimiento, la dueña explicó razonablemente:

—No puedo darte más; esto está cada día peor. Hace falta otra guerra para que una pueda levantar cabeza.

Le acompañó al salón, observó el aspecto de los hombres que bailaban y regresó al interior. Julio se dirigió al lado del pianista, envuelto en una sola idea: la de esperar a que bajara una de las mujeres que estaban con los marineros.

—¡Vamos, que toque algo Matías! —pidió al pianista un joven bien vestido, que había entrado con otro elegante.

—¡Eso es! —exclamó el otro—. Ahora debes tocar algo de Stravinsky.

El pianista meneó la cabeza, y trató de coger el aspecto de los dos elegantes, forzando sus pupilas cegadas. Una infeliz sonrisa se corrió por su rostro exánime, mientras sus manos descansaban en el teclado.

—En fin —comenzó el que había hablado primero—, si no quieres ejecutar a Stravinsky, puedes empezar con Debussy.

—No conozco nada de ese señor —explicó Matías, confundido.

—¡Qué lástima! —lamentó uno en tono burlón—. Entonces toca la «Sinfonía negra», de Dvorak.

—Tampoco sé nada de ese otro señor —ahora su excusa era una franca queja.

—Bah; sabes muy poco —comentó el más jovial—. Sin embargo, podrías recordarnos algo de Ravel.

Matías inclinó la cabeza hacia el pecho, y en esa postura escuchó que le decían:

—¿Y de Beethoven? Supongo que conocerás algo...

—No, no conozco nada.

—Bueno, toca lo que gustes —pidió uno, con la voz como enfadada.

Matías tanteó el teclado, en medio de un gran silencio. Continuar callado hubiera sido peor, y, dispuesto a todo, empezó a tocar un vals mediocre y tristón.

—¡Basta! ¡Basta! Has estado muy bien —y sin dejarle seguir con aquel vals, aconsejó uno para el otro—: Yo creo que ya nos podemos marchar.

—¡Sí! ¡Vámonos! —y entregándole a Matías dos pesetas, salieron los dos elegantes del salón, no sin hacer expresivas reverencias a las mujeres, que habían escuchado todo un poco sorprendidas.

—¿Por qué no ha mandado a paseo a esos imbéciles? —preguntó Julio al pianista.

Matías se volvió del lado que le hablaban, haciendo un movimiento que venía a significar: «¿Para qué iba a hacer eso?»

—Son dos periodistas —aclaró más tarde—. Sus familias tienen mucho dinero. Siempre me gastan bromas... Me piden que toque música que no conozco... Me dicen nombres... Y, claro, yo tengo que contestar que no sé nada.

Y Matías atendió a unos clientes que le pedían un paso doble.

Julio continuó sentado hasta que vio entrar a la dueña. Se acercó para preguntarle por los marineros, y la mujer explicó que ellos permanecerían en las habitaciones toda la noche.

Ahora había poca gente. Dos mujeres, tal vez las más insignificantes de la casa, distraían a cuatro visitantes, a quienes la dueña clasificaba en el grupo de los pelmazos. Estos hombres nunca pedían nada, no bebían ni cerveza, y mucho menos solicitaban una mujer, aunque ésta fuera de las más baratas.

También Matías adivinó el escaso valor de los cuatro visitantes, y en lugar de dar al piano se puso a fumar.

Alguien hizo alusión a la hora. Ya habían dado las tres de la mañana. Los cuatro rezagados sospecharon que no iban a aparecer más mujeres, y decidieron dejar la casa.

Sentado en un banco forrado de gutapercha negra, Julio pensaba en la muchacha de la sonrisa. De buena gana se hubiera tumbado en aquel banco para dormir unas horas. «Si él hubiera elegido a la muchacha de la sonrisa, ahora estaría reposando junto a ella.

»Ni la habría molestado como el “otro”, el marinero borracho, que en aquellos momentos estaría escupiendo o roncando junto a la deliciosa cabeza...»

Julio sintió como un dolor al pensar que desconocía el pasado de la muchacha de la sonrisa. Este dolor se transformó en una fuerte depresión al recordar la escena de los dos elegantes cuando pedían al pianista música especial.

Miró el rostro de Matías; el pianista fumaba tranquilamente, y esta dulce serenidad hizo que Julio diera unos pasos por el salón.

De haber continuado en el banco habría terminado por llorar.

### 3

Matías cerró la tapa del piano sobre las cuatro de la mañana.

Acompañado por Julio, bajó la escalera. Con gran habilidad descendió los escalones, salió a la calle y tomó el camino de todas las madrugadas.

—Venga usted por aquí —aconsejó el pianista, mientras golpeaba la acera con su bastón—. Las chicas son poco inteligentes, pero no hay más remedio que tratar con ellas.

Julio explicó que era preferible tratar con esas mujeres a escuchar a tipos como los periodistas elegantes. El pianista levantó la cabeza, como si fuera a contemplar las estrellas que taponaban la calle de Rúa Menor.

—Le piden a usted música de compositores extranjeros —continuó Julio, como si en una casa de esta clase, y con un piano desafinado, se pudiera ejecutar a Stravinsky o a Ravel.

Matías se pasó dos o tres segundos con el gesto del hombre que ha descubierto una útil verdad.

—Yo pensé siempre que esos hombres no existían —confesó, casi con alegría—. Entonces, ¿por qué me gastan esas bromas? ¿No se dan cuenta que yo, hasta hace dos años y medio, estaba haciendo alpargatas en un taller de

ciegos? Ahora toco el piano muy mal, esto es muy cierto; pero necesito ganar el pan mío y el de mi madre.

—Esos señoritos debieran estar como usted, para que aprendieran a ganarse su vida.

—También los obreros —aclaró Matías— son unos brutos. Los señoritos se burlan de uno; me hablan de cosas que yo no entiendo nada; pero los obreros han llegado a echarme cerveza por entre el cuello de la camisa. Cuando hacía alpargatas el encargado abusaba de mi ceguera y de la de mis compañeros, para pagarnos cuando a él le parecía bien. ¡Todo el mundo es lo mismo! — afirmó, en medio de la madrugada.

Matías se paró frente un portal, sacó una llave y, sin apenas palpar el ojo de la cerradura, abrió la puerta de su casa.

Buenas noches, amigo —y después de despedirse con un afecto natural, cerró la puerta y caminó en busca de la escalera.

Julio echó a andar. Ni siquiera se había preocupado de buscar una casa para dormir. Deshizo el camino andado con el pianista y se encontró de nuevo frente a la casa de las mujeres.

Estaba parado en la otra acera, y miró los balcones cerrados y faltos de luz. En la calle muerta, los faroles lucían sus llamas inútiles.

Después de pensar durante unos minutos en la muchacha de la sonrisa, Julio hizo el torpe descubrimiento de que, pasadas dos horas, «la gente saldría de los portales para escupir las primeras salivas».

El precio de la cama era bastante razonable. Solamente abonó una peseta a un viejo, a quien tuvo que despertar. El hombre lo escuchó con una cara dormida,

y le mostró una habitación donde había cuatro camas. Dos estaban ocupadas, y los que dormían respiraban gangosamente, en un ritmo lento y entrecortado. Las camas eran muy estrechas, y sobre ellas se notaba poca ropa.

Julio se desnudó, medio helado; guardó su ropa bajo el colchón —esta precaución no estaba de más en aquellos dormitorios— y se metió entre la escasa ropa que cubría su cama.

El viejo apareció con su cara de mal humor, miró hacia la cama de Julio y cortó la luz eléctrica.

Julio continuó despierto, y aún no había entrado en calor. Encima de su cuerpo sólo tenía una sábana, áspera como una lija; una vieja manta militar y una colcha incompleta, que estaba llena de remiendos decolorados. Se levantó, procurando no hacer ruido, y en plena oscuridad sacó su ropa y se vistió de nuevo. Al ir a la cama tropezó con un zapato, y un hombre se quejó desde el otro extremo de la habitación.

—¡Qué pasa!... —exclamó el despertado, con una voz de sobresalto.

Julio no dijo nada. Aguardó a que el que había preguntado volviera a roncar, y entonces metió sus zapatos bajo el colchón. Se acostó, y poco a poco fue reaccionando, hasta que un calor sucio anidó en la cama.

En esos momentos estaba tomando la firme resolución de volver a Madrid. «Volver, fuese como fuese. Si no reunía el dinero para el billete del tren, hacía el viaje por carretera. Lo haría a pie, a pesar del frío y del estado de su ropa. De todas maneras, intentaría ganar algún dinero en el puerto, o, en todo caso, llevaría marineros a la casa de mujeres.

Bajo el colchón estaban sus zapatos; en uno de ellos había escondido diez pesetas. Con treinta más, el viaje a Madrid sería un hecho. Ni siquiera trató de ocultarse que haría una visita a la casa para ver a la muchacha de la sonrisa. También hablaría con Matías... «Unos señoritos le habían pedido música de Stravinsky... Sin embargo, unos obreros le echaron cerveza por entre el cuello de la camisa...» Y se durmió lentamente.

Durmió tranquilo. Con la entera confianza de que también había en el mundo hombres como Pedrote y como el gran Dionisio. Ahora estaba naciendo la mañana, y la luz cruda del amanecer recortaba los bultos de los tres durmientes. Los policías que habían asesinado al padre del pequeño César; los millonarios que poseían un «Rolls»; los sacerdotes que bendecían a las tropas en nombre de Dios antes de entrar en fuego, y los porteros de los aristócratas, no podían evitar el que aquellos tres hombres durmieran un sueño humano y primitivo. Sobre ellos velaba ahora una dulce inconsciencia de felicidad.

## IV

### La solución

#### 1

El viejo miró un reloj de pesas. Iban a dar las doce, y todavía continuaba durmiendo aquel cliente que había alquilado una cama a horas poco normales. Después de observar el cazador que había pintado sobre la esfera del reloj, el viejo entró en la habitación, recogió del suelo una parte de la colcha que colgaba de una cama y luego avanzó hasta donde dormía Julio. Primero le tocó con algún cuidado; después lo meneó casi con violencia. Julio abrió los ojos y apartó la ropa que le cubría el pecho. El viejo no dio importancia a que Julio se hubiera acostado vestido. Al hablar, se refirió a otro orden de cosas.

—Ya es hora de que se marche. Van a dar las doce, y yo tengo que arreglar esto.

Se dirigió a las otras camas, y levantó las ropas. Abrió las maderas del balcón, y un aire helado inundó la habitación.

Julio se acercó a un palanganero, y vio que el agua de la jofaina estaba sucia. Se volvió al viejo para preguntarle dónde estaba la fuente.

Sin dejar su trabajo, el viejo le aconsejó, mientras removía un colchón:

—Tire el agua. Al final del pasillo están el retrete y la fuente.

Julio siguió las indicaciones; pero en lugar de secarse con la toalla —ésta era un trapo renegrido— empleó la espalda de su camisa.

—Ese bruto —el viejo se refería a uno de los que habían dormido— me ha quemado una manta.

—Por lo visto, no tienen cuidado —comentó Julio, peinándose con los dedos.

—¿Cuidado, dice? Hay algunos que se «soban» en la cama, y después se limpian en las sábanas.

Julio echó a andar, y dejó al viejo refunfuñar a solas. La escalera olía a humedad, y los escalones estaban completamente desgastados.

En la calle había sol, un sol amarillo, que bañó el traje de Julio, y que le hizo respirar largamente para tragarse aquel aire limpio de los primeros días del mes de abril.

## 2

Era domingo; pero esto, para Julio, tenía escasa importancia. El bullicio que ocasionaba el que el día fuera festivo lo hacía más ostensible la lucha electoral. En algunos sitios había corrillos de hombres. En las fachadas de los edificios, en las vallas de los solares, y hasta en la trasera de los automóviles, brillaban las hojas de las candidaturas. Julio cruzó de largo, ajeno a esta propaganda, y sólo preocupado por solucionar su viaje a Madrid.

Comió en una taberna, y después se metió en un café de público revuelto. Había trabajadores, empleados y militares, acompañados de muchachas. La gente hablaba a gritos de la cuestión política, y los comentarios sobre los partidos eran mezclados a golpes, producidos por las fichas de los dominós. A Julio le agradaba el jaleo provocado por el público y aquel ambiente, cargado por los fumadores. Todo el café era como una espesa nube de humo y de palabras, y cuando más tarde encendieron las luces, alrededor de las bombillas flotó una masa ligera y oscura.

Julio se encaminó a la casa de Rúa Menor. Aparentemente, sólo trataba de hablar con el pianista; pero más allá de este pensamiento surgía la necesidad de ver a la muchacha de la sonrisa. Y cosa casual fue que Julio tropezó con ella al entrar en el salón. La muchacha le observó sin dejar de bailar con un joven con tipo de dependiente de comercio. Julio acusó la mirada, y siguió adelante,

hasta llegar al piano; saludó a Matías, y éste le devolvió el saludo de forma que Julio notó que su presencia era bien recibida. Se sentó sobre la gutapercha del diván y miró de reojo hacia un extremo del salón. Ahora sólo necesitaba encontrar un pretexto para entablar conversación con la muchacha de la sonrisa.

Invitarla a cerveza o sacarla a bailar eran para él dos cosas imposibles de realizar. La primera idea le producía repugnancia, por lo que tenía de truco. El segundo propósito no era nada viable, ya que él no sabría moverse al compás de la música de Matías. Este dejó de tocar, y Julio vio que ella tomaba asiento en el diván.

Matías atacó de nuevo con un chotis, y la muchacha de la sonrisa miró por el lado de Julio, demostrando que solamente aguardaba su invitación. Este evitó la mirada de ella, y como si su actitud fuera lógica, se dirigió al pianista.

—¿A qué hora empieza usted su trabajo? —preguntó a Matías, sin dejar de recoger el movimiento del salón.

Matías explicó sus horas de entrada a la casa, las de salida y por qué algunos días, tales como los domingos y fiestas mayores, tenía él que entrar más temprano. Pero Julio estaba como esos hombres que después de preguntar qué hora tiene uno vuelven más tarde a hacer la misma pregunta.

—Este trabajo de usted es absurdo —afirmó Julio, irritado porque la muchacha se levantaba, solicitada por un hombre.

—Yo procuro tomarlo de buena gana —y Matías contempló a Julio con un inútil esfuerzo—. Peor estaría haciendo alpargatas, ¿no cree usted?

Julio contestó con una afirmación de cabeza, sin darse cuenta de que el movimiento no podía percibirlo la ceguera de Matías.

En el salón sonaron bastantes aplausos, y Matías se vio obligado a repetir el chotis. La muchacha de la sonrisa se soltó de su pareja, e intencionadamente recorrió el salón. Julio tuvo una gran oportunidad, y la dejó escapar. «La hablaré después.» Con esta vaga conformidad tranquilizó su falta de valor. En aquellos momentos él no podía inventarse otro carácter.

La dueña hizo una de sus acostumbradas visitas de inspección. Al darse cuenta de la presencia de Julio le hizo una seña con la cabeza. Julio marchó a su encuentro, y los dos pasaron a una alcoba amueblada con un lujo extraordinario y chillón. Sobre una mesilla de noche, Julio vio una fotografía. En ella estaban dos niñas rodeando a la dueña. Sobre la pared que correspondía a la cabecera de la cama había un retrato ampliado. Esta fotografía correspondía a un hombre vestido de militar. El traje de rayadillo recordaba los días de la dominación española en Cuba.

—¿Querrás hacerme un favor? —la dueña ya le había servido la conocida copa de vino dulce—. Dentro de una hora llega de San Sebastián una señorita. Es una francesa que viene a trabajar a mi casa, y como tú hablas francés, puedes acompañarla hasta aquí.

Mientras Julio bebía el vino, la dueña buscó en su armario una fotografía, que presentó inmediatamente.

—Lleva este retrato, para que sepas quién es.

En la fotografía estaba una mujer completamente desnuda. La francesa era muy gorda, pero este exceso de grasa lo salvaba una cara graciosa.

—Te acercas a ella, y la dices que vas de parte de Rosario.

Julio volvió a mirar el retrato, y la dueña añadió estos detalles:

—Nos conviene tener siempre una francesa. Sobre gustos no hay nada escrito, y aquí lo primero es dejar contento al cliente. En esa fotografía tiene el pelo negro, pero ahora se lo ha teñido de rubio. Se llama Ninón.

Después de decir el nombre de la francesa, la dueña observó a Julio con cierta atención.

—¿Qué haces tú en Santander? —preguntó, como si adivinara que Julio no era lo que aparentaba.

—Estoy esperando poder marchar a Madrid. En cuanto reúna lo del billete salgo para allá.

—¿Y qué haces en Madrid?

—Estudiar. Estoy acabando la carrera de médico.

—¡Ya lo suponía yo! —Y la dueña se elogió a sí misma con una palmada que se propinó en la frente—. También mis hijas —añadió, señalando a la foto de la mesilla de noche— están estudiando. Las tengo en un colegio francés. Quiero que ellas lleguen a ser dos señoritas. ¡Si supieran qué clase de vida hace su madre!

Algo recordado de pronto hizo que la dueña variase de conversación. Miró a Julio pesarosa, y sin que se pudiera saber si su turbación era real o fingida expuso:

—Ayer te di cuatro pesetas por haberme traído los marineros. Yo no pensé que fuieras una persona decente... ¿Quieres que yo te preste para que puedas hacer el viaje a Madrid?

Y antes de que Julio hiciera alguna objeción, la dueña fue al armario y sacó de una cajita de hierro un billete de cincuenta pesetas.

—Toma esto —dijo a Julio—. A veces pienso que una de mis hijas llegue a encontrarse en tu misma situación. Ahora marcha a esperar a la francesa —y la dueña empujó maternalmente a Julio.

Salieron de la alcoba, y Julio, todavía sorprendido de la imprevista solución que había tenido su viaje a Madrid, se acercó a la puerta que comunicaba con el salón. La muchacha de la sonrisa giraba apoyada en los hombros de un hombre chiquitín. Julio miró despectivamente por el hombre pequeño y desapareció camino de la escalera.

He aquí que todo había tenido una agradable solución.

Ya eran unas horas lo que le quedaba por estar en Santander.

Saldría al día siguiente por la mañana, y en aquella misma noche aparecería en su casa. ¡Gran sorpresa para sus padres y para sus hermanos!

En fin de cuentas, su viaje por Francia había sido como una confirmación a su modo de ver las cosas y las gentes. Para Julio el mundo marchaba sobre carriles falsos. Todo estaba colocado de forma que un hombre como él veía que en esta sociedad había un falso amor, una falsa bondad y una ética perfectamente falsa. Todo era convencional. Estúpidamente convencional.

¿Los discursos de los académicos delante de sus majestades? ¿Las poesías leídas en los juegos florales en elogio de la honradez de la mujer española? ¿La música verbal derrochada por los poetas patriotas delante del señor gobernador civil y demás autoridades? ¿Las novelas del señor San Juan, fieles trasuntos de casitas humildes, «donde picotean las gallinas y rebuzna un burro ante la llegada de la primavera? También esto era convencional.

En otro extremo se hallaban las cosas auténticas. Algo auténtico era la actitud de Dionisio aconsejándole al pequeño César que empleara la migaja del pan en hacer esculturas. Y ese otro consejo de que «para vivir en el mundo no hacen falta sacerdotes, guardias civiles y cañones».

Ahora Julio regresaría a Madrid... «Todo era cuestión de esperar.» «La cosa estaba próxima.» «El mundo iba a quedar patas arriba.»

En la estación se puso a recorrer la calzada del andén. Marchaba sin sentir el frío que a los otros que aguardaban les hacía menearse de mal humor.

Volvió a contemplar la fotografía de la francesa. Aquella Ninón era como un gran cochinillo ya pelado bajo la acción del agua hirviente. Julio guardó el documento y continuó sus zancadas. Una máquina antigua echaba humo por

su alta chimenea. Tiraba de unos cuantos vagones, y subido en el estribo del último coche se alejaba un hombre, que llevaba un farol rojo. Julio miró la luz encarnada y se puso a silbar. «A veces, unas vías, unos coches que se alejan y una luz roja es algo encantador.»

El tren de San Sebastián surgió en lo oscuro silenciosamente, hasta que su gran armazón se dejó sentir poco a poco, en un clamor de hierro y acero.

Julio vigiló por los coches de primera, sin descubrir a la francesa. Miró por los terceras, y descubrió, en el marco de una ventanilla, el rostro lleno de carbonilla de Ninón. La hizo señas de que él había venido en su busca. Ya bajo la ventanilla, Julio le explicó en francés que le enviaba Rosario, para acompañarla hasta la casa.

—¡Oh, muchas gracias, muchas gracias! —y Ninón empezó a sacar por la ventanilla una maleta en bastante mal uso, pero que recordaba un pasado de viajes y permanencias en hoteles confortables. Después de la maleta entregó a Julio un pequeño maletín. Ninón corrió por el pasillo y descendió del coche. Julio la encontró más gorda de lo que estaba en la fotografía. De todas formas, era una guapa mujer.

—¡Oh, qué viaje, qué viaje!

Julio no hizo otra cosa que sonreír y cargar con la maleta y el maletín. Por acuerdo de Ninón se alquiló un taxímetro. En el trayecto la francesa abrió su bolso y empezó a comer bombones de chocolate, no sin antes invitar a Julio.

—¡Oh! —este joh! lo repetía al iniciar una frase cualquiera—. Hace un año que salí de Santander, y todo está lo mismo.

La francesa fue recibida por todas las mujeres, que acudieron al comedor. Algunas la conocían de la otra vez que Ninón estuvo en aquella casa. Hubo reparto de pasteles y copas de vino dulce. De la fiesta participaron Julio y el pianista. Matías volvió en seguida a su piano, acompañado de dos mujeres,

para contentar a unos clientes que ya estaban metiendo algún escándalo en el salón.

Julio permaneció en el comedor, y estaba colocado junto a la muchacha de la sonrisa. Sabía ya que ella se llamaba Paulina; pero cuando él la hacía circular por sus pensamientos prefería nombrarla de la forma primera.

A Paulina parecía todo alegre y bien dispuesto. Como era la más joven de la casa, la dueña le toleraba muchas cosas, y en aquellos momentos, en que se festejaba la llegada de Ninón, doña Rosario disimuló la molestia que le producía el que Paulina ofreciera pasteles y vino sin coger sus miradas de prohibición.

Julio veía moverse a la muchacha de la sonrisa; la contemplaba una y otra vez, pero no la confesó nada. Sólo se dirigió a ella con motivo de los pasteles. Paulina le sonrió con la misma encantadora sonrisa que cuando aquel marinero presentado por Julio se la había llevado a una alcoba. Para Julio este suceso llegaba siempre como un remordimiento.

La gente abandonó el comedor, ocupando cada cual su puesto. Paulina marchó a una alcoba, solicitada por un señor que acudía a la casa todos los domingos. Este cliente era un caballero muy limpio, hacía todo muy ceremonioso, y al dejar la alcoba andaba de puntillas, como si le avergonzara lo que había hecho en la habitación. Era el único cliente que se quitaba el sombrero al despedirse de la dueña de la casa.

Sentado en el salón, Julio recordó la marcha de Paulina con un caballero. Sin embargo, esto no le causó ya tan mal efecto, puesto que su viaje a Madrid iba tomando por momentos una gran trascendencia. La muchacha de la sonrisa

irrumpió en el salón. Julio reparó en el peinado recién arreglado de Paulina. Esto le hizo pensar que alguien había estado junto a ella, y ahora sí le fue desagradable el recuerdo del caballero.

Apartó los ojos de la muchacha de la sonrisa, y volvió a pensar en la nueva vida que iba a desarrollar en Madrid. «No tenía otro remedio que terminar sus estudios y entregarse a la lucha diaria.» Paulina pasó junto a él, y Julio dominó sus deseos de contemplarla una vez más.

«Pondré una clínica para obreros y gentes sin dinero.»

La muchacha de la sonrisa miró a Julio, como si le atrajera aquel mutismo inexplicable. Se llegó a él, tomó asiento en el diván y preguntó de pronto:

—¿Por qué eres así?

Julio la observó despacio, y al final no contestó nada. Todavía quedaba en él el recuerdo del caballero que había estado con Paulina en una de las habitaciones. Se levantó del diván, y sin darse cuenta que la escena terminaba de una manera sorprendente, echó a andar hacia la puerta del salón. Paulina quedó con los ojos abiertos y perpleja. «¿Por qué aquel hombre no era como los demás?»

A Ninón le habían destinado una alcoba en la que la dueña hizo algunas reformas. Había empapelado las paredes de rojo, y cerca del lavabo mandó colocar un bidé con agua fría y caliente.

Hasta el otro día, Ninón no estaba obligada a comenzar su trabajo, pero la francesa tomó un baño, se arregló su rostro carnoso y bajó al salón con sus otras compañeras.

Esta actividad de Ninón reafirmó en la dueña el honrado concepto que tenía de la francesa. Ahora doña Rosario se hallaba en su alcoba, escribiendo unas tarjetas a unos cuantos señores de Santander, anunciando que podían visitar la casa, en la seguridad de encontrar una señorita refinada y discreta. La dueña no podía evitar un gustillo de vanidad cada vez que encabezaba una de las tarjetas con estas palabras: «Mi muy distinguido amigo», etc., etc.

Julio dejó la casa de doña Rosario dispuesto a suprimir la despedida. Pero una vez que hubo cenado se suavizó su rencor hacia la muchacha de la sonrisa. Al fin y al cabo, comprendía que Paulina era ajena a la visita del caballero.

Antes de ir a la casa tomó café en un bar. El pequeño local estaba calentado por una estufa de carbón. Algunos obreros jugaban a las cartas y al dominó. Había otro grupo discutiendo de política. Corría el rumor de que en las elecciones efectuadas durante todo aquel día habían salido triunfantes los republicanos y los socialistas. Los obreros gritaban sus comentarios, y todo el bar se fundía bajo las palabras de los trabajadores y los golpes producidos por las fichas de los dominós.

Julio tuvo que reconocer que se hallaba en un ambiente agradable. Cuando Dionisio le dijo noches antes que aquella gente era la clase más virgen de la humanidad había sentado una auténtica afirmación.

Sobre las once salió del bar. La noche sin frío era una cosa agradable. Julio marchó, metidas las manos en los bolsillos del pantalón, hasta llegar al puerto. Pisó las viejas vigas que recortaban los muelles, mirando el agua negra que devolvía en reflejos las luces de los barcos anclados. Se cruzó con los carabineros que estaban de vigilancia y con un marinero que regresaba a su litera dando unos traspiés significativos.

Del agua llegaba un olor áspero, un olor que le recordaba un viaje hecho recientemente. Julio inspeccionó en los muelles hasta que se paró frente a un barco vulgar. El viejo Marseille se destacaba en la noche como un trasto humilde y mal herido. Allí seguía con su proa achataada y su chimenea sin humo. El guarda se paseaba por la cubierta, todo arrebujado en una manta. Julio contempló el Marseille largo rato. Miraba al antiguo compañero con la certeza de que tenía que marchar de aquel sitio. Se acercó a la parte del Marseille que rozaba las maderas del muelle, y acarició las planchas pintadas de gris. Julio sintió un pequeño dolor, palmoteo sobre el hierro e hizo el regreso apresuradamente. En muy poco tiempo se plantó en la calle de Rúa Menor.

Encontró el salón atestado de gente. Esquivó a las parejas que le cerraban el paso, y se fue adonde siempre.

—¡Buena noticia! —dijo el pianista, al darse cuenta de la presencia de Julio—. Creo que han triunfado los republicanos.

Una mujer se separó de su pareja, se sentó en el diván y se quitó un zapato. Entonces pareció como si sintiera un gran alivio.

—¿No dice usted nada? —interrogó Matías—. Yo creo que este triunfo nos puede ser muy útil a los que vivimos del trabajo.

—Me parece que esa utilidad será muy relativa. ¿Qué más da que en España haya monarquía o república?

El pianista terminó un *fox*, empezó un *paso doble* y dijo a Julio:

—¿Pero usted no tiene fe en un régimen republicano?

—Si ese régimen republicano suprime a los millonarios, a los obispos y a los grandes industriales, sí se puede tener esa fe que por lo visto tiene usted. Pero todo eso no lo harán los republicanos...

Acababan de entrar tres tipos altos y fuertes. Julio reconoció en ellos a tres marineros alemanes. Los tres hombres miraron el movimiento del salón con un gesto vacilante, y uno de ellos se echó a reír, como si estuviera en presencia de un regocijante espectáculo. Los tres extranjeros se dejaron caer en el diván, pero cruzando antes el salón con alguna dificultad. No podían ocultar su total embriaguez, a pesar de los grandes esfuerzos que hacían por aparentar que se hallaban tranquilos.

Alguien avisó a la dueña, y doña Rosario acudió, recelándose algo molesto. Uno de los marineros pidió de beber, haciendo un juego con el dedo pulgar de su mano derecha, dedo que metía y sacaba de su boca abierta. Para hacer su petición se había puesto de pie, pero volvió a caer encima del diván. La dueña se negó a servirles más bebida de la que llevaban en sus estómagos. Quedó apoyada en el marco de la puerta y con el gesto agrio. Como si se presintiera que iba a ocurrir algo desagradable, algunos hombres abandonaron el salón. Se hizo un áspero silencio, empezando por Matías, que dejó de tocar.

Los tres marineros notaron el malestar que estaban causando con su presencia, se comunicaron algo en alemán y se levantaron para dejar la casa. Cuando la dueña empezaba a respirar tranquila, uno de los marineros se dirigió al piano, vociferó en un oído de Matías, y como éste respondiera que no entendía, el marinero le dio un manotazo en el cuello. Matías abatió la cabeza y cayó de bruces sobre el teclado. Julio midió con la vista la gran estatura del alemán y le lanzó una patada en el vientre. El marinero cayó pesadamente, y Julio se aprestó a la defensa. Los otros dos avanzaron con ánimo de acorralarlo. Julio manejó el puño derecho, golpeando en plena mandíbula de uno de ellos y derribándolo hacia el diván. Ya sólo quedaba un enemigo. Julio vio al fondo del salón los ojos sorprendidos de las mujeres y las caras acobardadas de los hombres. Miró con verdadera curiosidad, y no descubrió el rostro de la muchacha de la sonrisa. Paulina estaba lejos; estaba en alguna alcoba... Julio no vaciló, y provocó todo su cuerpo para un esfuerzo final. Sus puños pegaron terriblemente en la cara del otro; le daba en la boca,

en los ojos, y el marinero no cedía. De pronto, Julio sintió un dolor agudo. Se echó mano a un costado y cayó de rodillas, viendo cómo huían los tres marineros. Las mujeres estaban en un rincón, como aterradas, y los dos hombres que habían estado con ellas ya no se encontraban en el salón. Una extrema debilidad se apoderaba de su cuerpo, y sus ojos sufrían amagos de oscurecerse. Sintió cómo Matías trataba de llevarlo al diván... Ya no vio más, pero aún percibió que hablaban de él, que le movían y que por fin le dejaban descansar. Todo era angustiosamente dulce..., como un largo sueño. Julio quiso abrir los ojos, llegó a abrirlos, y, ¡oh milagro!, descubrió a su lado el rostro inocente de la muchacha de la sonrisa. Paulina estaba llorando. Lloraba como una criatura que no conocía caballeros, como una criatura de ese mundo que estaban inventando Dionisio y Pedrote... Julio entornó los ojos y se dobló del lado de Paulina. Parecía que iba a dormir y Julio Montana ya estaba muerto.

## Fin de «Renato en el África Central»

La policía estuvo actuando en la casa hasta casi entrada la madrugada. A esas horas, Ninón pudo tumbarse en la cama y descansar de las fatigosas declaraciones que había tenido que hacer ante los agentes. Por primera vez no tuvo fuerzas para lavarse la boca y ponerse su pijama. Se echó vestida, y con sólo alargar la mano derecha cogía de la mesilla bombón tras bombón, para masticar por puro placer de engullir. Estaba visto que aquel maldito suceso del salón iba a causarla el estúpido contratiempo de no dejarla dormir.

Ninón dejó la cama con un basto sabor a chocolate, y buscó en un pequeño montón de papel impreso algo que pudiera llenar su falta de sueño. Eligió un magazine, y regresó a la cama. Antes de empezar la lectura se palpó el vientre, para notar que lo tenía bastante inflado. Después de recordar que en la cena había abusado de cierta verdura abrió la revista y leyó multitud de consejos útiles. Como suele hacerse con los platos favoritos, Ninón dejó para lo último las páginas dedicadas al folletín.

Ahora, con un bombón en la boca, gozó este espectáculo:

»¿Qué habría pasado en la finca de Hebert? ¿Habría caído sobre la húmeda hierba su adorado Renato? O, por el contrario, ¿sería el otro la víctima?

»Rose, calzada con unos chapines grises, seguía paseando por la alcoba. Su bata de dormir acariciaba su elegante figura.

“¡Oh, santo Dios, qué suplicio!”

»Renato había hecho la promesa de venir a buscarla, “porque estaba seguro de vencer”. El amor que reinaba entre los dos era como un escudo invulnerable que había de protegerle contra todos sus enemigos. “¡Sí, Renato, su Renato querido, saldría vencedor!”

»El criado Gabriel abrió las pesadas puertas del palacio. ¡Era el “Hispano”, que se deslizaba majestuoso por las piedrecitas del jardín! Rose abrió el balcón y saludó con un brazo desnudo. Renato saltó del automóvil y agitó su sombrero de copa. ¡De verdad que estaba elegante bajo su magnífico frac!

»Con pasos ágiles de atleta y de cazador de leones, Renato cruzó el jardín, subió la escalera y no tuvo que llamar en la alcoba de Rose, porque ella misma estaba esperándole en la puerta.

»Se abrazaron, llenos de alegría. Como si aquel abrazo sellara para siempre su eterno amor. Renato llegó al balcón, abrió las vidrieras y, señalando el sol que empezaba a montar sobre todas las cosas, llamó a Rose. Y se volvieron a besar... En adelante, Dios los protegería de todas las maldades de la tierra.»



## ANDRÉS CARRANQUE DE RÍOS

### EL EPÍGONO POBRE DE LA EDAD DE PLATA (XX)

Si hubiera que asignar un lugar a Andrés Carranque de Ríos en la historia de la literatura española, ese sería, sin duda alguna, el de epígono pobre de la Edad de Plata. Nacido el mismo año que Alberti y Cernuda -sólo cuatro después que García Lorca y Aleixandre-, Carranque de Ríos (Madrid, 1902-1936) no pisó ni por asomo la Residencia de Estudiantes.

Siendo como era un paria al gusto de los señoritos, que desde las confortables aulas de tan docta casa quisieron redimir al proletariado con esa revolución soviética que descubrieron desde el surrealismo, a Carranque de los Ríos le fue negado hasta ese dudoso mérito de no ser más que un seguidor de los exquisitos, uno más de los quisieron renovar la ética con el mismo ímpetu que García Lorca y su capilla -como dice José Luis Fortea- impulsaron la nueva estética. Así pues, ya que parece ser inevitable que puestos a hablar de los pobres que escribieron a la zaga de los grandes del 27 se cite única y exclusivamente a Ramón J. Sender y Arturo Barea, el gran Andrés Garranque de Ríos ocupa un lugar privilegiado en nuestra nómina de malditos.

Primogénito de una familia miserable afincada en El Rastro madrileño, el futuro escritor desempeñó los más variados oficios: modelo de la Escuela de Bellas Artes, aprendiz de carpintero, descargador de muelles, mendigo en Amberes y París, periodista y extra en diversas producciones cinematográficas. Precisamente sería durante el rodaje de una adaptación a la pantalla de “Zacalaín el aventurero” donde Andrés Carranque de Ríos conocería a Pío Baroja. Interesado el novelista vasco en su triste colega madrileño, le prologa su primera novela; “Uno” (1934). En dicha introducción, Baroja escribe: “Carranque de Ríos es un hombre un tanto fantástico y de aficiones vagabundas. Su ideal sería vivir errante, hoy aquí, mañana allí, sin parar en ningún pueblo o aldea más que unos días o unas horas. Para alguno de sus compañeros, Carranque es un golfante. Yo creo que en tal caso a Carranque se le puede llamar mejor un supergolfante (...). Cuando se alcanza este grado de errantismo y de vagabundez ya no se asombra uno de sí mismo, a estilo de poeta decadente, por haber estado en la taberna, en el cafetín o en el cementerio”.

Con anterioridad a que Baroja le prologara su primera novela, Carranque de Ríos había dado a la estampa un libro de poemas –“Nómada” (1923)– y varios cuentos aparecidos en la prensa de la época. Ninguna de estas publicaciones le salvará de la prisión cuando es confinado en ella a consecuencia de la fundación del grupo anarquista Spartacus. “He recorrido muchas cárceles”, afirma el protagonista de “Uno” en una clara alusión autobiográfica del autor.

Sin llegar nunca a liberar a los esclavos, pero avalado por el aplauso que la crítica dispensa a “Uno” nuestro escritor sigue publicando ficciones que obedecen a un único fin: la reproducción brutal de la realidad. Así aparecen “La vida difícil” (1935) y “Cinematógrafo” (1936).

Calificada por Antonio Muñoz Molina en un prólogo que dedicara a una de sus últimas ediciones como “una novela que guarda muchas posibilidades de gustosa lectura para quien se decide a transitar galdosiana o barojianamente por los lugares y las vidas que retrata”, “Cinematógrafo” viene a dar noticia de cómo la incipiente industria del cine español es pasto de un puñado de explotadores, vividores y sinvergüenzas sin escrúpulos siempre prestos a defraudar los anhelos artísticos de los más desdichados. El cine, en fin, sólo es

una disculpa para retratar el Madrid anterior a la guerra. Meses después de su publicación, mientras la capital sufre uno de sus primeros bombardeos, Andrés Carranque de Ríos muere a consecuencia del cáncer que padece. La obra que deja tras de sí, siempre crítica con el orden establecido, es uno de los mejores testimonios de su época.

JAVIER MEMBA